



E. SALGARI
**LA SOBERANA DEL
CAMPO DE ORO**

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A. MADRID

PRECIO DE VENTA:

4,00

Ptas.

NOVELAS DE
EMILIO SALGARI
TOMO 3

DONACION DE

Carmen

RUIZ

La acción de esta interesante novela se desarrolla en California, región del Colorado, limitrofe con el territorio mejicano y célebre por su riqueza aurífera.

EMILIO SALGARI

CBV/9
68

LA SOBERANA DEL CAMPO DE ORO

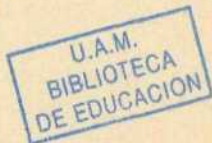
VERSION CASTELLANA



Carmen Ruiz B.

22.XII.96

Reg. Ed. 33 453



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1878

M A D R I D

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

Talleres Gráficos MARSIEGA.—M. Pelayo, 26.—Madrid

CAPITULO PRIMERO

LA SUBASTA DE UNA JOVEN

EL viernes 24 mayo de 18..., a las tres de la tarde, en el gran salón del Club Femenino, y bajo la inspección del infrascrito notario, se procederá al sorteo de la lotería organizada por cuenta de miss Annia Clayfert, llamada la Soberana del Campo de Oro, que por su belleza no tiene igual entre todas las jóvenes de San Francisco de California.

Por expreso deseo de miss Annia Clayfert, el favorecido por la suerte podrá renunciar al premio si no fuese de su agrado, recibiendo, en cambio, la suma de veinte mil dólares.

¡El viernes 24 de mayo, a las tres de la tarde, todos al gran salón del Club Femenino, donde miss Annia se presentará al público en todo el esplendor de su radiante belleza!

JOHN DAVIS,
Notario de San Francisco."

Este extraño aviso, fijado en todas las principales fachadas de la reina del Océano Pacífico y en el tronco de los árboles de los jardines públicos, había causado extraordinaria sensación, aun cuando no fuese completamente nuevo el caso de jóvenes casaderas que se pusieran a subasta como un simple objeto del Monte de Piedad.

A decir verdad, semejantes anuncios se han hecho algo raros en aquella grande y populosa ciudad de la Unión Americana del Norte; pero todavía en 1867 eran bastante frecuentes, y muchos matrimonios se efectuaban de este modo.

Sabido es que los americanos no quieren perder el tiempo y que no gustan de la hipocresía inútil. Allí se prefieren los procedimientos rápidos en todos los negocios, incluso en el matrimonio, que para aquellos buenos trabajadores es un negocio como otro cualquiera.

Años atrás no era raro el caso de una señorita sin un céntimo o un guapo mozo sin un cuarto que pensaran subastarse, tanto para salir de la miseria del momento como para obtener una buena posición.

Aquellas loterías o subastas solían dar buen resultado. ¿Quién no recuerda a miss Allen, que se puso a subasta en la ciudad de Chicago en 1879, y que fué adjudicada en medio millón, corriendo el peligro de ser esposa de un plantador de las Antillas, negro como el tío Ton y feo como un mono, que había pujado hasta 400.000 pesetas? Fué salvada en el último momento por un blanco, caballe-

resco y riquísimo, a quien disgustaba que aquella bellísima joven acabase en manos de un negro.

Dió el medio millón por ella, y el matrimonio fué feliz (1). Pero lo que había puesto en movimiento a la juventud californiana no era el aviso de la próxima extracción de aquella lotería, sino la persona que recurría a aquel extraño medio para obtener una dote y un marido, que podía ser feo, viejo o jorobado.

Todos conocían a miss Annia Clayfert, joven algo excéntrica, de maravillosa belleza, que cabalgaba por mañana y tarde a través de las más populosas calles de San Francisco, haciéndose admirar por la riqueza y extravagancia de sus tocados y por su incomparable gracia de amazona.

Hasta pocas semanas antes de aparecer aquellos anuncios todos la creían riquísima.

Se decía que su padre poseía minas de oro en el Arizona, y por eso la habían bautizado con el nombre de *Soberana del Campo de Oro*; el lujo que hasta entonces había desplegado la joven parecía justificar aquellas suposiciones.

Había habitado en uno de los más espléndidos palacios situados en la parte céntrica de la ciudad; había tenido gran número de criados, caballos de gran precio, un pequeño *yacht* de todo lujo...; y después, en un día lo había vendido todo y se había retirado a la ciudad móvil, a uno de aquellos lindos, pero modestos, carros que forman el su-

(1) Histórico.

burbio de Cartown, no conservando más que una vieja criada negra y su caballo favorito.

¿Qué le había ocurrido? ¿Qué desgracia había herido a la *Soberana del Campo de Oro* para precipitarla de la riqueza a la miseria? ¿Qué catástrofe imprevista había destruído las minas que poseía y explotaba su padre en los lejanos territorios del Arizona?

Nadie había podido averiguarlo, porque la joven no se lo había dicho a nadie.

Cuatro días después de haber dejado el palacio y de liquidar cuanto poseía, las paredes de la ciudad estaban cubiertas con aquellos anuncios, y veinte mil billetes, a cinco dólares cada uno, habían sido puestos a la venta y agotados completamente en menos de veinticuatro horas.

Toda la juventud de San Francisco había comprado con verdadero furor, disputándose encarnizadamente los últimos billetes, que se habían cotizado a cincuenta dólares cada uno.

Algunos negros (y no había pocos en San Francisco) los habían comprado también con la esperanza de tener por esposa a aquella bellísima joven que todos admiraban, y hasta se decía que uno de ellos había adquirido gran cantidad de billetes, gastando en ello algunos miles de dólares.

¿Quién iba a ser el afortunado esposo de la *Soberana del Campo de Oro*? Esto es lo que todos se preguntaban ansiosamente, porque los admiradores de la joven se contaban por centenares.

.....

En la tarde del 24 de mayo, una enorme y variada multitud se apiñaba en el amplio salón del Club Femenino, puesto a disposición de Annia Clayfert por la presidenta, a fin de que el sorteo pudiera efectuarse en un local cerrado.

La juventud californiana acudió en gran número, y no ella sola; hasta viejos y célibes que poseían una bonita fortuna y esperaban secretamente poner mano en aquella espléndida belleza, acudieron también.

Y no todos eran blancos. También había negros, con sus grandes ojazos de porcelana, lanudos cabellos y los dedos cargados de vistosos anillos; y hasta chinos de lampiñas mejillas, larga coleta caída por la espalda y amplos vestidos de seda teñidos de brillantes colores.

Todos se apretaban y se empujaban para llegar cerca de la plataforma levantada al extremo del salón, en la cual debía aparecer la *Soberana del Campo de Oro*.

¡Caso extraño! Aquel día todos aquellos americanos no hablaban de Bolsá ni de negocios. Contra costumbre, no se oía preguntar el precio del azúcar, de la harina ni del vino, principales artículos en que consiste la exportación californiana.

Decimos "caso extraño", porque los americanos hasta en sus manifestaciones más vehementes, no se olvidan de sus negocios.

Pueden encontrarse en un funeral, en una boda, en una revista, en cualquier ceremonia, y, sin embargo, se oye siempre hablar de las cotizaciones

de Bolsa, de los precios de los géneros alimenticios, entre ellos los de los puercos salados de Chicago.

Si fuera posible dormir y al propio tiempo hablar de negocios, puede afirmarse que aquellos bravos yanquis lo harían.

Aquel día, sin embargo, la curiosidad era la vencedora de todo. Nadie hablaba más que de la *Soberrana del Campo de Oro* y de la lotería, apostando con furor a que saldría un número alto o bajo, a que el vencedor sería un americano o un negro, o a que tendría el bigote blanco o la barba negra, etcétera.

Ya la sala estaba completamente llena y la impaciencia comenzaba a apoderarse de aquellos hombres, ordinariamente calmosos, cuando en la plataforma apareció un hombrecillo grueso, casi calvo, cuidadosamente afeitado y vestido de rigurosa etiqueta, seguido por dos negros que llevaban una enorme esfera de alambre casi llena con los números de los billetes.

—¡El notario! ¡El notario!—gritaron de todas partes.

El hombrecillo se quitó el sombrero de copa para saludar al respetable público, y luego dijo:

—Sí, señores; yo soy el notario John Davis, encargado de vigilar la extracción del número para impedir que se cometa cualquier fraude. Represento a la ley, y espero que nadie dudará de mí.

—¡Hurra por John Davis!—gritaron los jóvenes.

El notario, con un aghmán, reclamó silencio, y después añadió:

—Debo repetiros las condiciones en que miss Clayfert se ha puesto en subasta, aunque figuran en los billetes de la lotería lanzados a la venta.

—¡Las conocemos!—respondieron cien voces.

—Lo sé; pero es una formalidad necesaria—dijo el notario—. Escuchadme, pues. Del acta notarial que está en mi poder resulta:

“1.º Que miss Annia Clayfert pertenecerá al poseedor del billete que tenga el número favorecido por la suerte, quienquiera que sea, blanco, negro o amarillo, joven o viejo.

2.º Que miss Annia Clayfert será su esposa legítima seis meses después del sorteo.

3.º Que durante ese tiempo ella tendrá plena libertad de marcharse a cualquier Estado de la Unión Americana, concediendo al futuro marido el derecho de seguirla para poder fiscalizar sus actos.

4.º Que el importe de la lotería corresponde exclusivamente a miss Annia Clayfert, la cual podrá disponer de él de la manera que le parezca, sin que el futuro esposo pueda tener sobre dicha suma intervención de ninguna clase.

5.º Que en el caso de que el favorecido por la suerte rechazase el premio vivo y prefiriese ponerlo a subasta, no podrá recibir más que veinte mil dólares. Lo demás que se obtenga corresponderá exclusivamente a miss Annia Clayfert.”

—Y ahora, señores—exclamó el notario—, he concluído.

—¡Que salga miss Annia!—gritaron centenares de voces—. ¡Queremos verla!

Un tapiz de damasco que cubría una puerta se levantó en aquel momento, y la *Soberana del Campo de Oro*, serena y sonriente, se adelantó hasta la mitad de la plataforma, arrancando a los espectadores un grito de admiración.

Miss Annia gozaba realmente de una maravillosa belleza. Era de alta estatura, esbelta; vestía con suma elegancia traje de amazona, de seda azul con bordados de plata y adornos de gran valor.

Su cara era un óvalo perfecto, de tinte ligeramente sonrosado; los ojos, de color azul intenso, brillaban bajo cejas de un arco magnífico; tenía una boca deliciosa, con los labios rojos como el coral, y los cabellos eran rubios como el oro.

Saludó al público con la fusta que llevaba en la mano y le dirigió una graciosa sonrisa, mientras de todas partes salían ¡hurra! estruendosos, acompañados de aplausos.

—¡Hipp! ¡Hurra por miss Annia! ¡Hurra por la *Soberana del Campo de Oro*! ¡Hurra!

Miss Annia daba las gracias inclinando la cabeza.

Parecía estar tranquilísima y nada preocupada por la idea de que la suerte podía darle por esposo un solterón viejo o cualquier honrado plantador negro, o, lo que sería aún peor, algún chino espantoso.

Los hurra y los aplausos duraron un buen cuarto de hora, o sea hasta que el notario hizo so-

nar fuertemente la campanilla anunciando que se iba a proceder a la extracción del número.

A los gritos ensordecedores sucedió repentinamente y como por encanto un profundo silencio. Se hubiera dicho que las tres o cuatro mil personas que se apiñaban en aquella sala ni siquiera respiraban.

Miss Annia había permanecido tranquila, con los ojos fijos en la esfera que contenía los números; pero su hermoso rostro se puso en aquel momento ligeramente pálido y una leve arruga se dibujó en su frente.

El notario hizo girar la esfera ocho o diez veces, introdujo después una mano a través de la portezuela y tomó un número al azar.

Un vivo movimiento de curiosidad y hasta de ansiedad se produjo. Varios jóvenes se habían encaramado sobre sus asientos para ver mejor.

Miss Annia, inmóvil como una estatua, seguía con los ojos fijos en la esfera. Estaba palidísima.

En medio del profundo silencio que reinaba en la sala, tan profundo que se hubiera oído el vuelo de una mosca, el notario abrió la papeleta, y luego, con voz estridente, gritó:

—¡El ochocientos sesenta y uno!

Un grito de triunfo partió del fondo de la sala, entre las últimas filas de espectadores, seguido casi en el acto de un rugido de rabia y desesperación que salió de la primera fila.

Este segundo grito había sido lanzado por un

hombre que estaba en pie sobre una silla a pocos pasos del estrado.

Todos los ojos se fijaron en él, creyendo los espectadores haberse engañado sobre el verdadero tono de aquel grito, e imaginando que aquel joven era el afortunado vencedor.

Era un guapo mozo de veintiocho a treinta años, de estatura más bien alta que baja, con bigote castaño, ojos negrísimos, rasgados en forma de almendra, y con la tez algo bronceada. Iba vestido con extrema elegancia, llevaba una gardenia en el ojal de la americana, y tenía las manos enguantadas.

Hasta miss Annia volvió la vista hacia aquel joven, y un rápido estremecimiento la conmovió.

—¡El! — murmuró, recobrando en el acto sus sonrosados colores.

El desconocido vaciló y tuvo que apoyarse en la pared inmediata, pálido como un muerto.

Al propio tiempo, en el fondo de la sala, las filas de los espectadores dejaban paso a un hombre que llevaba en alto un billete de aquella lotería, y que gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Paso, paso! ¡El ochocientos sesenta y uno!

También era un joven, casi de la misma edad que el otro, tal vez algo más joven, pero desgarrado, de líneas angulosas, con los cabellos rubios y los ojos de color indefinible, entre el gris y el tinte del acero.

En cuanto a su indumentaria, no hacía, por cier-

to, muy buena figura. Llevaba una chaqueta descolorida por el uso, pantalones demasiado anchos para sus secas piernas y cortos en exceso, y un cuello que en otro tiempo pudo ser blanco, pero en aquel instante no lo era, a pesar de llevar una corbata muy grande de seda rosa descolorida.

—¡Plaza al vencedor!—gritaban los espectadores de las últimas filas.

—¿Es ése el que ha triunfado?—se preguntaban por todas partes, mirando al afortunado.

Unos protestaban, otros reían, y algunos miraban con desprecio a aquel muchacho, que hacía tan mezquina figura junto a la radiante belleza de la joven.

—¡Pobre miss Annia!—decían algunos—. ¡No podía tocarle un marido más feo!

—¡Obliguémosle a que la ponga a subasta!—gritaban otros—. ¡No podemos permitir que caiga en semejantes manos!

El joven pareció que no oía aquellas voces amenazadoras.

Atravesó las filas y se acercó al estrado enseñando el billete, y gritando:

—¡El ochocientos sesenta y uno!

El notario se inclinó hacia él, tomó el billete, lo miró atentamente, y luego dijo:

—Este señor ha vencido; miss Annia Clayfert le pertenece.

La joven no había hecho el menor movimiento ni pronunciado una sola palabra; parecía petrificada.

En la sala brotaban por todas partes gritos de rabia e imprecaciones.

—¡Ponla a subasta, rubito!

—¡Ese bocado no es para ti!

—¡A la puja, a la puja!

El joven, que no había dicho nada, se dirigió a miss Annia, que le miraba con una especie de terror, y le dijo:

—Miss, según los términos del acta notarial firmada por usted, el favorecido por la suerte debe ser dentro de seis meses su marido, y yo me consideraría orgulloso de tener por esposa a la mujer más bella de toda California. Sin embargo, no considerándome digno de tanto honor, por no ser yo guapo, y, además, por no tener fortuna, pues soy un pobre diablo, si no hay nada que a ello se oponga, acepto los veinte mil dólares y la dejo a usted libre. Usted, hermosa como es, podrá encontrar un joven más digno que yo, y, además, rico.

—¿Así, pues, la pone usted a la puja?—preguntó el notario.

—Desde luego, si miss Annia no se opone.

—¡Gracias, señor!—dijo la joven sonriendo—. Dígame su nombre.

—Harry Blunt, un pobre hombre, escritor de profesión, que se desayuna dos o tres meses de los doce del año.

El público, que poco antes se había declarado en abierta hostilidad contra el joven, prorrumpió en un hurra estrepitoso.

—¡Bravo, Harry! ¡Eres un buen muchacho!
¡Hip y hurra por Harry Blunt!

—Esta noche, a las ocho, páse usted por mi estudio a recoger los veinte mil dólares que le corresponden—dijo el notario.

—¡Y que me servirán para realizar mi antiguo ensueño de ir a buscar aventuras en el territorio indio!—gritó Harry con acento de triunfo.

—¡La puja! ¡Comience la puja!—vociferaban los espectadores.

Reclamó silencio el notario, y después, elevando la voz, dijo:

—Miss Annia Clayfert se pone a subasta por veinte mil dólares. ¡Adelante con las ofertas!

Apenas había pronunciado aquellas palabras, cuando se oyó una voz sonora que gritó:

—¡Veinticinco mil dólares!

Era el otro joven moreno, el que había lanzado el rugido de rabia cuando oyó al notario anunciar el número 861.

Ya no estaba pálido y se mantenía erguido sobre la silla, con los ojos inflamados y fijos en la joven.

—¡Treinta mil!—gritó un viejo de unos sesenta años que parecía un pastor anglicano.

—¡Treinta y cinco mil!—respondió el joven.

Durante cuatro o cinco minutos las ofertas se multiplicaron, subiendo hasta cuarenta mil dólares. Varios jóvenes habían tomado parte en la puja, hasta que el joven moreno subió de un solo

golpe otros diez mil. Entonces reinó un profundo silencio en la sala.

La *Soberana del Campo de Oro* era una mujer de sin par belleza; pero 250.000 pesetas representaban una hermosísima suma. Aquella cifra había enfriado el entusiasmo de los circunstantes.

Ya parecía que ninguno iba a atravesarse a aumentarla, cuando una voz tonante y desagradable rompió de improviso aquel silencio, gritando en mal inglés:

—¡Ofrezco sesenta mil dólares!

Aquello produjo el efecto de un rayo; todos se volvieron para ver quién era el loco que subía el precio, ya enorme, a trescientas mil pesetas.

Un grito de estupor, seguido pronto de una serie de exclamaciones, partió de todas las bocas; luego se produjo en la multitud un movimiento de borrasca. Todos se apartaban de aquel postor de última hora, haciendo gestos de indignación, como si huyeran de unapestado.

La propia miss Annia había hecho un gesto de desagrado, y había lanzado al joven una mirada de pánico, como diciéndole:

—¡Sálveme usted!

CAPITULO II

EL "REY DE LOS CANGREJOS"

EL hombre del cual todos se apartaban sin tomarse el trabajo de ocultar su disgusto, era un individuo de alta estatura, anchos hombros, brazos cortos y musculosos y abdomen prominente.

Representaba unos cincuenta años y era bien poco atrayente con su cabezota cubierta por un ancho sombrero de paja en forma de hongo, con su piel negra, ojos relucientes como de vidrio, nariz chata y gruesos labios prominentes y rojos como el coral.

En vez de vestir chaqueta y pantalón como los demás espectadores, aquel negro llevaba una larga túnica de seda roja con flores amarillas y azules y un dragón recamado de plata en medio del pecho, una anchísima faja, también de seda, sosteniendo una bolsa, de la cual salía el mango de

un abanico, y calzaba zuecos de punta levantada con suela de fieltro muy gruesa. Era, en suma, un robusto africano forrado de chino.

¿Cómo aquel negro, en vez de llevar sombrero americano, camisa almidonada y guantes, como todos sus compatriotas enriquecidos, vestía aquel traje de súbdito del Celeste Imperio? Esta fué la primera pregunta que se habían hecho los espectadores.

¿Y cómo aquel ser despreciado, aun cuando fuese rico, osaba aspirar a la mano de la hermosa joven?

Al primer estupor sucedió un movimiento de protesta, seguido de violentísimos apóstrofes.

—¡Fuera de aquí!

—¡Vete al Africa!

—¡No eres digno de una joven blanca!

—¡Tíradle al mar!

—¡Fuera el puerco negro!

El negro, que se había quedado solo en medio de la sala a causa de la veloz retirada de sus vecinos, no se había dignado protestar contra las frases injuriosas que caían sobre él como una granizada.

Plantado sólidamente sobre sus gruesas piernas, erguido el macizo cuerpo, alta la cabeza, miraba a miss Annia con ardientes ojos, esperando pacientemente a que la tempestad se calmase.

Los gritos y las invectivas aumentaron. Llegó un momento en que un joven se lanzó sobre él, tratando de pegarle en la cara; pero el africano, rápido como un relámpago, le cogió la mano y se la apretó

con tal fuerza, que le hizo lanzar un grito de dolor, y después, casi sin esfuerzo, le envió rodando a quince pasos.

Los americanos, grandes admiradores de los robustos músculos y de las personas que saben imponerse, callaron como por ensalmo, y poco faltó para que prorrumpiesen en hurras al vigoroso descendiente de Cam.

—¡Vaya un pulso!—exclamó uno—. ¡Lo que es ese hombre no se dejará coger por la nariz ni por el pelo!

—¡Dejémosle hablar!—gritaron otros—. ¡Está en su derecho!

—¡Silencio! ¡La puja está abierta para todos!

Apenas cesó el barullo levantó el negro la diestra, cuyos dedos estaban cubiertos de gruesos anillos de oro con piedras que parecían preciosas, y repitió con voz firme:

—¡Ofrezco sesenta mil dólares!

El joven, que se mantenía en pie sobre una silla, lanzó una feroz mirada a su competidor, y luego dijo:

—¡Setenta mil!

—¡Ochenta mil!—repitió el negro con voz tonante.

Hubo un instante de silencio. Todos miraban con ansiedad a los dos hombres, preguntándose para quién sería la bellísima joven.

Miss Annia parecía que estaba haciendo violentos esfuerzos para mantenerse serena. Se enjugá-

ba con frecuencia la frente con un pañolito bordado, y palidecía a ojos vistas.

También el californiano parecía sufrir atrozmente. Se había apoyado de nuevo en la pared, y de su frente caían gruesas gotas de sudor.

El negro, en cambio, conservaba una impassibilidad absoluta, como si estuviera seguro del triunfo.

—¡Ochenta y cinco mil!—dijo al fin el joven.

—¡Noventa mil!—repuso el negro.

—¡Cien mil!

¡Medio millón de pesetas! ¿Estaban acaso locamente enamorados de la joven aquellos dos hombres, para disputársela con tanto encarnizamiento y ofrecer sumas tan enormes?

Los circunstantes, mudos, recogidos, esperaban con ansiedad el fin de aquel extraño duelo, haciendo votos por el californiano.

Desgraciadamente, parecía que aquel gallardo joven había agotado todos sus recursos en su última oferta, a juzgar por la palidez de su rostro y la profunda angustia que denotaban su mirada extraviada y su aniquilamiento.

El negro no respondió de pronto. Parecía ocupado en un cálculo difícil.

De su calma, sin embargo, se deducía que estaba preparándose para un golpe decisivo que debía poner en sus manos a la *Soberana del Campo de Oro*.

Ya iba a abrir la boca, cuando en el estrado se oyó un débil grito y se vió al notario lanzarse hacia Annia y cogerla en sus brazos.

La multitud se precipitó también, empujando al negro y gritando desaforadamente.

—¡Un médico!—exclamó el notario.

Mientras dos o tres hombres se abrían paso entre los espectadores, dos criados habían levantado delicadamente a la joven para sacarla de allí.

—Señores—dijo el notario—, la emoción ha producido un desvanecimiento a miss Annia. Por hoy suspendo la subasta, que continuará mañana a la misma hora, considerando como firme la postura de cien mil dólares.

La multitud, no muy satisfecha de aquel inesperado desenlace, que la privaba de una lucha emocionante en su período más candente, desalojó el local poco a poco.

Los últimos en salir fueron el joven moreno y el vencedor en la lotería.

El primero parecía preocupadísimo y se alejaba casi a regañadientes, con la cabeza baja, golpeando nerviosamente los muros de las casas con su bastoncillo de bambú.

El otro le seguía mirándole con curiosidad.

Dos o tres veces había apretado el paso, como si quisiera alcanzarle o detenerle; luego había permanecido siempre detrás, como si no se atreviera a aproximarse a tan elegante caballero.

De pronto pareció decidirse. Abrió sus delgadas y larguísimas piernas, y en cuatro zancadas estuvo a su lado.

—Señor—le dijo—, ¿me permite usted que le diga una palabra?

El joven moreno se volvió rápidamente.

—¡Ah!—exclamó en el acto—. ¡El agraciado en la lotería!

—Sí, señor; yo soy Harry Blunt. No hago en este momento muy buena figura a su lado con mi traje tan poco elegante; pero, sin embargo, creo que puedo serle muy útil.

—Hable usted, señor Harry—repuso el joven moreno—; no siempre el hábito hace al monje, y celebraríamos mucho poder servirle en algo. Le debo a usted profunda gratitud por haber rechazado a miss Annia.

—¡Ah! ¿La ama usted mucho?—preguntó el escritor sonriendo.

—¡La quiero con locura, y me trastorna la idea de que, a pesar de la oferta que he hecho, pueda arrebatármela ese condenado negro! ¡Ella entre los brazos de ese horrible africano! ¡No; prefiero matarla, y saltarme después la tapa de los sesos!

—Mejor es vivir y quitársela al africano.

—El debe ser más rico que yo. Toda mi fortuna la he puesto en la subasta, y no me quedan más que algunos miles de dólares, que nada supondrían si tuviera que seguir pujando.

—Me lo había figurado, señor, y por eso me he atrevido a detenerle.

El joven elegante le miró con sorpresa.

—Usted es californiano, como yo, ¿no es cierto?—preguntó el escritor.

—Es verdad, aunque nacido cerca de la frontera mejicana, y mi madre era una española de Veracruz.

—¿Cree usted que ese canalla de negro tenga otros veinte mil dólares? Miss Annia es indudablemente hermosísima, y se la puede pagar cara; pero ciento veinte mil dólares forman una bonita suma, a fe mía: una verdadera fortuna.

—¿Y dónde encontrar los veinte mil dólares que me faltan? Estoy solo en el mundo, no tengo parientes ni amigos, estoy aquí solamente desde hace cinco semanas. Tengo delante un espléndido porvenir, porque soy ingeniero de las minas del Colorado, y, sin embargo, no podré encontrar quien me preste lo que necesito.

—¿Y no cuenta usted conmigo?—preguntó Harry Blunt—. No le he detenido a usted sólo para charlar.

—¡Cómo! ¿Usted...?—exclamó el joven moreno con acento conmovido.

—Le ofrezco los veinte mil dólares que voy a recibir esta noche de manos del notario John Davis, a fin de que pueda usted prolongar la lucha y quitarle al negro a miss Annia Clayfert—dijo el escritor—. ¿Lo acepta usted, señor ingeniero? Me los devolverá cuando pueda.

—¡Tiene usted un corazón de oro, señor Blunt! Pero no puedo aceptar una suma que le es a usted tan necesaria.

—Sí; para comprarme un vestido más decente y entrar algo en carnes—repuso el escritor riendo—, con cien dólares tendré de sobra. No deseche usted mi oferta, se lo ruego, porque yo, lo mismo que usted, no me consolaría jamás de que esa joven ado-

rable fuese a parar a manos de tan repugnante negro.

El ingeniero se detuvo, contemplando al joven rubio. Estaba más conmovido de lo que aparentaba, y sentía un verdadero deseo de abrazar a aquel pobre diablo tan generoso.

—¡Dígame usted que no rechaza mi ofrecimiento!—replicó Harry—. Miss Annia ha sido hecha para usted y no para el negro. De modo que es asunto concluído. ¿No es verdad?

El ingeniero estaba para darle la mano en señal de aceptación, cuando sintió que le tocaban ligeramente en el hombro, a tiempo que una voz que le hizo estremecer como si hubiera recibido una descarga eléctrica, decía en pésimo inglés:

—¿Se puede tratar con usted, caballero?

El joven se volvió rápidamente, apretando los puños.

El negro que osaba disputarle la *Soberana del Campo de Oro* estaba enfrente de él.

—¿Qué quiere usted?—preguntó el joven frunciendo las cejas y mirándole hostilmente.

—Decirle cuatro palabras, señor don Guillermo Harris—respondió el negro en tono enfático.

—¿Cómo sabe usted mi nombre?—preguntó el ingeniero sorprendido.

—Simón Kort puede saber eso y muchas cosas más.

—¿Y qué quiere usted de mí?

—Darle un consejo.

—¿Cuál?

—Que me deje usted el campo libre, que no me dispute la *Soberana del Campo de Oro*.

—¡Dejársela a usted!—exclamó el ingeniero haciendo un gesto de amenaza.

—Va usted a perderla de todos modos, porque no podrá competir con mi dinero. Yo sé a cuánto monta su riqueza.

—Pero ¿quién es usted?

—Hace tiempo no era más que un bracero del puerto, y me llamaban sencillamente Simón. Hoy soy el *Rey de los Cangrejos*. ¡Un rey y una soberana! ¡Haremos una buena pareja! ¿No le parece a usted?

El ingeniero alzó el puño, e iba a descargarlo sobre el negro, cuando con rápido movimiento el escritor se lanzó entre los dos rivales, diciendo:

—¡No hagan ustedes que acuda la policía, porque perjudicarían notablemente sus negocios! ¡Miren cómo se para la gente y los observa!

—¡Tiene usted razón, señor Harry!—dijo Guillermo Harris, haciendo un esfuerzo para dominarse.

—¿Quieren ustedes venir conmigo en mi chalupa de vapor?—preguntó el negro, que no había perdido su sangre fría—. Allí podemos hablar a nuestro gusto y discutir sin que nadie oiga lo que decimos. Señor Harris, ¿ha visto usted alguna vez los pueblos del río Cangrejo? Son interesantes, y cuando estemos allí le enseñaré a usted algo que modificará, de fijo, su modo de pensar.

—¿Que me vaya con usted?—preguntó el ingeniero, asombrado.

—¿Por qué no?—dijo Harry—. Apenas son las seis, y la noche está a nuestra disposición para completar nuestros proyectos. Este paseo le sentará bien, aunque le parezca en este momento inoportuno.

Previendo que había de tratarse de miss Annia, el ingeniero respondió después de una breve vacilación:

—Sea; pero le advierto que llevo armas y que mi revólver tiene seis balas.

—Y el mío otras seis—añadió el escritor.

—Así, pues—continuó el ingeniero—, si tiene usted la idea de tenderme algún lazo, ya está prevenido de lo que va a sucederle.

—¡El *Rey de los Cangrejos* no será tan necio que se comprometa!—repuso el negro, enseñando sus dientes, más blancos que el marfil y más agudos que los de una loba—. Haga el favor de seguirme.

Aquel singular individuo, negro por la raza, chino por el traje, se dirigió hacia el muelle, no sin despertar viva curiosidad entre las personas que encontraba, y se paró frente a una pequeña chalupa de vapor de forma elegante, montada por cuatro negros de sólida musculatura y vestidos de marineros americanos.

—Suban ustedes, señores—dijo el *Rey de los Cangrejos*—. Hay sitio para seis personas, y, por tanto, estarán ustedes muy cómodos.

El ingeniero y el escritor embarcaron en la cha-

lupa y se sentaron en el banco de proa, que estaba forrado de terciopelo rojo, mientras el negro se colocaba a popa y empuñaba la caña del timón.

La ligera embarcación se separó del muelle y cruzó rápidamente por entre la multitud de naves que llenaban la bahía: eran barcos de vela, vapores y cruceros de la escuadra del Pacífico.

Ninguno de los excursionistas había vuelto a hablar.

El ingeniero parecía muy pensativo y lanzaba de vez en cuando fulgurantes miradas hacia el negro, que fumaba tranquilamente un grueso *Virginia*.

También el escritor parecía preocupado, y callaba mirando distraídamente las naves a cuyo lado pasaba la chalupa.

Ya habían recorrido un par de millas, y comenzaban a surcar el mar libre, cuando dijo el escritor:

—¿En qué piensa usted, señor Harris?

—En la imprudencia que hemos cometido al seguir a este negro—repuso el ingeniero—. Habríamos hecho mejor en ir a ver a miss Annia.

—Dígame usted, señor Harris: ¿la conocía usted antes de que se presentase á subasta?

—Hace un mes que la sigo.

—¿Sabe quién es usted?

—Le he sido presentado en una recepción dada por el ingeniero de los tranvías californianos.

—Entonces, ¿está usted seguro de que no se negará a recibirle?

—Así lo creo. Durante la subasta no ha dejado de mirarme.

—Entonces, es que no le desagrada usted.

—Eso me parece, si no es una ilusión mía—repuso el joven suspirando.

—Pues bien, señor Harris; después iremos a Cartown. Las jóvenes americanas no temen recibir visitas ni aun después de las ocho o las nueve de la noche, y para esta hora estaremos de vuelta en San Francisco. Tengo deseos de saber qué es lo que quiere este negro que veamos. ¡El *Rey de los Cangrejos*! La tribu de los cangrejos está formada por chinos pescadores. ¿Cómo este hombre ha llegado a ser su jefe?

—También a mí me parece la cosa extraordinaria—dijo el ingeniero—. Los chinos no se unen nunca con los extranjeros.

—¡Ah!—exclamó de pronto el escritor—. Ahora recuerdo una boda que hizo mucho ruido en la colonia.

—¿Qué quiere usted decir, Harry?—preguntó el ingeniero.

—Recuerdo que hace dos años, en el pueblo número tres, que es el más importante de la colonia de pescadores chinos, reinaba una mujer que se llamaba la *Reina de los Cangrejos*, viuda de un jefe, y de la cual se decía que era muy rica. Si la memoria no me engaña, corría el rumor de que no tenía menos de sesenta mil libras esterlinas depositadas en el Banco.

—¡Millón y medio de pesetas!—exclamó el ingeniero palideciendo.

—Sé que los jefes de aquellos pueblecillos perciben por la pesca de los cangrejos ciento trece céntimos y veinte tercios.

—¡Curiosas fracciones!

—Que les aseguran una ganancia extraordinaria, señor Harris. Como le decía, la reina viuda se unió a un hombre de otra raza, y aquel hecho produjo gran revuelo entre los amarillos de la colonia. Ahora caigo en que aquel hombre puede ser ese condenado negro.

—Entonces, ¿habrá muerto la reina?

—Lo supongo—dijo el escritor.

—Así, pues, ese negro...

—Si es él quien se casó con ella...

—¡Continúe usted, señor Harry!

—Habrá heredado las riquezas de su esposá y entonces, amigo, nos dará hilo que torcer; no sé cómo podremos vencerle en la lucha.

El ingeniero experimentó un vivo sobresalto y se llevó nerviosamente el pañuelo a los labios, retirándolo manchado de sangre.

—¡Le comprendo a usted!—dijo con voz desfallecida y haciendo un gesto desesperado.

—¡No se desanime usted!—dijo de pronto el escritor—. Desde hace unos minutos me bulle en la cabeza una idea... ¡Ah! ¡Si pudiera pegársela a ese maldito negro!... ¡Vientre de foca! ¿Por qué no?

—¿Qué idea tiene usted?—preguntó Harris con ansiedad.

—No es éste el sitio de contarlo—repuso el escritor en voz baja—. Hay aquí demasiados oídos. Más tarde hablaremos.

La chalupa, que avanzaba con una velocidad de once nudos por hora, había llegado en aquel momento a la embocadura de la rada de San Pablo, a cerca de cinco kilómetros de San Rafael, y comenzaba a detener la marcha.

Los pueblos chinos no estaban lejos; pero aun no se veían, porque los ocultaban las abruptas colinas que hay a lo largo de la costa.

Sola, al extremo de la bahía, parecía dormitar una nave de las llamadas juncos, de pesadas formas, que desde los lejanos tiempos de Confucio no se han modificádo, con los costados de diez pulgadas de grueso y con el costillaje macizo y sostenido por cuñas de madera, porque los chinos no emplean clavos en sus construcciones.

De seguro, aquella nave esperaba algún cargamento de cangrejos destinados, probablemente, a la colonia china de San Francisco.

El *Rey de los Cangrejos* se levantó, y dijo a los dos jóvenes:

—Dentro de diez minutos estaremos en mi pueblo. No tendrán que molestarse mucho, porque el mío es el primero.

Guió la chalupa de modo que no chocase con el junco, y la dirigió hasta la costa arenosa, haciéndola varar suavemente.

—¿Quieren seguirme?—preguntó saltando a tierra.

—¡En marcha, señor Harris!—dijo el escritor.

El ingeniero bajó a la playa sin pronunciar una palabra.

El *Rey de los Cangrejos* hizo un signo a los negros de la tripulación para que permaneciesen a bordo, y después subió a un sendero que serpeaba por aquella árida colina.

Diez minutos más tarde los tres hombres llegaban al pueblo chino número 1, que es el más populoso.

CAPITULO III

GOLPE MAESTRO

SAN Francisco tiene una colonia china bastante numerosa, a pesar de haber sido prohibida durante veinte años la inmigración del pueblo amarillo. Un barrio entero pertenece a los hijos del Celeste Imperio; ha perdido mucho de su carácter merced al excesivo cuidado que le dedica la autoridad municipal californiana, pero aun tiene casas y templos de estilo chinesco, sus tiendas de orífices y de grabadores en marfil, de químicos, cuya muestra es un cocodrilo disecado, y sus casas de té.

Al extremo de la bahía de San Pablo, entre las colinas que la circundán, se encuentran tres pueblecillos que han conservado con gran celo su carácter.

En tiempos ordinarios no cuentan más de cin-

cuenta habitantes; pero a veces, en tiempo de pesca, la población aumenta hasta el millar.

Los habitantes habitan en común, y cada pueblo tiene un jefe reconocido y respetado por todos, que vive con cierto lujo y que se enriquece rápidamente a costa de sus administrados, teniendo derecho a una participación de ciento trece céntimos y veinte tercios sobre las ganancias de la pesca.

Aquellos habitantes viven exclusivamente de la pesca del cangrejo, que es muy abundante en el buen tiempo, y después la venden en San Francisco.

Los pueblos están formados por miserables casuchas de techos puntiagudos, dispuestas en escalones a causa de la pendiente del suelo, que no fué nivelado en consideración a su extraordinaria dureza; pero reina en ellos cierta limpieza, y sólo tienen de notable algunos altares consagrados al dios... Cangrejo, divinidad protectora de la comunidad, y los cementerios, que aparecen a poca distancia, y en los cuales se depositan momentáneamente los muertos.

Decimos "momentáneamente" porque los chinos a todo se someten menos a ser sepultados para siempre en tierra extraña, temerosos de que su pobre alma se pierda en el reino infinito del espacio celeste.

A fin, pues, de evitar ese peligro, y antes de abandonar la patria, todos los chinos tienen el cuidado de asegurar su propio cadáver, o, mejor dicho, sus propios huesos, en una Compañía especial que les garantiza el retorno a su patria.

Al cabo de tres años, su cadáver, dondequiera que se encuentre, es exhumado por encargados especiales, encerrado en una barrica, o, simplemente, en una lata de petróleo, si sólo se trata de los huesos, y embarcado para el Celeste Imperio.

Además, el precio del transporte es poco elevado, pues sólo se pagan dos libras esterlinas por cada lata.

Cuando el *Rey de los Cangrejos*, el ingeniero y el escritor llegaron al pueblecillo, estaba para cerrar la noche, pero no habían cesado los pescadores en su trabajo.

En los caminos tortuosos, entre un número infinito de gatos y perros, predestinados más o menos pronto a morir guisados, algunas docenas de chinos medio desnudos estaban preparando el envío de los cangrejos pescados durante aquella jornada.

Mientras unos los sumergían en enormes calderas llenas de agua hirviendo y otros los hacían pasar bajo gruesos rodillos de madera para quitarles el caparazón, algunos viejos los reducían a pulpa y los colocaban en cestas de mimbres para ser embarcados al día siguiente con destino a la colonia china de San Francisco.

El *Rey de los Cangrejos* pasó por entre los pescadores con aire altivo, sin dignarse responder a sus saludos, y se detuvo frente a una plataforma, en la cual había un altar cubierto de grandes cangrejos ofrecidos a la divinidad, y en cuyo centro se levantaba un alto vaso de bronce.

Sacó del bolsillo un frasquito de aguardiente de arroz, que vertió en una tacita de porcelana, lo agitó algunos instantes con un bastoncito y lo echó, por fin, dentro del gran vaso de bronce.

—¿Qué hace usted?—preguntó el escritor.

—Rindo homenaje al dios *Cangrejo*—repuso el negro, entre serio e irónico—. Es una ceremonia que no debo olvidar, so pena de que mañana mis pescadores no tengan suerte en su trabajo.

—¿Y qué hacen ahí esos grandes cangrejos? ¿Los dejaremos que se pudran?

—Cuando todos los pescadores se hayan marchado, el sacerdote los cogerá, tomando la ofrenda para sí.

—Entonces, ¿come por su dios?

—Hacen más provecho en su vientre que harían en el de la divinidad—contestó el negro—. Esta es mi casa; ¿tienen ustedes miedo de entrar en ella?

—No—dijo el escritor, contestando también por el joven ingeniero, que permanecía mudo y pensativo.

La habitación del *Rey de los Cangrejos* no era una informe barraca como la de los pobres pescadores, sino una elegante casita de dos pisos, de puro estilo chino, con doble techo de puntas arqueadas, y coronada por una torrecilla de madera adornada con campanillas.

Introdujo a los jóvenes californianos en un saloncito del piso bajo, con lustroso pavimento, amueblado sencilla, pero elegantemente, con mesitas de laca, llenas de idolillos de bronce y de marfil y bo-

tellitas de cristal de extrañas formas y variados colores. Las sillas eran de bambú, y los biombos estaban recamados de madreperlas.

—Señor Harris—dijo, volviéndose hacia el ingeniero, mientras llenaba algunos vasos de un licor ambarino—, ¿quiere usted que hablemos de la subasta?

El ingeniero se pasó la mano por la frente y miró a su alrededor como si se sorprendiera de hallarse en aquel lugar. Parecía como si en aquel momento hubiera despertado de un largo sueño.

—¿De miss Annia?—preguntó con alterada voz.

—Sí, señor Harris. ¿Sabe usted por qué le he rogado que venga aquí?

—No lo sé.

—Para convencerle de la inutilidad de sus esfuerzos y persuadirle de que tiene perdida la batalla.

—¿Qué sabe usted?

El negro se aproximó a una pared, y señaló un enorme cofre de madera con refuerzos de hierro y cubierto de caracteres chinos.

—Aquí dentro—dijo—está la herencia que me dejó Kami, la *Reina de los Cangrejos*, con la cual me casé, y que ha muerto hace seis meses. Miré usted, señor Harris, y dígame si posee lo suficiente para luchar conmigo en la subasta de mañana.

Sacó una llave minúscula, abrió el cofre y, aproximando a él la lámpara que había sobre una mesita, mostró a los dos jóvenes una enorme canti-

dad de oro en barrás, que representaba una cifra fabulosa.

—Aquí hay millones—dijo el negro—. ¿Tiene usted otro tanto, señor Harris? ¿Se da usted por vencido?

El ingeniero lanzó sobre su rival una mirada feroz, e hizo luego un gesto como para sacar algo del bolsillo; pero el escritor, que le observaba, le contuvo, sujetándole el puño con suprema energía.

El negro, que en aquel momento se había vuelto para dar más luz a la lámpara, no advirtió aquel movimiento, y prosiguió:

—Señor Harris, ¿quiere usted que hagamos un pacto? Usted es el único rival peligroso, porque nadie añadirá un centavo a los cien mil dólares que ha ofrecido usted por miss Clayfert. Renuncie usted a la subasta, y le ofrezco la mitad de las riquezas que me dejó la difunta *Reina de los Cangrejos*. Quiero a toda costa tener esa muchacha, y ningún peligro, ningún obstáculo me impedirá ser su esposo.

—¡Sin duda me toma usted por un miserable hambriento de oro, señor Kort!—gritó el joven con voz entrecortada por el furor.

—¿Rehusa usted?—preguntó el negro con calma.

—¡Y se la disputaré encarnizadamente!

Una vaga inquietud se reflejó en el rostro del *Rey de los Cangrejos*.

—¿Será usted más rico de lo que me han dicho mis espías?—preguntó.

—¡Mañana lo sabrá usted! ¡Señor Blunt, salgamos de aquí o estallo!

El escritor, que temía que el coloquio terminase a tiros (tanta era la exasperación del joven ingeniero), estuvo pronto a abrir la puerta y a hacerle salir.

—¿Se va usted?—preguntó el negro.

—¡Sí, por no matarle!—repuso Harris.

—Pueden ustedes servirse de mi chalupa. Mis hombres están prevenidos; y nosotros, señor Harris, mañana nos veremos.

—¡Que no te diera esta noche el cólera!—murmuró el escritor descendiendo por el sendero que conducía al mar—. ¿Utilizaremos, sin embargo, su embarcación, señor Harris? El camino es largo, y no llegaríamos a San Francisco antes de media noche si sólo nos sirviéramos de nuestras piernas.

El ingeniero hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Los cuatro negros que tripulaban la chalupa debían haber recibido orden de conducirlos, porque apenas vieron reaparecer a los dos blancos se levantaron, los saludaron cortésmente y se prepararon a partir.

—¡A San Francisco!—dijo el escritor subiendo a la chalupa y poniéndose a proa, donde ya estaba sentado el ingeniero.

—¡Sí, *massa!*—contestó el maquinista.

La embarcación se separó de la orilla, y partió veloz como una flecha, dirigiéndose hacia la embocadura del río San Pablo.

El ingeniero no había vuelto a decir palabra.

Con los codos apoyados en la rodilla y la cabeza cogida entre las manos, parecía meditar profundamente.

El escritor había encendido un puro, y contaba y recontaba por los dedos como si realizará un cálculo muy difícil.

El bravo joven no parecía estar de mal humor, porque de vez en cuando levantaba la cabeza y se retorció con cierta complacencia sus hirsutos bigotes, mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—¡Bien!—dijo de pronto—. ¡El plan de guerra ya está terminado! ¡Un general de Estado Mayor no hubiera sabido hacerlo mejor; se lo aseguro a usted, Harris!

—¿De qué plan de guerra me habla usted, señor Blunt?—preguntó el ingeniero.

—¡Señor Harris—dijo el escritor aproximando la boca al oído del ingeniero—, no se preocupe usted, y alégrese! ¡Le prometo jugarle una buena treta a ese pellejo negro! ¡Mañana en la subasta no tendrá competidor!

—¿Va usted a matarle?

—¡Oh, no! No deseo tener que habérmelas con la policía; pero le repito que el tal Simón no comparecerá mañana en la sala del Club Femenino.

—Explíquese usted.

—Déjeme que guarde el secreto, por ahora. Acompañeme usted a casa del notario, y después nos separaremos. Tengo que ir a casa de un amigo mío, farmacéutico...

—¿No viene usted conmigo a Cartown?

—Llegaremos demasiado tarde para poder ser recibidos por miss Annia; estos negros han acortado la marcha, de fijo por orden de su amo. ¡No estaremos en San Francisco antes de media noche! ¡Ah, diablo! ¿Y el notario? ¡No había pensado en ello, y tengo que aguardar hasta mañana por la mañana para cobrar mis veinte mil dólares, y esta noche necesitaba...!

—¿Necesita usted dinero, Blunt? ¡Hable formalmente!

—Una veintena de dólares, por lo menos.

El ingeniero sacó la cartera, y de ella, un billete de cien dólares.

—Tome usted, Blunt; más vale tener de más que no de menos. Si no tiene usted bastante, véngase usted conmigo a casa.

—No; tengo de sobra—repuso el joven ruborizándose—. Le entregaré mañana diecinueve mil novecientos, aunque estoy cierto de que nadie se presentará a luchar con usted.

—¡Sí; se presentará el negro!—dijo el ingeniero con voz triste.

—¡No; se lo aseguro!

—¡Explíqueme usted su plan!

—¡Hasta mañana, y confíe en mí, señor Harris! ¡Aunque ese negro fuera el mismísimo demonio, no se libraría de la que le preparo! Ahora, silencio, y espere hasta mañana tranquilo y seguro del triunfo.

La chalupa, que había ido disminuyendo la velocidad, como había previsto el escritor, no llegó a

San Francisco hasta un cuarto de hora antes de media noche, muy tarde ya para ir a casa del notario, y, sobre todo, a Cartown.

Los dos jóvenes cenaron juntos en un bar, y a cosa de la una se separaron, dándose cita para el día siguiente en el Club Femenino.

.....

.....

Faltaba media hora para la apertura de la sala del Club cuando Harry Blunt apareció entre la muchedumbre que se agrupaba frente al palacio en espera de que la emocionante subasta se reanudara.

El joven estaba desconocido. Había tirado su ridículo traje, y se pavoneaba con un hermoso vestido de marinero, de grueso paño azul, con una faja roja que le subía hasta la mitad del pecho, y se había plantado en la cabeza un gorro de marinero con un borlón en el centro, bastante vistoso.

Calzaba botas de mar, como si debiera de un momento a otro embarcarse en una de tantas naves que se aglomeraban en la bahía, y llevaba entre los labios un gran cigarro habano, que fumaba con visible satisfacción.

Iba seguido por dos negros, vestidos bastante decentemente, que tenían la traza de los mozos del puerto en traje de día de fiesta, y que también fumaban habanos.

Después de haberse mezclado con la muchedumbre, el joven se había detenido frente a una taberna de buen aspecto y llena de bebedores, en

espera de que se abriese la sala del Club Femenino.

Estaba allí hacía ya unos cinco o seis minutos, cuando uno de los negros le dijo:

—¡Ahí está, *massa!*

El escritor se volvió rápidamente. En la esquina de la calle había aparecido Simón, el *Rey de los Cangrejos*, con su extraño vestido de chino y seguido por dos hijos del Celeste Imperio, sin duda, súbditos suyos.

Una sonrisa de satisfacción apareció en los labios del joven.

Se metió las manos en los bolsillos y avanzó al encuentro del *Rey de los Cangrejos*, diciéndole con el aire de un hombre aburrido:

—Llega usted pronto, amigo Simón. Todavía falta lo menos una hora.

—¡Ah! ¿Es usted?—exclamó el negro, que le había reconocido en el acto—. ¿Cómo está su amigo? ¿Sigue resuelto a luchar conmigo?

—Me parece que ha renunciado a ello desde que usted le enseñó el tesoro de la *Reina de los Cangrejos*. Yo he tratado de convencerle de que era inútil obstinarse no teniendo riquezās que le permitan competir con las vuestras. El hecho es que aun no ha venido, y eso que me había rogado que le aguardase en este bar y que usted le esperase también.

—¿Qué quiere de mí?—preguntó el negro, sorprendido.

—Creo que quiere hacerle alguna proposición.

—Podía habérmela hecho ayer tarde.

—Estaba demasiado furioso.

—Ya lo vi—repuso el *Rey de los Cangrejos* enseñando su dentadura de caimán.

—Amigo Simón, ¿acepta usted una copa de gin?

—¡Y aunque sea una pinta, si usted quiere!

—Vamos, pues. ¡Ah! Estoy con dos amigos que también deben serlo vuestros.

Los dos negros, que le habían seguido, se aproximaron.

—¡Sam y Zim!—dijo el *Rey de los Cangrejos* tendiéndoles la mano—. Hemos trabajado juntos en el muelle del puerto.

—Es verdad—respondieron los dos negros.

—Pues bien, vamos a vaciar una pinta—dijo el escritor—. ¡Convido al vaso de despedida!

—¿Se marcha usted?—preguntó Simón.

—Sí; esta noche zarparé para Australia.

Entraron en el bar, que, como hemos dicho, estaba rebosando de bebedores, y se sentaron en una mesa que por casualidad encontraron libre. El escritor pidió dos botellas del mejor gin, y luego dió la vuelta a la sala fingiendo que buscaba al ingeniero.

—No ha venido aún—dijo sentándose junto al *Rey de los Cangrejos*, que había llenado ya los vasos—. Pero, en verdad, tenemos una hora por delante, de aquí hasta que empiece la subasta. Así, pues, bebamos y desechemos el tedio.

Los negros, grandes bebedores, especialmente de licores fuertes, no se hicieron rogar, y, en unión de los dos chinos que acompañaban al *Rey de los*

Cangrejos, habían acometido a las botellas con bravura.

Apenas habían transcurrido diez minutos, cuando otras dos botellas, esta vez de *whisky*, habían reemplazado a las primeras.

Comenzaban todos a alegrarse, menos el escritor, que fingía beber, pero sólo ingería algunas gotas de aquellos ardientes licores.

De pronto sacó una petaca llena de habanos, y ofreció unos cuantos al *Rey de los Cangrejos* y a los dos chinos, diciendo:

—Me los ha regalado un capitán mejicano a quien he encontrado esta mañana en San Diego, y me ha asegurado que no los hay mejores en la Habana. Tomen los que gusten; tengo dos cajas de ellos en mi casa.

Simón cogió y encendió uno, y los demás le imitaron; y como el *whisky* se había concluído, encargó *grogs* para despejar un poco los cerebros, que comenzaban a ofuscarse.

Apenas habían vaciado las tazas, cuando el *Rey de los Cangrejos* dejó caer el cigarro y se recostó en el respaldo de la silla como si una súbita embriaguez se hubiese apoderado de él.

—¡Ohé! ¡Simón!—dijo el escritor fingiéndose espantado—. ¡Qué mal bebedor es usted!

—¡Déjele dormir un cuarto de hora, *massa!*—dijo uno de los dos negros—. La subasta aun no ha comenzado, y en el momento oportuno le despertaremos.

—Y vaciaremos entretanto otra botella—dijo uno de los dos chinos.

—¡Sí; de ginebra!—respondió Blunt sonriendo—. El amo del bar me ha dicho que las cobra a dos dólares cada una, pero no se bebe igual ni en Nueva York.

Cuando llevaron la botella, los dos chinos dormían lo mismo que su amo, y los dos negros hacían grandes esfuerzos para tener abiertos los ojos.

—¡Ya están cogidos!—murmuró el escritor, fro-tándose las manos.

Hizo servir la ginebra, aun cuando ya no había bebedores, porque hasta los dos negros habían aca-bado por dormirse.

Blunt llamó al camarero que le había servido, y poniéndole en la mano dos billetes de a diez dólares, le dijo:

—Uno por las botellas y otro para ti, con tal que dejes dormir en paz a estos borrachos. Además, no te darán mucha molestia.

—No los molestaré—dijo el mozo.

—¡Y ahora—dijo el escritor—veremos si ese pi-llo de Simón viene a disputar miss Annia al se-ñor Harris! Cuando despierte estaremos nosotros en Cartown.

Y se lanzó fuera del bar, que ya estaba vacío, pues la subasta había comenzado.

Cuando llegó a la sala del Club Femenino, tuvo que hacer grandes esfuerzos para abrirse paso; tanta era la gente que se apiñaba en su interior.

Apenas hubo dado una docena de pasos, cuando oyó gritar al notario:

—¡Cien mil dól'ares..., a las tres!

Nadie respondió.

—¡A las tres!—repitió el notario—. ¡Ha terminado la subasta! ¡Miss Annia pertenece al señor Harris!

Retumbó en la sala un estruendoso hurra que duró algunos minutos; luego el público se dirigió a las puertas del local.

Harry Blunt, con el rostro radiante, se precipitó hacia el estrado, en el cual se encontraba el ingeniero junto al notario.

—¡Señor Harris!—gritó—. ¡Sea enhorabuena! ¡Triunfo completo!

El ingeniero bajó de un salto la plataforma y echó los brazos al cuello de su amigo.

—¡A usted le debo mi felicidad!—exclamó con voz conmovida.

—¡O mejor dicho, al opio!—repuso riendo el escritor.

—¿Y Simón?

—Duerme como un oso gris; pero haremos bien en marcharnos pronto. ¡Ese granuja es capaz de matarme! ¿Y miss Annia?

—Ha partido para Cartown, donde me espera. ¡Venga usted, Blunt; tengo mi coche en la plaza!

—¡Le sigo a usted, señor Harris!

CAPITULO IV

LA "SOBERANA DEL CAMPO DE ORO"

SI el cuartel chino y los pueblecillos de pescadores de cangrejos forman uno de los principales atractivos de la opulenta reina del Océano Pacífico, Cartown es una de sus más singulares barriadas, pudiéndose decir, sin temor a exagerar, que no hay otra semejante en ninguna parte del mundo.

¡La ciudad de los carros! ¡La ciudad ambulante que puede trasladarse según el capricho de sus habitantes! Bastarían estas palabras para explicar de qué se trata y producir el mayor asombro.

Y, sin embargo, nada hay en esto de extraordinario. Si Cartown quisiera dejar el arenoso terreno sobre el cual está construída, digámoslo así, podría hacerlo, y hasta hacerse transportar a través del Océano Pacífico para posarse blándamente en la arena del Atlántico.

La razón puede parecer rara, pero es concluyente, porque todas las habitaciones de aquella curio-

sísima barriada, que ahora tiene el título de ciudad, se apoyan sobre cuatro ruedas.

El fundador no ha sido un americano. La idea de establecer aquella ciudad movable germinó en la mente de un emigrado italiano que no carecía de talento. Había adquirido un poco de terreno en la orilla de la magnífica bahía de San Francisco, allí donde no brotan más que grupos de cañas y de juncos. Por desgracia, o, mejor dicho, por fortuna, se había encontrado sin el dinero necesario para edificar una casucha, como en un principio había pensado.

El sitio era espléndido. Las azules y transparentes ondas de la bahía iban a morir entre los juncos con dulce rumor, y la playa era, seguramente, la mejor para crear en ella establecimientos de baños.

Sólo faltaba el capital para fundar una barriada.

Ya el emigrante había pensado deshacerse de su terreno, cuando un hallazgo verdaderamente casual le suministró ocasión para realizar su proyecto.

Una compañía de los tranvías de San Francisco trataba por entonces de vender algunos centenares de coches demasiado viejos ya para prestar servicio.

El italiano, pensando que aquellos coches, mucho más amplios que los usados por nosotros, podían servir de habitaciones, compró uno en cincuenta dólares y lo hizo conducir a su terreno, proveyéndole de los muebles necesarios.

Fuera la envidia, el deseo de poseer una modesta habitación a orillas de la bahía, la originalidad

de la idea, u otro móvil cualquiera, es el caso que a los pocos meses había otro coche al lado del colocado por el emigrante.

Se formó el primer núcleo, y poco a poco se constituyó el barrio, con gran satisfacción del italiano, que, como propietario del terreno, subió el precio de éste considerablemente. Tranvías, coches de ferrocarril fuera de uso, viejas diligencias que en tiempo sirvieron para el transporte del correo a través de las praderas, encontraron allí su jubilación.

China tenía su ciudad flotante sobre el río de las Perlas; la capital de California tenía su ciudad rodante, o, mejor dicho, la ciudad de los carros.

El aspecto que presentá aquel conjunto de carros de todas formas y dimensiones no es barroco, como pudiera creerse, sino, por el contrario, graciosísimo, porque todos aquellos carruajes están cuidados con el mayor esmero.

Las paredes están barnizadas y pintadas de vivos colores; los metales, siempre brillantes; las galerías, cubiertas de flores, y las ventanas, protegidas con toldos muy vistosos y persianas.

Hasta hay grupos cuyo conjunto tiene el aspecto de un palacio rodeado de jardines y coronado de torrecillas.

Tales son, por ejemplo, el castillo de Chillón, propiedad de un suizo; el de Quebec, el de Navarra, la villa de Miramar, todos habitados por gente de dinero, que prefiere aquellos carros a los palacios de la estruendosa ciudad.

Algunos coches tienen otros superpuestos, izados con poderosas grúas y mantenidos en equilibrio por columnas de madera, con terrazas espaciosas y galerías a su alrededor. El aspecto que podrían presentar cuatro o cinco enormes vagones, unos encima de otros, se concibe perfectamente.

No hay que figurarse que Cartown esté habitada por pobres diablos sin medios bastantes para vivir en la ciudad, donde los alquileres son muy caros; por el contrario, aquellas casas ambulantes representan mayor esfuerzo, puesto que hoy día cuestan, entre mobiliario, barnizado, etc., unos quinientos dólares, y algunas veces mil.

Un lujo refinado reina en aquella población.

Allí hay espejos de Venecia, tapices de Persia, muebles esculpidos, divanes de brocados, lechos con cubiertas de seda.

Todo es pequeño y precioso.

No falta siquiera la luz eléctrica, y el teléfono tiene en comunicación continua a los habitantes de Cartown con los de San Francisco.

Cada coche está dividido en tres departamentos: un comedorcito, una salita minúscula y una alcoba. La cocina está al aire libre, en la plataforma anterior.

Abundan las tiendas de toda clase, en las que se puede encontrár lo que se quiera, como en San Francisco.

¿Qué más? Hasta hay un café y una casa de té, abiertas por un japonés emprendedor, que está haciendo un gran negocio.

El ingeniero Harris y el escritor, cómodamente instalados en una carroza arrastrada por dos vigorosos caballos, apenas salieron de San Francisco dieron orden al cochero de que los llevara a toda prisa a Cartown.

Ambos estaban contentísimos, especialmente el segundo, que reía a mandíbula batiente pensando en la treta jugada al *Rey de los Cangrejos*.

—¡Estará furioso si se ha despertado a estas horas!—decía a su amigo Harris—. ¡Daría cualquier cosa por ver en este momento sus feísimos ojazos!

—Está usted más seguro a mi lado en esta carroza que en el bar—repuso el ingeniero—. Ese negro debe de ser un bribón capaz de retorcerle a usted el cuello, o meterle en el cuerpo seis balas sin decir siquiera ¡allá va!

—También lo creo, señor Harris; y pienso que haré bien en marcharme pronto y lejos, ya que no le han sido a usted necesarios mis veinte mil dólares.

—Pero, ¿qué treta le ha jugado usted al negro? No me lo ha explicado usted aún, mi buen amigo.

—Sencillamente, le he embriagado con un cigarrillo habano, en el cual había hecho esconder por un farmacéutico amigo mío un pedacito de pasta de opio.

—¿Y se ha dejado engañar por usted sin ninguna desconfianza?—preguntó el ingeniero, estupefacto.

—Tuve la precaución de hacerme acompañar por

dos negros que habían sido amigos suyos, porque trabajaron con él en el puerto.

—¿Y cómo los ha encontrado usted?

—Me los indicó mi amigo el farmacéutico, el cual parece que conoce perfectamente la historia del *Rey de los Cangrejos*. He prometido a los dos negros diez dólares a cada uno si conseguían que entrase en el bar su compatriota, haciéndoles creer que deseaba hablar con él para un negocio de cangrejos.

—¿Y todos han mordido el anzuelo?

—¡Como verdaderos cangrejos!—dijo Blunt, soltando la carcajada.

—¿Qué puedo hacer por usted, mi bravo amigo?

—preguntó Harris con voz conmovida.

—Usted conoce el Arizona, según me ha dicho.

—He dirigido los trabajos en una de aquellas riquísimas minas de plata durante tres años consecutivos.

—Querría, sencillamente, saber si es cierto que en aquel Estado hay todavía abundancia de salvajes, y si los bisontes emigran en manadas inmensas.

—No hay región de los Estados Unidos más rica ni en que los cazadores puedan todavía hacer tanta fortuna como en esa.

—Pero, ¿no hay indios?

—Los *navajoes* existen todavía en buen número, y no han perdido la mala costumbre de arrancar la cabellera a sus adversarios.

—Gracias, señor Harris; ese es el paraíso que yo había soñado. Si el *Rey de los Cangrejos* tiene

empeño en retorcerme el cuello, que vaya a buscarme allá.

—¿Quiere usted ir al Arizona?

—Allí, o a otra parte, me es igual; pero ya que allí hay indios, búfalos y osos, iré a visitar esa región. Soy un cazador apasionado, señor Harris, y desde niño no he soñado más que en ser uno de los corredores de las inmensas praderas. Por fin me ha sonreído la fortuna, y mañana por la mañana partiré hacia el Este.

—¿Tiene usted en las venas sangre de aventurero?

—Mi padre era un cazador canadiense, y se dejó la cabeza entre las fauces de un oso gris.

—¡Tenga usted mucho cuidado no le pase lo mismo!

—¡Poco importa! Nadie me llorará, porque estoy solo en el mundo.

—Yo le daré algunas recomendaciones para varios cazadores que conocí allí.

—Gracias, señor Harris. Eso será un favor que compensará con exceso el que he prestado a usted. ¡Ya hemos llegado a los primeros coches de Cartown! Estos caballos trotan como los de los indios.

—Son verdaderos potros de la pradera, que he traído de Far-West—repuso el ingeniero.

—Señor Harris, le espero a usted en la casa de té del japonés. No quiero servir de estorbo. Más tarde, si usted me lo permite, saludaré a miss Annia, o, mejor dicho, a la mujer que rehusé—dijo el escritor riendo.

Al decir esto hizo detenerse el coche y saltó a tierra, desapareciendo entre las casas de ruedas que se prolongaban a derecha e izquierda del camino.

—¡Qué bravo joven!—murmuró el ingeniero—. ¡Es un tipo único en el mundo!

La carroza emprendió de nuevo la marcha, pasando sucesivamente frente a la villa Miramar, el castillo de Chillón y el de Quebec, y deteniéndose por último junto a un viejo coche de tranvía recientemente barnizado, con los metales lucientes y la galería atestada de macetas que contenían rosales en flor. En una placa de metal, el cochero había leído: "Annia Clayfert", y en el acto había detenido a los caballos.

Harris saltó a tierra presa de vivísima emoción, que en vano trataba de dominar. Aquel joven que había afrontado a los feroces indios del Colorado, que había desafiado los peligros de las minas argentíferas, que había combatido muchas veces con los temibles animales de las praderas del Far-West, en aquel momento se había puesto pálido como si fuera a desvanecerse.

Apenas hubo subido a la plataforma de la casa, adornada con vasos de porcelana, cuando se abrió la puerta y apareció una negra vieja diciendo:

—¿Es usted el vencedor en la subasta?

—Sí. ¿Y miss Clayfert?—balbuceó Harris.

—Entre usted, señor; le espera en la sala.

El ingeniero atravesó un minúsculo gabinete con las puertas tapizadas de seda oscura, y después de haber pedido permiso, entró en un pequeño salon-

cito, lindo y coquetón, circundado por divanes de seda roja, con un rico tapiz en el pavimento, y cubierto de finísimo *guipur* hasta las ventanas.

Miss Annia estaba allí, sentada en un diván, más bella que nunca, aunque un poco pálida, y vestida aún de amazona.

Al ver a Harris se levantó, y le dijo con adorable sonrisa:

—¡Sea usted bien venido..., mi futuro esposo! Pertenezco a usted, y, por lo tanto, está usted en su casa.

—¡No diga usted tal cosa, miss!—repuso el ingeniero, ruborizándose como un colegial y haciendo sobrehumanos esfuerzos para aparecer tranquilo—. He pujado para impedir que cayese en poder de aquel negro; y si no tuviese la esperanza de llegar a agradarla algún día, juro a usted, miss Annia, que no sentiría el dinero perdido, y que, aunque con dolor inmenso, le devolvería su libertad.

La joven le miró atentamente y en silencio algunos instantes, y luego dijo:

—Usted me ama; lo sé, señor Harris. Desde hace un mes viene usted siguiéndome por todas partes.

—Yo, sí; pero, ¿y usted?

La joven sacudió su rubia cabecita sonriendo maliciosamente, y después, poniéndose un dedo en los labios, dijo:

—¡No toquemos ahora ese particular, mi señor marido, y hablemos de otra cosa!

Luego, poniéndose seria, le preguntó a quemarropa:

—¿Qué se dice por la ciudad acerca de la repentina venta de mi palacio, de mi *yacht*, de mis coches, de mis caballos y de mi retiro a esta barriada?

—Pues... no he oído decir nada, miss—repuso el ingeniero con aire de turbación.

—Que estaba arruinada; ¿es verdad?

—No digo a usted que no.

—Pues tienen razón. En cuarenta y ocho horas me he encontrado, no diré sin recursos, pero sí en una situación difícil.

—Sin embargo, me contaron cuando estuve en el Colorado que su padre de usted era dueño de una mina de oro que producía muchísimo.

—Y era verdad—repuso la joven suspirando—. Aquella mina no producía menos de doscientos mil dólares al año. ¡Y quién sabe lo que hubiera dado todavía sin el odio de un hombre!

Harris la miró con doloroso estupor.

—Oigame usted—prosiguió Annia después de una breve pausa—. Desde hace seis años mi padre era propietario de aquella mina, que había descubierto en el fondo de un inmenso abismo llamado el *Gran Cañón*, y que usted conoce, de seguro.

—Sí, miss; lo he recorrido en gran parte.

—Los mineros acudieron en gran número de todos lados ofreciendo sus servicios a mi padre, el cual no tomó más que unos doscientos. Entre ellos había un hombre que se llamaba Will Rock, un gigante venido de no se sabe dónde, y que por su

fuerza extraordinaria y por su habilidad gozaba de mucho renombre entre sus compañeros de trabajo; tanto, que le obedecían a él, puede decirse, más que a mi padre. Siendo en realidad un hombre utilísimo para aquel duro oficio, fué exaltado al cargo de capataz, y ninguno se quejó de aquel rapidísimo ascenso. Por desgracia, un día funesto, Rock, que debía de haber madurado siniestros proyectos, se rebeló contra la autoridad de mi padre, pretendiendo que éste le diera una crecida participación en el producto de la mina. Comprendiendo que tenía que habérselas con un hombre peligroso, que ejercía gran influjo sobre sus compañeros, mi padre le echó de la mina, amenazándole con matarle si volvía a ella. Rock se marchó sin decir palabra; pero tres meses después una verdadera sublevación estalló en el campo. Los mineros, insurreccionados por aquel miserable, que había jurado vengarse, se convirtieron en bandidos; asesinaron a los guardas y a los ingenieros, se apoderaron de las reservas de oro, hicieron volar con dinamita las habitaciones y los hornos, inundaron la mina y se llevaron a mi padre. El asalto fué tan imprevisto, que no hubo manera de organizar la más pequeña resistencia.

—¡Infames!— exclamó el ingeniero, pálido de ira—. ¿Y qué hicieron con su padre?

—Aun le tienen prisionero—repuso miss Annia con voz entrecortada—, y exigen por su libertad la enorme suma de quinientos mil dólares, que habrá de ser enviada a Will Rock, a la estación de Alamosa, dentro de tres meses.

—¿Después de haber robado todas las reservas de oro?

—Sí, señor Harris.

—¡Malditos forajidos! ¿Y el gobierno del Arizona no piensa enviar contra esos canallas algunas tropas?

—He apelado a aquellas autoridades, y me han contestado que no pueden mezclarse en este asunto; tanto más, cuanto que parece que los indios *navajoes* han permitido a ese facineroso que se refugie en su territorio.

—¿Ha logrado usted reunir la suma necesaria, contando con mis cien mil dólares?—preguntó Harris.

—Todavía me falta mucho, porque la venta de mi palacio, de mi *yacht* y de mis caballos no ha producido más que ciento veinte mil dólares.

—¡Ladrones!—exclamó Harris.

—Se han aprovechado.

—¿Y de la lotería?

—Otros sesenta mil.

—¿Así, pues, con mis cien mil no tiene usted a su disposición más que doscientos ochenta mil dólares?

—Ni un centavo más.

—¡Y hacen falta quinientos mil!—exclamó Harris haciendo un gesto de desesperación.

Permaneció un momento silencioso, pasando y repasando una mano por su frente, y de pronto dijo:

—Annia, ¿tendría usted miedo de ir al Arizona?

—Estoy pronta a acompañarle si usted va—replicó sin vacilar la joven—. He nacido en la frontera india, y, como todas las jóvenes que han crecido en las grandes praderas, sé manejar el rifle como el revólver, y montar en los potros sin necesidad de silla ni freno.

—Entonces, miss Annia, partiremos para el Arizona. En el *Gran Cañón* tengo amigos que dirigen minas de plata, y que podrán ayudarnos con un buen contingente de hombres.

—Así es que usted quiere...—dijo la joven con voz conmovida.

—Ir a salvar a su padre, libertarle de las manos de esos bandidos que le han hecho prisionero, y después matarlos a todos. Tenemos tres meses por delante. En tres meses estaremos en el *Gran Cañón*, e iremos a buscar a ese bandido de Rock. ¡Ah! ¡Quiere quinientos mil dólares! ¡Les daremos plomo, y buen plomo!

Annia se levantó con los ojos chispeantes, y, después de poner la mano sobre el hombro del valeroso joven, dijo:

—¡Usted es el hombre que yo había soñado: fuerte, enérgico, audaz! ¡Usted me hará feliz, Harris, y yo le amaré a usted como jamás mujer alguna haya amado! ¡Gracias, amigo mío, gracias!

—¡Yo seré quien deba dárselas, Annia!—exclamó el joven, loco de alegría—. Haga usted esta noche sus preparativos, y mañana tomaremos el ferrocarril para Sacramento. ¡Ah! Me olvidaba de preguntar a usted si la disgustaría que Harry Blunt

nos acompañase. Es un bravo joven, y espero que no le guardará usted rencor por haberla rehusado a cambio de veinte mil dólares.

—¡Al contrario; le estoy agradecida! — repuso miss Annia sonriendo—. Tráigale usted, si cree que puede sernos útil. Y a Rock, ¿qué le contesto?

—Que dentro de tres meses usted misma le llevará los quinientos mil dólares.

—Hasta mañana, Harris.

—Aquí vendré a recogerla. No lleve usted consigo más que lo estrictamente necesario; durante el viaje compraremos lo que haga falta.

Se estrecharon la mano, mirándose a los ojos durante largo rato, y el ingeniero salió rápidamente, feliz y casi fuera de sí por la alegría.

• El escritor le aguardaba en la casa de té, con una guía de ferrocarriles en la mano.

—Señor Blunt—dijo el ingeniero, sin darle tiempo a que le interrogase—, ¿quiere usted venir conmigo y con miss Annia al Arizona?

—¡Cómo! ¿También parten ustedes?—exclamó el joven, poniéndose en pie de un salto.

—Sí, mañana, a las cinco y veinte minutos. ¿Quiere usted acompañarnos?

—¿Y me lo pregunta usted?

—Entonces, véngase a mi casa y le contaré todo.

—¿Cazaremos?

—¡Hasta indios y bandidos!

—¡No pido más, señor Harris!

El coche estaba parado a la puerta.

Salieron de la casa de té y subieron a la carroza.

Apenas los caballos se habían 'puesto en movimiento, cuando dos negros que estaban escondidos bajo un viejo y deshecho carruaje asomaron la cabeza por entre las ruedas.

—¿Los has conocido, Zim?

—Sí, Sam.

—¡Corramos donde está Simón!

Y ambos se lanzaron en desenfrenada carrera hacia un carruaje al que estaban enganchados dos buenos caballos.

CAPITULO V

LOS TENEBROSOS PROYECTOS DEL "REY DE LOS CANGREJOS"

HARÍA dos horas que había terminado la subasta, cuando Simón, bastante más robusto y resistente que los dos chinos y los dos cargadores del puerto, se despertó, aun entontecido por el exceso de licor, y, sobre todo, por el opio que había fumado en aquel traidor cigarro.

Fué preciso el transcurso de algunos minutos y un vaso de agua helada, que le llevó el mozo del bar, para que su cerebro comenzase a entrar en funciones.

Una espantosa blasfemia, que hizo escapar al camarero, salió de sus labios al ver a sus dos súbditos y a sus dos negros amigos recostados en el respaldo de sus sillas y durmiendo como lirones.

—¡Nos han embriagado con alguna droga infernal!—exclamó, rechinando los dientes como un ti-

gre—. ¡Condenado sea el canalla de Fo, el dios de los tontos, y todos los santos del calendario chino! ¡Mozo!

El joven, que le espiaba escondido detrás del mostrador, acudió con su más amable sonrisa en los labios.

—¿Otra botella, señor?—preguntó en tono algo irónico.

—¡Que te ahorquen!—rugió el negro, furioso—. ¿Qué has puesto en el *gin* que hemos bebido?

—¿En el *gin*? En el *brandy* querrá usted decir; *whisky* debe usted decir, señor.

—¡Me da lo mismo!

—Pues no he puesto nada. Eran licores finísimos.

—¡Pues es imposible que yo me haya embriagado, cuando me bebo cinco botellas al día yo solo! ¿Dónde está el joven blanco que bebía con nosotros?

—Salió después de pagar la cuenta.

—¿No le habíais visto antes?

—Nunca.

—¡Ese miserable debe de haber echado algún narcótico en los licores! ¡Por la muerte de todos los cangrejos del océano! ¡Aquel cigarro es el que me ha hecho dormir! ¡Soy un imbécil! ¿Qué hora tenemos?

—Las seis.

Un rugido de furor brotó de la garganta del hercúleo hijo de la ardiente Africa, rugido que parecía salir del pecho de una fiera.

—¡La subasta! ¡La subasta! ¡Habr  concluido!
¡Me han engañado! ¡Habla, estúpido! ¡Habla, o te
estrangulo!

—¡Cuidado— dijo el camarero, dando un salto
atrás—, que hay cerca una sección de policía!

—¡Te pregunto si la subasta est  aún abierta!

—¡Ah!   La del Club Femenino? No; se ha con-
cluido hace dos horas.

—  Y miss Annia?

—Ha sido adjudicada a un ingeniero—repuso el
mozo—. Me han dicho que es el mismo que ayer
ofreció cien mil dólares.

—¡Por todos los leones y leopardos del Africa!
—rugió el negro—. ¡Me la han jugado como a un
niño! ¡Necesito su piel! ¡Tr ame amoníaco, fuego,
un tizón, piedra infernal, cualquier cosa, para des-
pertar a estos imbéciles, que siguen roncando!

—Hágales que beban una copa de ginebra. El
remedio será mejor que el amoníaco.

—¡Tr ame una botella, diez, veinte, con tal que
abran los ojos!

El mozo se apresur  a llevar una, la destapó y
llenó las copas.

El *Rey de los Cangrejos* cogió por las narices a
Sam, obligándole a abrir la boca, y le vertió en la
garganta de un golpe el fortísimo licor, a riesgo
de asfixiarle.

El cargador tosi  horribilmente y devolvió parte
del líquido, pero abrió en el acto los ojos, estornu-
dando ruidosamente.

—¡Ahora al otro!—dijo el *Rey de los Cangre-*

jos, sin preocuparse de los gestos que hacía el pobre diablo.

El remedio sugerido por el camarero no falló tampoco con Zim ni con los dos chinos. Verdad es que a poco uno de éstos parece ahogado; pero se había despejado al fin, si no del todo, al menos en parte.

Un poderoso manotazo administrado por el *Rey de los Cangrejos* en medio del cráneo de aquellos desdichados completó el tratamiento.

Los dos negros y los chinos parecían aún atontados y miraban con ojos extraviados al coloso, que amenazaba apalearlos si no recobraban pronto un poco de lucidez.

—Hágales usted andar—dijo el mozo—. Un poco de aire les hará bien.

—¡Tienes razón, muchacho!—repuso el *Rey de los Cangrejos*.

Tiró sobre la mesa dos dólares y sacó a la calle a los cuatro hombres, amenazándolos con emprenderla a puntapiés con ellos si no marchaban derechos.

Cuando llegó a la orilla de la bahía, donde estaba anclada su chalupa de vapor, se había disipado la embriaguez de los dos chinos.

—Patrón—dijo Sam, que se sentía mejor que su compañero—, ¿qué ha pasado? Tengo todavía una confusión tal en la cabeza, que me parece imposible explicarme por qué me he embriagado. ¿Es posible que unos cuantos vasos de *brandy* o de *whisky* me hayan vuelto idiota?

—¡Hemos sido burlados por aquel canalla que decía que se iba a Australia!—repuso Simón, furioso—. ¡Y yo he perdido a miss Annia, la *Soberana del Campo de Oro!*

—¿Cómo? ¿No la ha ganado usted en la subasta?—preguntó Zim.

—¡Estúpido! ¿Crees que entonces estaría aquí hablando como un papagayo?

—Así, pues, ¿la ha perdido usted?—interrogó Sam.

—También me ha embriagado a mí. ¡Mas por todos los cangrejos del mundo juro que tendré la piel de ese galopín que me ha hecho tal jugarreta, si no se ha marchado a Australia!

—¡Sígale!

—Antes que ese joven hay algo que me hiere más. ¡Ah! ¿Cree ese Harris que me resignaré? ¡Se engaña; y aunque tuviese que perder el último dólar, le quitaré la *Soberana del Campo de Oro!* ¡He jurado que sería mi mujer, y lo será!

—De seguro que no la pondrá a subasta—dijo Zim.

—¡Eres un imbécil!—dijo el *Rey de los Cangrejos*—. ¡Necesitas que te pongan cabeza nueva, muchacho! Embárcémonos y veremos si queréis entrar a mi servicio.

Entraron en la chalupa, y el *Rey de los Cangrejos* dió orden a sus hombres de seguir la costa en dirección a Cartown.

—¿Qué os produce vuestro oficio?—preguntó

Simón cuando la embarcación estuvo lejos de la playa.

—No se gana mucho en el muelle; ya lo sabe usted, Simón—dijo Sam—. Algunos días cuesta trabajo ganar un dólar.

—¿Sois hombres de puños?

—¡Ya lo creo!—repuso Zim, mostrando sus brazos musculosos.

—¿Sabéis manejar las armas?

—Soy un regular tirador—dijo Sam—; he sido durante algún tiempo criado de un cazador de Sierra Nevada.

—Yo manejo bien el revólver—añadió Zim.

—¡Cuidado, que yo quiero tener a mi servicio gente resuelta y sin escrúpulos, y que pagaré como un príncipe!

—Estamos a sus órdenes, patrón—respondieron los dos negros.

—Os ofrezco cincuenta dólares al mes, y mantenidos. ¿Aceptáis?

—¡Ahora mismo voy a tirar al mar mi chaqueta de cargador!—dijo Sam.

—¡Y yo hago lo mismo!—repuso Zim.

—Desde este momento estáis a mis órdenes—dijo el *Rey de los Cangrejos* mirando con complacencia a sus dos compatriotas, que mostraban un vigor extraordinario.

Luego agregó, como hablando consigo mismo:

—¡Estos son dos buenos reclutas que no dudarán en dar una puñalada cuando llegue la ocasión!

Hizo señales al maquinista de que aproximase la

lancha a la playa, y luego, volviéndose hacia Sam, le dijo:

—Os confío a ti y a Zim una misión importante. Marchad en el acto a Cartown, y averiguad si el ingeniero está allí. Al mismo tiempo, tratad de informaros si la *Soberana del Campo de Oro* se prepara a desalojar su coche o a emprender algún viaje. Me han dicho que debe tener proyectos. ¡Tomad veinte dólares como anticipo!

—¿Dónde le encontraremos a usted?

—En mi pueblecillo. Alquilad dos caballos e id a contarme sin tardanza lo que averigüéis.

—¡Adiós, patrón!—respondieron los dos negros saltando a la orilla y alejándose rápidamente.

El *Rey de los Cangrejos* los siguió con la mirada hasta que volvieron la esquina de una casa, y después, a una seña suya, sus marineros impulsaron de nuevo la chalupa, dirigiéndola hacia San Pablo Bay.

El negro se sentó a popa poniéndose a la barra del timón, mientras los dos chinos se recostaron a sus pies.

Parecía estar de muy mal humor: de vez en cuando rechinaba sus dientes como un tigre enfurecido, y de sus labios salían sordas imprecaciones.

En la mente del hercúleo hijo de la tierra africana debía de estallar en aquellos momentos una tremenda borrasca y madurarse algún siniestro designio.

Cuando al cabo de una hora larga la chalupa llegó junto a la árida colina en cuya cima estaban los

pueblecitos de pescadores de cangrejos, la frente de Simón, hasta entonces ensombrecida, se aclaró.

Desembarcó, diciendo a sus negros que mantuvieran los fuegos encendidos, y subió lentamente por un sendero, seguido por los dos chinos, que guardaban absoluto silencio y que aun parecían mareados por el opio fumado en el cigarro y por los abundantes licores ingeridos.

Al entrar en su casa hizo Simón encender la gran linterna de talco, destapó una botella, y sentado junto a una mesa se entregó a profundas reflexiones.

La noche había cerrado hacía dos horas, cuando le advirtió uno de los chinos que los dos negros estaban en el pueblo y deseaban hablarle.

El *Rey de los Cangrejos* se puso en pie de un salto, diciendo:

—¡Que pasen en seguida!

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando Sam y Zim se encontraron frente a él, inundados de sudor y cubiertos de polvo hasta los cabellos.

—¡Si no han reventado los caballos, es un verdadero milagro, patrón!—dijo el primero.

—¿Habéis visto al ingeniero?—preguntó Simón.

—Y también al otro, al que nos ha embriagado.

—¡Ah! ¡Condenado perro! ¿No ha partido?

—Se va mañana de madrugada con el ingeniero y con miss Annia—dijo Sam—. Hemos oído cuanto han dicho la *Soberana del Campo de Oro* y el señor, y después lo que ha dicho el rubio.

—¡Habla en seguida!

El negro le informó en breves palabras de cuanto había podido oír, escondido bajo el carricoche de miss Annia, primero, y luego bajo el del vendedor de té.

—¿Qué historia me cuentas?—exclamó Simón en cuanto terminó Sam—. ¿Van al 'Arizona? ¡Su padre prisionero!...

—De un tal Rock.

—¿Has oído bien ese nombre?

—La joven blanca lo ha repetido varias veces, y Zim también lo ha oído perfectamente.

—Es verdad—confirmó el segundo negro—: Will Rock.

El *Rey de los Cangrejos* permaneció algunos minutos en silencio paseando nerviosamente por la estancia; después dió en la mesa tan formidable puñetazo, que hizo caer copas y botella.

—¡He aquí una suerte que no esperaba!—dijo—. ¡El *Gran Cañón*! Yo lo conozco: he trabajado en algunas de aquellas minas cuando era joven. ¡Hermoso lugar para cogerla! ¡Por todos los cangrejos del mundo, mi querido Simón, has nacido con buena estrella! Haced vuestros preparativos y seguidme.

—¿Adónde vamos, patrón?

—Al Arizona, si no los cogemos antes.

—¿Nosotros solos?

—¡No soy tan imbécil, Sam!—repuso Simón—. Llevaremos los cuatro negros de la chalupa, que son de confianza y de fuerza.

Llamó a los dos chinos, que debían de ser sus secretarios o algo parecido, y les dijo:

—Parto para un viaje que puede durar unos cuantos días o quizás muchas semanas. Cuidad de mis rentas; y como a mi vuelta sepa que me habéis robado, os haré cortar las orejas. ¡Pronto, muchachos, seguidme! Coged esta caja, donde van los fondos para la guerra que vamos a emprender.

Sam y Zim levantaron la caja, no sin trabajo, y siguieron al *Rey de los Cangrejos*, que bajaba el sendero rápidamente.

Cuando llegaron a la orilla de la bahía embarcaron la caja, y después Simón dijo a sus marineros:

—¡A San Francisco a toda máquina! ¡No tenemos tiempo que perder!

La chalupa partió rapidísimamente, dejando a popa un largo surco blanco que la luna hacía brillar intensamente.

A las once entraba en la rada de la capital de California, pasando por entre la multitud de naves ancladas junto a los inmensos *docks* atestados de mercancías.

Simón, que parecía febril, hizo desembarcar el cargamento, dió algunas instrucciones al maquinista, y después, acompañado por los otros cinco negros, se internó en la población.

No hay que decir que el cofre que contenía los tesoros acumulados por la *Reina de los Cangrejos* no fué olvidado.

Atravesaron parte de San Francisco, deteniéndose frente a una hermosa y pintoresca casa del barrio chino, cuya puerta se abrió de repente al primer golpe dado sobre la placa de metal colgada de ella.

Simón hizo llevar la caja al interior y después subió la escalera, diciendo a los negros que le esperasen.

— Cuando bajó llevaba consigo una valija bastante abultada y un grueso paquete perfectamente atado.

— ¡A la estación! — dijo a los negros —. Aquí llevamos billetes de Banco y revólveres. ¡Con tales cosas se puede ir al fin del mundo!

A media noche el *Rey de los Cangrejos* y sus cinco negros se hallaban ya en el café de la estación Oriental, sentados en torno de un llameante *punch*.

Pocos minutos antes de la partida abandonaron aquel lugar, acomodándose en un vagón contiguo al tónder.

Bajaron las cortinillas; pero el *Rey de los Cangrejos* observaba atentamente a cuantas personas entraban en la estación.

Los cinco negros, recostados en los ángulos, fumaban silenciosamente, envueltos en sus amplias mantas de lana de vivos colores y cubiertos con anchos sombreros de *cow-boys* calados hasta los ojos.

De pronto Simón lanzó una palabrota.

— ¿Qué le pasa a usted, patrón? — preguntó Sam incorporándose.

— ¡Vienen juntos!

— ¿Miss Annia y el ingeniero?

— Sí.

— ¿Y se enfada usted?

— ¡Por no poder destrozár al granuja que me emborrachó!

— ¿Viene también él?

—Acompaña al ingeniero.

—¡Pues si decía que se iba a Australia!

—¡Más vale así, porque a su tiempo le quitaremos el pellejo, y verá si yo sé cumplir lo que prometo!

—¿Qué coche han ocupado?

—El penúltimo.

—Entonces estamos seguros de no ser descubiertos, patrón.

—¡Como alguno de vosotros se asome, le rompo el cráneo de un puñetazo!

—Esté usted tranquilo; ninguno de nosotros tiene ganas de trabar conocimiento con los puños de usted.

—¡Silencio!

Un agudo y prolongado silbido atravesó el aire, repercutiendo bajo la inmensa marquesina de cristales; luego el tren se movió lentamente con fragor metálico en dirección al sur.

—¡Veremos si llegan a su destino!—murmuró Simón lanzando un relámpago de ira por los ojos—. ¡El camino es largo, y quién sabe lo que puede ocurrir en el viaje!

CAPITULO VI

A TRAVES DE CALIFORNIA

MISS Annia, Harris y el escritor, reunidos en la estación pocos minutos antes de que el tren partiera, habían tomado asiento en uno de los últimos coches, a causa de estar los primeros casi completamente ocupados por californianos que iban a las minas, aun bastante productivas en aquella época.

La joven vestía un elegante y sencillísimo traje de viaje de paño gris. Como buena 'americana, llevaba en el bolso de viaje un pequeño revólver de seis tiros, previsión justificada, porque los ferrocarriles de aquella región eran menos seguros que los de la gran línea que une a Nueva York, reina del Atlántico, con San Francisco, reina del Pacífico.

Harris y el escritor, que deseaban pasar inadvertidos, se habían vestido con el pintoresco traje

de vaqueros mejicanos: sombrero de anchas alas con galón dorado, amplios calzones de terciopelo con botones dorados, largas polainas con espuelas de plata, cuya rueda era del tamaño de un duro, y la *manga* de gruesa franela.

Ambos llevaban al cinto revólveres Colt, armas de grueso calibre y de precisión extraordinaria, que a cincuenta pasos ponen a un hombre fuera de combate, con pocas probabilidades de que vuelva a ponerse en pie.

Harris, que no gustaba de los intrusos, había tomado todo el coche para ellos; uno de aquellos espléndidos vagones de nueve metros de largo, con tapices, espejos, divanes-camas, galería externa y biombos.

Cómodamente sentados frente a las amplias ventanillas, por las cuales entraba libremente la brisa matinal, miraban el cambiante panorama, absorto cada cual en sus pensamientos.

El tren, que sólo se componía de nueve coches, costeaba velozmente la bahía meridional de San Francisco para llegar a la estación de San José, de la cual va luego hacia Lathrop, antes de tomar definitivamente el camino del sur.

—Señor Harris—dijo Blunt cuando vió al tren alejarse poco a poco de la bahía—, ¿cree usted que aquel negrazo vendrá a buscarme al *Gran Cañón*?

—Debe de estar buscándole en los buques que parten para Australia—repuso riendo el ingeniero—. Fué una gran idea la que tuvo usted de darle aquella indicación.

—Andaba de por medio mi pellejo, señor. Aquel pillastre debe de estar todavía en estado salvaje, como sus compatriotas del Africa ecuatorial. El aire de California no debe de haber calmado sus instintos de bestia feroz. ¡Y pensar que sin esa estratagema hubiera sido su esposa miss Annia!

—¡Qué monstruo! — exclamó la joven, haciendo un gesto de horror—. ¡Hubiera preferido matarme al cabo de los seis meses de libertad que me esperaban!

—Ha hecho usted bien en venir con nosotros, Blunt—dijo Harris—. No hubiera usted estado seguro permaneciendo en San Francisco, ni tal vez en toda California.

—De todos modos, hubiera partido. ¡Seguir todavía allí con cien mil pesetas en el bolsillo, mientras hay bisontes que matar e indios que ver!...

—¡Cuidado con los indios, amigo! Aun no están todos sometidos, y los que vamos a encontrar tienen fama de ser los más feroces de todo el continente americano del Norte. ¡Apaches y navajoes! Son verdaderas fieras, que tienen todavía la fea costumbre de matar a los *rostros pálidos* cuando están en guerra con ellos.

—¿No están ahora tranquilos?

—¡Hum! No se sabe nunca cuándo lo están. Basta una nonada para irritarlos, y siempre encuentran pretextos para salir de su reserva y perseguir a los hombres blancos. Hay por allí un jefe apache llamado Victoria, que cada dos meses, por un motivo o por otro, se pone a la ofensiva y produce la ruina por todas partes. Es un gran diablo

rojo que goza de fama de ser invencible, y que es particularmente temido por los mineros del *Gran Cañón* del Colorado. Figúrese usted que con las cabelleras que con su propia mano ha arrancado ha hecho un tapiz que se dice tiene virtudes maravillosas.

—¿Cuáles?—preguntó Annia.

—La de curar todas las enfermedades (1).

—Esperemos que no hemos de tropezar con esos feroces cazadores de melenas—dijo el escritor—. La mía se destacaría mucho sobre el tapiz, tan paliducha como es.

—Por eso haría un hermoso contraste con las negras cabelleras de los mejicanos—repuso Harris.

—¿No distinguen, pues, de norteamericanos y de mejicano-españoles?

—Nada absolutamente, con tal que tengan cabello. Querido amigo, ¿quiere usted encargarse del desayuno? La cocina del tren está en el vagón inmediato, y así, no tendrá usted que andar mucho. Este aire matutino despierta un hambre de lobo; ¿es verdad, Annia?

—Tiene usted razón, Harris—repuso la joven.

Mientras se preparaban a restaurar las fuerzas el tren proseguía su rápida carrera a lo largo de la especie de península que desde la bahía de Monterrey se dirige hacia San Francisco, formando aquel magnífico golfo que no tiene igual en toda la América del Norte.

A las ocho entraba ya con gran estrépito en la

(1) Histórico.

estación de San José, situada casi en la extremidad del golfo, y después volvía a ponerse en marcha hacia el nordeste para llegar a Lathrop, la rival de Sacramento, y que parece destinada a ser una de las ciudades más florecientes de California.

Entonces corría sobre los antiguos *placers*, que algunos lustros antes habían hecho acudir de todas las partes del mundo millones de aventureros sedientos de oro.

En vez de *clains*, de montones de tierra y de febriles buscadores del precioso metal, el tren corría por entre soberbios viñedos, cuidados esmeradamente, obra de los emigrantes italianos, verdaderos creadores de la riqueza vinícola de California.

—El oro ha desaparecido—dijo Harris—; pero la tierra no ha cesado de producir. El vino ha sustituido al metal.

—¿Han sacado mucho oro de esta región?—preguntó Blunt.

—Se calcula que California ha dado por valor de cinco mil millones de pesetas.

—¡Mil millones de dólares!—exclamó el escritor—. ¿Y desde cuándo comenzó aquella prodigiosa recolección?

—Desde 1841, o sea desde la época en que el capitán Suther, un suizo que había sido oficial de la guardia de Carlos X, rey de Francia, descubrió por primera vez que la tierra de California encerraba una inmensa cantidad de oro.

—¿De qué modo? ¿Estudiando el terreno?

—No; por pura casualidad. Suther había pedido a nuestro Gobierno una gran concesión agrícola; y

como en aquel tiempo California estaba casi des poblada, la obtuvo sin dificultad.

—¿Sabía que el terreno concedido tenía oro?
—preguntó Annia.

—No—repuso Harris—. Como he dicho, fué la casualidad la que le hizo descubrir las inmensas riquezas escondidas en el subsuelo. Había construído un molino sobre el río de la Horca, cuando un día, reconociendo el fondo de la cascada, encontró en él pepitas de oro. Hizo excavaciones en aquellos parajes, y logró descubrir filones auríferos de valor inaudito. Se propagó la voz con la rapidez del rayo, y al cabo de pocos meses el descubrimiento fué conocido del mundo entero. Los aventureros de ambos hemisferios se lanzaron sobre California. Jamás época alguna ha sido testigo de tanto fanatismo. Se hicieron al principio fortunas enormes, y aquella fiebre duró desde 1841 a 1852, atrayendo aquí a millones de personas. Figúrense ustedes que, como promedio, se extraían al año trescientos millones de pesetas.

—¡Un verdadero río!

—Que fué, sin embargo, superado algunos años más tarde por los que descubrieron los *placeres* de Australia.

—¿Y no podría encontrarse más oro bajo esta tierra?—preguntó Blunt.

—Es probable que sí, pero no en gran cantidad; y como usted ve, nadie viene ya a buscarlo. La vid ha vencido definitivamente al oro desde que han venido los italianos, esos agricultores admirables,

que han cubierto el valle del Sacramento de viñedos que envidian todos los Estados de la Unión.

—¿Y producen mucho?—preguntó Annia.

—No diré que tanto como los *placers*, pero sí muchos millones al año. Ciertas cosechas han sido tan abundantes, que han puesto a los agricultores en gran apuro por no saber dónde guardar el vino. Esto dió origen a que se construyera el mayor tonel del mundo.

—¿Qué tonel es ese?—dijo Blunt.

—El de Asti. ¿No lo ha visto usted nunca?

—No, señor Harris. Yo creía que el tonel más grande era el de Heidelberg, que goza fama universal.

—No, porque en el tonel germánico no caben más que doscientos veinte mil litros, y ha sido superado por el de Londres, que puede contener cuatrocientos noventa mil.

—¿Y el nuestro?—preguntó Annia.

—Es tan enorme, que para llenarlo, dos bombas de vapor emplean siete días, y cuatro para vaciarlo.

—¡Es un lago!—exclamó Blunt.

—Poco menos.

—¿Cuánta madera emplearían en su construcción? ¿Un bosque entero?

—Ni siquiera un arbusto, caro amigo—repuso Harris—. Se emplearon mil barriles de cemento portland, seis mil de arena y piedra, y cuarenta y cinco días y noches para construirlo; todo por viticultores italianos. Figúrense ustedes que dentro de él se dió un baile, en el cual tomaron parte em-

pleados, jueces, banqueros, etc., con sus familias, una banda de música entera, y...

Un agudo silbido le cortó la palabra.

—Ya estamos en Niles—dijo—. Dentro de poco pasaremos por entre la sierra del Diablo y la Nevada. ¡Vamos a ver un soberbio panorama, Blunt!

El tren sólo se detuvo algunos minutos en Niles, y volvió a emprender su carrera hacia el Este, llegando dos horas después a Lathrop, de donde parte la línea principal de California-Arizona.

A media noche se detenía en Berenda, una de las más importantes estaciones del Pacífico-Atlántico, para reponerse de agua y carbón, y a las dos se lanzaba a través de la inmensa llanura limitada al Este por la imponente cordillera Nevada y al Oeste por la Sierra de la Costa.

Cuando despuntó el alba los viajeros habían dejado ya atrás a Tulose, otra estación importante, donde reside una floreciente colonia de viticultores italianos que han cubierto de viñedos todas las riberas del lago de aquel nombre.

—Vamos muy aprisa—dijo el escritor, que miraba con vivo interés las altas cimas de Sierra Nevada, cubiertas aún de nieve y con las laderas sembradas de gigantescos pinos.

—Pues más aprisa iremos cuando hayamos franqueado la frontera de California. Allí las estaciones son escasas, y las paradas, más escasas aún.

—¿Y dónde acaba esta línea?

—A orillas del Atlántico, amigo mío. Es la rival de la Trascontinental del Pacífico.

—¡Cuántas dificultades han debido de vencer

nuestros ingenieros para construir una línea tan inmensa!

—No muchas; para la primera, sí. En ésta sí que han asombrado al mundo entero. Nadie creía que nuestros ingenieros lograran poner en comunicación el Atlántico con el Pacífico, ya por la clase de territorios que debían atravesar, ya por la hostilidad de los indios, ya por la colosal cadena de las montañas Rocosas, que parecía barrera infranqueable para el monstruo de hierro.

—Debió de ser un gran acontecimiento para el mundo el anuncio de que tan grande empresa había llegado a término feliz—dijo Annia.

—Como que estaban casi locos de alegría todos los americanos—repuso Harris.

—Cuéntenos, ingeniero—dijo Blunt—. ¿A quién se le ocurrió esa grandiosa idea?

—Al ingeniero Tomás Yudah, que después de una larga serie de estudios acerca de la Sierra Nevada comunicó sus proyectos a una reunión de capitalistas de Sacramento, los cuales los hicieron aprobar por el Congreso de Wáshington en primero de julio de mil ochocientos sesenta y dos. Dos compañías, la Unión del Pacífico y la Central Pacífico, acometieron la difícil empresa con un capital de cuatrocientos setenta y cinco millones. Los trabajos se comenzaron por ambas partes, o sea por San Francisco y por Nueva York, y prosiguieron asiduamente a pesar de todos los obstáculos, no siendo los menores la falta de víveres y de agua y los incesantes ataques de las tribus indias, que en aquella época aun no estaban sometidas, y que ase-

sinaban sin compasión a cuantos obreros podían sorprender. Por fortuna, los mormones y los chinos, especialmente estos últimos, tan injustamente despreciados por nosotros, prestaban su paciente ayuda, prontos a sustituir a los trabajadores cuando se sublevaban y abandonaban la línea. So pena de confiscación, el ferrocarril debía estar terminado en primero de julio de mil ochocientos setenta y seis, y, sin embargo, el primero de mayo de mil ochocientos sesenta y nueve estaba ya en plena explotación. La fiesta con que se solemnizó la inauguración de la gran línea se ha hecho memorable.

—¡Lo creo!—dijo Blunt.

—Los preparativos para enlazar los dos trozos fueron rápidos. Entre los extremos de las vías se había dejado un espacio de doscientos pies. En presencia de todas las supremas autoridades de la Confederación, y a una señal convenida, en medio del más profundo silencio, dos cuadrillas de operarios avanzaron en riguroso traje de faena para llenar aquel vacío. La primera cuadrilla estaba formada por americanos; la otra, por chinos de California. A las once las dos cuadrillas se encontraban frente a frente; los hombres del este frente a los del oeste. Los seguían dos locomotoras que silbaban de un modo estridente en señal de saludo. Al propio tiempo, el Comité expedía a Chicago y a San Francisco un despacho telegráfico concebido en estos términos: “Estén prevenidos para recibir la señal correspondiente a los últimos martillazos.” A fin de que todas las ciudades de la Unión pudieran ser prevenidas al mismo tiempo del gran aconteci-

miento, los hilos telegráficos de la línea se pusieron en comunicación con el sitio preciso en que había de ser colocado el último remache. Merced a esta disposición, los martillazos dados en Promontory-Point podían repercutir en todos los Estados de la Confederación. Cuando se trató de colocar la última traviesa, el doctor Harkenness, del Estado de California, hizo llevar una madera de laurel con los clavos de oro y el martillo de plata, diciendo a los directores de las dos Compañías: "Este oro extraído de las minas y la madera preciosa que procede de nuestros bosques lo ofrecen los ciudadanos del Estado a fin de que sean parte integrante del camino que unirá a California con sus Estados hermanos del Este, desde el Pacífico al Océano Atlántico". Se adelantó después el general Safford, diputado del territorio de Arizona, y ofreció tres clavos: uno de oro, otro de plata y el último de hierro, diciendo: "Rico en hierro, oro y plata, el territorio de Arizona ofrece este presente a la Empresa que ha unido a los Estados americanos entre sí y que abre al comercio una nueva comunicación". Cuando fueron colocadas las últimas traviesas, el general Dogde, diputado de la Unión, dijo a su vez: "Habéis coronado la obra de Colón. Este es el camino que conduce a las Indias". Por último, el diputado de la Nevada ofreció otro clavo, diciendo: "Al hierro del Este y al oro del Oeste, la Nevada agrega su presente de plata". Al propio tiempo los presidentes de las dos Compañías ferroviarias hacían telegrafiar a San Francisco y a Chicago: "Todos los preparativos es-

tán terminados: descubríos y rezad". A lo que el alcalde de Chicago respondió en el acto: "Estamos de acuerdo, y os seguimos con el pensamiento. Todos los Estados del Este os escuchan". Pocos minutos después las señales eléctricas, repetidas en todos los Estados de la Unión, repetían los martillazos que informaban a los americanos de que la gran obra acababa de terminar. Aquella comunicación simultánea en un grande y único pensamiento produjo tal impresión en todos los americanos, que sería imposible describirla. Hubo lágrimas de alegría, explosiones de verdadero delirio, salvas de cañón en todas las ciudades y manifestaciones de entusiasmo.

—¡Quisiera haber estado allí!—dijo Blunt—. ¡Qué hermosos instantes!

—Inolvidables, ciertamente, caro amigo—repuso el ingeniero—. ¡Ah; el tren acorta la marcha; debemos de estar cerca de Mojave! Allí nos detendremos.

—¿Mucho?—preguntó Annia.

—Hasta mañana a las cuatro. La máquina ha de repostarse, y los maquinistas tienen un descanso de dieciséis horas.

—Iremos a una posada: se dice que en Mojave no faltan comodidades.

—¿Qué hora tenemos, señor Harris?—preguntó Annia.

—Aun no son las tres de la tarde. Señor Blunt, ayúdeme a bajar las maletas.

CAPITULO VII

EL VAQUERO

MIENTRAS el tren continuaba su carrera y el ingeniero, el escritor y miss Annia mataban el tiempo charlando, Simón permanecía silencioso, recostado en un ángulo de su departamento.

Sus cinco negros habían tratado en vano de hacerle salir de su mutismo, hasta que, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, se pusieron a jugar a los dados y no volvieron a preocuparse de su amo.

Algo debía de estar madurándose en el cerebro del hércules, a juzgar por la contracción de su rostro y por los relámpagos que de vez en cuando lanzaban sus ojos de porcelana.

Apenas había pasado el tren de la pequeña estación de Wurde, cuando, con un formidable puñetazo, que a poco hace pedazos un asiento, llamó la atención de sus compañeros.

—¡Ese es el golpe!—exclamó, abriendo su ancha boca, provista de dientes como los de un caimán.

—¿Qué golpe?—preguntaron* a un tiempo Sam y Zim, guardándose precipitadamente en el bolsillo los dados y las apuestas.

—¡Sois un hatajo de asnos!—gritó Simón—. ¡Tenéis la cabeza un poco dura!

—¡Es verdad!—confesó ingenuamente Zim.

—¡Pero tenemos fuertes los puños!—añadió Sam.

—¡Aun no me lo habéis demostrado!

—¡Te lo probaremos pronto, patrón!—repuso Sam—. Ya que hablas de un golpe...

—¡Callad, asnos, y escuchadme!

Los cinco negros se sentaron frente al *Rey de los Cangrejos*, interrogándole con la mirada.

—Mientras vosotros, ¡estúpidos!, jugabais—repuso Simón al cabo de algunos instantes de silencio—, yo he pensado en el modo de apoderarme de la *Soberana del Campo de Oro* antes de que llegue al *Gran Cañón* del Colorado.

—¿Quieres hacer volar el tren?—preguntó Zim—. Nosotros...

Simón lanzó una terrible mirada al negro, haciéndole perder la gana de completar la frase.

—Tú, Sam, que eres inteligente y que has recorrido estas regiones...

—Sí; yo he servido a un rico *ranchman*...

—¡Deja en paz a ese señor, que no me importa! El tren se detiene en Mojave; ¿no es cierto?

—Sí, patrón; toda la noche.

—Me lo habían dicho. ¿Crees que encontraremos buenos caballos en la población?

—Los que usted quiera. Es una estación de vaqueros.

—¿De vaqueros has dicho?—preguntó Simón con sonrisa de complacencia—. Esos hombres son poco escrupulosos y no difíciles de reclutar cuando se los paga bien.

—Entre vaquero y bandido de las praderas no hay un pie de distancia.

—Y aun menos.

—¿Podremos reclutar una docena?

—¿Para qué?

—Para asaltar el tren.

Sam y sus compañeros se miraron, rascándose la poblada cabellera.

—¡Vamos; responde!—dijo el *Rey de los Cangrejos*.

—No sería difícil; pero asaltar el tren mientras esté parado en la estación..., con el puesto de guardia cerca...

—¡Sam, tu cerebro se fosiliza!—dijo Simón en tono severo—. ¿Me crees tan necio? Será en campo abierto, en un lugar aislado donde lo asaltaremos; y lo robaremos por vuestra cuenta, si os parece. Yo me contentaré con coger a miss Annia: el botín lo dejo para vosotros. Dime solamente dónde se encuentra la estación telegráfica más próxima.

—En Rogers, patrón.

—¿Es un pueblo Rogers?

—No; allí sólo hay un pequeño depósito de carbón y la estación.

—¿No hay habitantes?

—Ninguno.

—¿Ni un puesto de guardia, ni un fortín?

—Absolutamente nada.

—¡Entonces, negocio hecho!—dijo el *Rey de los Cangrejos*—. ¡Mi querido señor Harris se quedará sin prometida, y le enviaré a guisa de saludo dos balas de mi revólver! ¡Así aprenderá a tratar conmigo y a no estropearme los negocios! ¡Un poco de buen plomo le calmará la pasión que le devora!

—Explíquese usted claro, patrón—dijeron Sam y Zim a una voz.

—Más tarde, cuando el tren se detenga. Continúad, pues, vuestra partida y dejadme tranquilo por ahora.

Mientras los cinco negros, contentos por aquel permiso, emprendieron de nuevo su partida, el *Rey de los Cangrejos* encendió un grueso puro, y recostándose en el asiento, quedó de nuevo sumido en sus pensamientos.

Cuatro horas después el tren entraba con estrépito en la estación de Mojave, una de las más importantes de aquella larguísima línea, destacándose allí dos ramales, uno de los cuales va a Los Angeles y después se enlaza a la línea de Méjico, y el otro llega a Santa Bárbara, que se encuentra a la orilla del Océano.

En aquella época no era Mojave más que un agrupamiento de casitas y de cabañas formadas, en general, por tablas de abeto; sin embargo, había algunas posadas provistas de ciertas comodidades, y, sobre todo, gran número de tabernas, frecuentadas por vaqueros, entre los cuales no era difí-

cil encontrar salteadores y caballistas, ladrones de las campiñas de California o de Méjico.

—¡Aquí estamos, patrón!—dijo Sam, preparándose a coger las maletas.

—¡Despacio!—dijo Simón—. Uno de mis negros debe quedarse aquí custodiando nuestros efectos; tú, Zim, toma esta cajita de madera. Procura no darle ningún golpe, porque podrías volar por los aires, y nosotros contigo.

—¿Qué hay dentro, patrón?—preguntó el negro, asustado.

• —Lo que no te importa por ahora. ¡Esperad un momento!

Levantó con precaución la ventanilla y miró al exterior.

Varias personas americanas del oeste y mejicanas se apeaban del tren entre los gritos de los mozos que acudían de todas partes y los estridentes silbidos de las máquinas.

—¡Ahí están!—murmuró el *Rey de los Cangrejos*, apretando los puños—. ¡Annia, el ingeniero y el imbécil de Blunt! ¡Mañana por la noche sabréis algo de lo que yo estoy preparando!

Esperó a que los viajeros hubieran salido, y después se apeó a su vez, seguido por cuatro negros, mientras el quinto quedábase custodiando las maletas.

—¡Pronto, Sam; llévame adonde podamos encontrar gente de hígados! ¡Vaqueros o léperos, poco importa, con tal que sean hombres resueltos!

—Encontraremos los que usted quiera, mi amo

—repuso el negro—. Hasta es probable que encuentre antiguos conocidos.

—¿Dignos de ti, me figuro?

Salieron cautelosamente de la estación, y precedidos por Sam se metieron en un camino fangoso, surcado de profundos carriles, y se detuvieron frente a una tienda de gigantescas proporciones, dentro de la cual se oían gritos discordantes, mezclados confusamente con el son de una guitarra y sordos ruidos de zambomba.

—Aquí encontraremos lo que buscamos— dijo Sam—. Entremos, patrón: se bebe, se juega y se baila.

Alzaron un pedazo de estera pintada que hacía oficio de cortina, y entraron.

Una oleada de humo los recibió, impidiéndoles al pronto ver absolutamente nada. Luego se aclaró un poco la nube a causa de la puerta, que continuaba abierta, y pudieron ver a una multitud de hombres sentados junto a varias mesas abrumadas bajo el peso de multitud de botellas, mientras otros se apoyaban en otras mesas no menos largas, gritando, rodando dados, blasfemando y amenazando con roncas voces.

En un rincón bailaban algunos un estrepitoso fandango al son de guitarras.

Aquellos hombres, que parecían casi todos borrachos, eran en su mayor parte vaqueros y mejicanos de la frontera, con calzones de piel de cabra terminados en campana y con el pelo por fuera, polainas, sandalias de cuero con enormes espuelas de

plata, y sombreros anchos con bordados de oro, ennegrecidos por el tiempo y la intemperie.

Todos llevaban al cinto revólver o pistolas de largo cañón damasquinado, o machetes, sólidos cuchillos mejicanos de hoja algo curva, que aquellos salvajes saben manejar con no menor valentía que los gauchos de las inmensas llanuras argentinas.

No debían de faltar entre ellos salteadores, a juzgar por ciertos tipos de aspecto patibulario, amigos, y, generalmente, aliados de los vaqueros, los cuales tampoco son la flor y nata de los hidalgos.

—¡Se divierten aquí!—dijo el *Rey de los Cangrejos*, sentándose a una mesa que estaba ocupada por un solo individuo—. ¡Hermosa colección de tunantes!

El hombre que estaba sentado en el otro extremo, un mejicano, a juzgar por su color algo terroso, por el sombrero que llevaba a la cabeza y por la *manga* de terciopelo con gruesos botones de plata que le cubría el busto, al oír aquellas palabras levantó vivamente la cabeza, y fijando sobre el recién llegado sus ojos negrísimos y aterciopelados, dijo:

—¿De quién habla, señor negro?—preguntó, arrugando la frente—. ¿De nosotros, o de usted?

—¡De todos juntos!—respondió el *Rey de los Cangrejos*, sin vacilar.

—¿Parece, sin embargo, que no sabe usted quién soy yo?

—Lo ignoro en absoluto.

—¡Si lo supiera usted, no hablaría así!

—¿Trata usted de acometerme?—preguntó Simón enseñando sus enormes puños, que parecían mazas.

—¡José Mirim no ha tenido miedo nunca ni a los blancos ni a los negros!—repuso el mejicano desnudando rápidamente su machete y clavándolo profundamente en la mesa.

—Tiene usted valor, señor mío, y precisamente es de los hombres que he venido a buscar.

—¿Usted?—exclamó el mejicano, mirándole con cierto desprecio.

—Y pagándolo bien—prosiguió el *Rey de los Cangrejos*—. ¿Cree usted que no hay negros tan ricos o más que los blancos?

El mejicano permaneció silencioso, mirando al negro con particular atención.

—¡Un hombre robusto!—dijo, por último—. ¡Palabra de honor que le contrataría a usted con gusto!

—¿En qué compañía?—preguntó Simón—. Mas, permítame, señor, que le convide a algo. ¡Estamos sedientos!

Detuvo con la mano a un criado que pasaba, y le dijo:

—¡Cinco botellas de vino de España, de cuatro a cinco dólares la botella! ¡Queremos festejarnos con vinos selectos!

—¡Gasta usted como un príncipe!—dijo el mejicano—. ¿Ha descubierto usted por casualidad algún rico *placer* lleno de pepitas de oro?

—No soy minero—repuso Simón—. Pero soy bastante rico para poder obsequiar hasta a los desconocidos que me agraden.

—¿Es usted un Creso?

—No; pero tampoco le importa.

—¡Quién sabe! Podría, por ejemplo, esperarle en cualquier sitio, asesinarle y robarle—repuso el mejicano sonriendo.

—No encontraría usted más que un centenar o dos de dólares, una verdadera miseria que no vale lo que la piel de un hombre, aunque sea negro—dijo riendo el *Rey de los Cangrejos*—. ¡Mis riquezas están en lugar seguro!

El mejicano volvió a mirarle con curiosidad creciente; después, tomando una de las botellas que el mozo había llevado, llenó dos vasos y chocó el suyo con el de Simón, diciendo:

—Yo no tengo prejuicios de raza, como los yanquis: blanco, negro o rojo, para mí es lo mismo..., y despojo a los unos y a los otros con mucho gusto cuando se me presenta la ocasión.

—¡Eh!—dijo Simón—. ¿Es usted...?

—Vaquero de profesión y salteador de vez en cuando.

—¡Es usted franco! ¿Y si yo le denunciase?

—Aquí nadie se atrevería a prenderme, y, además, no le dejaría tiempo para hacerlo.

—¡Usted es el hombre que necesito!—dijo el *Rey de los Cangrejos*—. ¡Ha sido una verdadera fortuna para mí haberle encontrado! ¿Quiere ganarse y dividir con sus compañeros (porque supongo que los tendrá) cinco mil dólares?

El mejicano dió un respingo, haciendo resonar las enormes espuelas de sus largas polainas de cuero amarillo.

—¡Caramba!—exclamó—. ¡Cinco mil dólares! ¿Se burla usted?

—Hablo en serio—dijo el africano.

—¡Bebamos!

—Sea; tanto más cuanto que este vino es excelente, aunque un poco caro.

El vaquero vació en tres tragos unos cuantos vasos, encendió un grueso cigarro, apoyó los codos sobre la mesa, y mirando fijamente al negro le dijo:

—Explíquese usted.

—¿Cuántos hombres tiene usted?

—Diez, si bastan; cincuenta o más, si usted lo desea.

—¿Bandidos?

—Vaqueros como yo; pero usted debe de saber que nosotros...

—Cuando llega el caso se convierten en salteadores—dijo Simón.

—Así es, señor.

—Una docena de hombres pueden bastarme, con tal que todos estén montados y tengamos cinco caballos para mí y mis hombres.

—Así se hará. ¿Qué hemos de hacer?

—Sencillamente, detener el tren que saldrá de aquí mañana por la mañana para Barston.

—¡Diablo!—exclamó el mejicano—. ¡El asunto es un poco serio!

—Por eso le ofrezco cinco mil dólares.

—¿Dónde quiere usted detenerlo?

—En la estación inmediata.

—Entonces, en Rogers. Allí no hay guardias ni tropas, y no será difícil.

—El tren no lleva más que cuatro coches, y no debe de conducir muchos viajeros.

—Lo que me espanta es el mañana.

—Explíquese mejor—dijo el africano.

—Si me reconocieran, no podría volver aquí.

—Me han dicho que el vaquero no tiene patria.

—¡Oh; eso es verdad!—repuso el mejicano—.

¿Y por qué quiere usted detener el tren?

—Se lo explicaré detalladamente en el camino.

—¿Quiere usted partir en seguida?

—Tenemos, ante todo, que apoderarnos de la estación y después destruir la línea. Llevo cartuchos de dinamita para ese objeto.

—Vo'aremos alguna roca en el paso de la Gila, y produciremos un obstáculo considerable; además, saltaremos los rieles.

—¡Perfectamente! Marchémonos; vaya usted a llamar a sus amigos.

—¡La señal!—dijo el vaquero, alargando la mano.

Simón sacó de su cartera un cheque y se lo entregó al mejicano, diciéndole:

—Aquí van doscientos dólares, y...

Una explosión de risa, seguida de voces estridentes, les hizo levantar la cabeza.

—¡Un negro que convida a beber a un vaquero!—gritó una voz—. Mono feísimo, ¿no hay nada para nosotros? ¡Paga, o te haremos bailar un zapateado a latigazos, piel negra!

Siete u ocho hombres que llevaban en la cabeza inmensos sombreros descoloridos y averiados y vestían el pintoresco traje de los vaqueros, con altas polainas de cuero sin curtir, se aproximaron a la mesa.

Debían de estar borrachos; pero podían ser peligrosos, porque todos llevaban machete al cinto.

Simón se puso pálido, o, mejor dicho, su piel se volvió grisácea; después se levantó vivamente, dirigiendo una feroz mirada a los importunos.

José Mirim se le anticipó, poniéndose rápidamente delante y gritando a los borrachos en tono amenazador:

—¿Qué queréis, bandada de *uruburus*? (1).

El mejicano no era un coloso capaz de compararse con el *Rey de los Cangrejos*; pero, sin embargo, era un hombre capaz de hacer frente a tales adversarios.

Era un joven guapo, de unos treinta años, de alta estatura, delgado y nervioso, de rostro fino y enérgico.

Su voz, que parecía salir de una trompeta metálica, hizo al pronto alguna impresión a los vaqueros; pero aquello duró sólo un momento, porque uno de ellos respondió en tono sardónico:

—¡José bebiendo con unos negros! ¡Con buena compañía te hemos encontrado!

—Son amigos míos—repuso el mejicano.

—Entonces manda al negro que nos pague unas cuantas botellas—dijo otro—. ¡Canario! ¡Vino de ocho dólares! ¡El negro ha descubierto algún *placer*!

—¡Que nosotros disfrutaremos, vieja piel negra!
—gritó un tercero.

(1) Aves que devoran las carnes podridas.

—¡Eres un egoísta; y si no cantas, te rompemos ese feo hocico de mono!

—¡Basta, canallas!—gritó el *Rey de los Cangrejos* lleno de ira—. ¡Toma! ¡Eso te enseñará a respetar a los negros!

Dando un salto inesperado, se lanzó al decir esto sobre el hombre que le había llamado vieja piel negra, y de un formidable puñetazo le derribó, rompiéndole la mandíbula inferior.

Al verle caer, sus compañeros desnudaron resueltamente los machetes, mientras de todos los lados de la sala acudían vaqueros y mineros, poco dispuestos, ciertamente, a ayudar a los negros, los cuales en seguida habían sacado sus revólveres.

De un golpe seco, José Mirim abrió una desmesurada navaja, que por lo larga parecía una espada, y se lanzó sobre los borrachos, gritando con voz tonante:

—¡El que quiera probar la punta de mi cuchillo, que avance!—Luego, volviéndose al *Rey de los Cangrejos*, que parecía prepararse a hacer fuego, añadió: —¡Déjeme usted a mí, señor! ¡No se comprometa usted, o todo va a perderse!

—¡No tengo miedo!—repuso Simón—. ¡Soy hombre que se basta para defenderse!

—¡En este momento, no!

Los bebedores, viendo a José Mirim plegar en cuatro su *sarape* de flores y colores brillantes y rodeárselo al brazo izquierdo, adoptando la guardia de los esgrimidores de profesión, se detuvieron.

De seguro que aquel joven era conocido como un verdadero y terrible espadachín.

—¡Adelante quien se atreva!—repitió el mejicano alargando las piernas para hacer más fáciles sus evoluciones, apoyando el pulgar sobre la parte más ancha de la navaja y la mano izquierda en la cadera—. ¡Es la mía una legítima hoja de Albacete, hecha por un cuchillero famosísimo!

Un profundo silencio acogió aquel desafío. Los propios compañeros del caído no dijeron palabra, y se quedaron titubeando, a pesar de tener aún los machetes en la mano.

De pronto una voz partió del fondo de la sala:

—¿Y qué? ¿Vamos a tenerle siempre miedo a ése? ¡Ya es hora de acabar con tal bandido!

—¿Quién es el bandido?—gritó el vaquero.

—¡Sí; tú eres un salteador—repitió la voz—, y te acuso públicamente!

—¡Avanza, pues, y lánzame la acusación a la cara!

—¡Aquí estoy!

Un hombre se abrió paso por entre los bebedores. No era un mejicano, sino un yanqui de formas macizas, algún oriundo de Islandia, a juzgar por su cabellera rojiza e hirsuta. Empuñaba uno de los terribles cuchillos de un pie de largo llamados *bowieknife*, que suelen llevar los americanos y los *cow-boys* de la región occidental de la gran República americana.

—¡Tom Connaugh!—exclamaron los bebedores, dejándole paso franco.

—¡Sí; Tom Connaugh, el minero, que se propone dar una dura lección a ese ladrón de caminos que tiene la pretensión de imponerse a todos!—ru-

gió el americano—. ¡Luego me entenderé con los negros, que deben de ser sus cómplices!

—¡Entonces, comienza por mí!—dijo Simón avanzando—. ¿Queréis que nos demos unos cuantos puñetazos? ¡Mis puños valen más que tu cuchillo!

El americano detúvose y miró con sorpresa al negro, pareciéndole imposible que aquel hombre pudiera ser tan audaz. Los demás bebedores lanzaron un grito de estupor.

José Mirim, con la navaja siempre empuñada y la mano izquierda en la cintura, esperaba tranquilo que el americano escogiera adversario.

De pronto el yanqui abrió la boca, como si quisiera decir algo, y prorrumpió en una estruendosa carcajada. Los bebedores le hicieron coro.

El *Rey de los Cangrejos* se había puesto más grisáceo que nunca, y un feroz relámpago brotó de sus pupilas.

—¡Es demasiado!—exclamó—. ¡Acaba, inmundo caimán, o te trituro!

Al oír aquella injuria, el americano cesó de reír. ¡Un negro se permitía llamarle inmundo caimán! ¡Era el colmo!

—¡Ah, mono horrible!—gritó, poniéndose encendido—. ¡Voy a hacerte pedazos! ¡Con el vaquero ya trataré después!

—¡Le aguardo!—repuso tranquilamente José Mirim, sacando de un bolsillo un cigarro y encendiéndolo.

—¡Ya veremos luego si estás en condiciones de luchar con aquel hombre!—dijo Simón, poniéndose enfrente de su adversario.

CAPITULO VIII

UNA PARTIDA DE BOXEO

SE apresuraron a retirarse los bebedores, a fin de dejar a los combatientes el necesario espacio para moverse a su placer, y en el acto comenzaron las apuestas.

Los más apostaban por el yanqui, que debía de gozar fama de excelente pugilista; no faltaron, sin embargo, algunos que apostaron por el negro, cuya estatura y enorme desarrollo torácico causaban profunda admiración.

Tom Connaugh se hizo servir un vaso lleno de *gin* para vigorizarse, y después se puso frente al africano en la actitud clásica de verdadero boxeador, con los brazos replegados sobre el pecho a fin de estar pronto a la parada, y separando un poco las dos piernas.

Sin ser alto y grueso como su adversario, debía de tener un vigor nada común, a juzgar por la anchura de su espalda y los músculos de sus brazos.

Cuatro hombres se habían adelantado, colocándose dos junto a Tom, y los otros dos al lado del negro.

Eran los *partners* o padrinos improvisados, que se proponían regular la partida y ayudar a cualquiera de los luchadores en el caso de que recibiera alguno de ellos un golpe traidor.

—¿Quiere usted algo?—preguntaron a Simón sus padrinos.

—¡Sí—repuso el negro—; un *cok-tail* para entrar en calor!

—¡Dad'le una botella de vitriolo—dijo en tono de mofa el americano—; le sentará mejor!

—¡Tú serás quien la beberás cuando te haya solfeado a mi gusto!—repuso Simón.

Vació de un trago la ardiente bebida, hizo seña a sus negros de que no se movieran, y luego, volviéndose al yanqui, le dijo:

—¡Cuando quieras!

Avanzaron uno contra otro dándose un apretón de manos, uno de esos apretones a la americana que desarticulan los brazos; después tomaron campo, y se encorvieron ambos para exponer menos el cuerpo.

Tom, que de seguro conocía más a fondo que el negro las sutilezas de aquella terrible lucha, fué el primero en atacar.

Haciendo girar los brazos para engañar a su adversario, sin por eso separarlos del pecho, dió,

aunque sin resultado, dos formidables puñetazos al negro:

Simón recibió los golpes en los poderosos músculos de sus antebrazos sin conmoverse lo más mínimo.

—¡Eres más fuerte de lo que creía!—dijo el americano rechinando los dientes—. ¡No tengas cuidado; más o menos pronto llegaré a tus costillas, y entonces verás lo que pesan!...

Un formidable puñetazo dado por el negro con la rapidez del rayo, y que le alcanzó en la boca, le interrumpió bruscamente la frase.

Un grito de admiración resonó en el público.

—¡Hermoso golpe!—gritó Mirim.

El americano, que se había puesto pálido como un muerto, dió dos pasos atrás, escupiendo sangre y dos dientes partidos por aquel puñetazo magistral.

—¡Perro negro!—rugió—. ¡Tengo que matarte! ¡Dadme a mí también un *cok-tail*!

Sus padrinos le sirvieron en el acto, le recomendaron la prudencia y luego dieron la señal de renovar la lucha.

—¡Prepárate, negro!—dijo el yanqui—. ¡Me dispongo a darte uno de esos puñetazos que llamamos *fists-chocke*, que dejan siempre fuera de combate!

—¡Lo espero!—repuso el *Rey de los Cangrejos*, cubriéndose el pecho rápidamente.

Tom se había replegado sobre sí mismo como una fiera que se pone al acecho, y se aproximaba lentamente al hércules.

Un profundo silencio reinaba en la sala. Todos habían comprendido que el yanqui iba a intentar uno de esos golpes de recurso que deciden el éxito de la lucha.

El mismo José Mirim arrugó la frente y parecía intranquilo.

De pronto el americano saltó como un muelle y extendió la diestra con prodigiosa velocidad.

Simón había tratado de parar el golpe; pero no lo logró más que en parte. Su ancho pecho resonó como un tambor bajo el puño del yanqui; pero, con sorpresa de todos, no sólo no cayó el gigante, sino que ni siquiera dió un paso atrás.

Sólo un grito de rabia y de dolor salió de sus labios.

Iba el yanqui a repetir el golpe, cuando el negro, avanzando bruscamente, se le adelantó. Fué un *fists-chocke* verdaderamente espantoso, que partió literalmente la mandíbula del americano, estropeándole de paso un ojo.

El desgraciado boxeador lanzó un ¡oh! de dolor y cayó en brazos de sus *partners*, como si hubiese muerto del golpe.

Un estruendoso ¡hurra! saludó aquel puñetazo soberano.

—¡Bravo, negro! ¡Bravo, piel vieja! ¡Hurra! ¡Hurra!

El *Rey de los Cangrejos* se limitó a sonreír.

—Señor— dijo Mirim, aproximándose a él—, creo que ya no tenemos nada que hacer aquí. Ya es tiempo de marcharnos.

—¿Nos dejarán salir?—preguntó Simón.

—Nadie se atreverá a impedirlo. Además, voy a desafiarlos.

Entonces avanzó hacia los espectadores, diciendo:

—¿Hay ahora alguien que quiera medirse conmigo antes de que me vaya?

Ninguno contestó.

—¡Entonces, buenas noches, señores!

Simón echó sobre la mesa un puñado de dólares, dió las buenas noches y salió, precedido por el vaquero y seguido por sus cuatro negros, sin que nadie se atreviese a detenerle.

—¡Démonos prisa!— dijo al americano cuando estuvieron fuera—. ¡Temo haber perdido ya mucho tiempo!

—La estación de Rogers no está distante, señor—repuso el vaquero—. Además, nuestros caballos galopan a maravilla. A propósito: mis felicitaciones por aquellos dos puñetazos. ¡Tom ya tiene para rascarse!

—¿Quién es ese hombre?

—Un minero que tiene envidia del temor que inspiro a todos.

—Le ha llamado a usted salteador.

José se encogió de hombros.

—Hago mis asuntos cuando se me presenta ocasión—dijo luego—. Hay que vivir lo mejor que se pueda. ¡Ya estamos en el rancho!

Habían llegado junto a un recinto formado por estacas, que estaba custodiado por media docena de vaqueros armados de carabinas.

—¿Hay caballos ahí dentro?—preguntó Simón.

—Quinientos, que pertenecen a un *ranchman* de

Sonora—contestó el mejicano—. ¿Quiere usted esperarme aquí? Voy a avisar a mis hombres.

—¡Dése prisa!

—¡Sólo dos minutos!

—¡Que sean resistentes los caballos!

—Sé cuáles son los mejores.

Entró en el rancho, y algunos minutos después salía acompañado por diez hombres de aspecto poco tranquilizador, con enormes sombreros y calzones de pana con botones dorados.

Todos llevaban el *sarape* rodeado al cuerpo y la carabina en bandolera.

Dieciséis caballos de las praderas, hermosos animales de talla baja, con largas crines y larguísima cola, enjaezados a la mejicana, con sillas amplias y altísimas y estribos de hierro, estaban dispuestos ya.

—¿Saben montar vuestros hombres?—preguntó José a Simón.

—Todos.

—¡Entonces, a caballo!

—¿Son éstos los que han de ayudarnos?—preguntó el *Rey de los Cangrejos*, señalando a los vaqueros.

—Sí—respondió en voz baja el mejicano—. Es gente sin escrúpulos y dispuesta a todo con tal de ganar dinero.

—¡En marcha! Durante el camino le explicaré de qué se trata.

—Tengo curiosidad de saberlo.

Hizo que le llevarán los seis caballos, examinó

con cuidado las monturas, y despues dió la señal de la partida.

La tropa salía del *ranch*o un momento despues, y se lanzó en una inmensa llanura cubierta de altas hierbas, y que ya las tinieblas oscurecían.

José Mirim y Simón marchaban a la cabeza; detrás iban los cuatro negros; los vaqueros cerraban la marcha en grupo cerrado, con el sombrero calado hasta los ojos y el *sarape* rodeado al cuerpo.

Eran todos de buena estatura, tez terrosa y barba negra e hirsuta; hombres de valor, sin duda, habituados a manejar las manos y siempre prontos a ser guardianes de animales o ladrones de caminos y praderas.

Los *gauchos* de la pampa argentina, los *cow-boys* americanos de las praderas del Gran Oeste y los vaqueros del *llano estacado* y de Méjico se parecen.

Sean del sur, del norte o del centro del Continente americano, son los más audaces aventureros de los dos mundos y los más intrépidos jinetes que existen.

Para ellos la vida humana no tiene valor alguno, y se matan recíprocamente por una futesa cualquiera, desafiándose con el cuchillo o la carabina.

Quiénes sean ni de dónde vienen son cosas que nadie sabe ni se preocupa en averiguar. En general son buscadores de oro defraudados en sus esperanzas, más un gran número de los que huyen de las grandes ciudades, por no morir de hambre o por sustraerse a las garras de la justicia.

No es raro encontrar entre ellos personas que en un tiempo poseían palacios, carrozas y caballos; abogados, ingenieros, notarios y... ¡hasta pastores de la Iglesia anglicana!

Un día llegan, nadie sabe de dónde, quizás de las lejanas ciudades del centro de Méjico, con un caballo, una carabina y el inseparable *sarape*, que les sirve de manta durante la noche y de capa cuando llueve; se presentan a un rico mercader de caballos, bueyes o de carneros y le ofrecen sus servicios.

Nadie pregunta quiénes son ni si tienen alguna cuenta que saldar con la justicia.

A los intendentes de los *ranchmen* o de los *hacienderos* les basta que sean robustos y que sepan permanecer dieciséis horas a caballo si es preciso.

La vida de los negros no es menos fatigosa que la de los *cow-boys* o de los *gauchos* argentinos.

No es, seguramente, cosa fácil conducir a través de las inmensas praderas del llano *estacado* tres o cuatro mil cabezas de ganado, y a veces más; impedir que aquella enorme masa se disperse, recoger o perseguir a los fugitivos, aguijar a los remolones y encontrar sitios donde acampar.

Sobre todo durante los espantosos huracanes que de vez en cuando arrasan aquellas regiones, es cuando los vaqueros deben desplegar toda su habilidad y energía para mantener unido el ganado, excitado y espantado por los relámpagos y los truenos.

Además, tienen que resistir ataques cuando las

hordas indias los asaltan para apoderarse al menos de una parte de aquella enorme masa. Y no sólo son los indios los que les dan que hacer.

También tienen que defenderse de los ladrones y de los corredores de las praderas, que son ladrones profesionales de caballos. De aquí una continua vida de escaramuzas a tiro de carabina, que hacen buen número de víctimas hasta en estos audaces pastores.

No permanecen nunca mucho tiempo bajo la dependencia del mismo amo. Incapaces de toda disciplina, a la más mínima observación se van en busca de otro, o se reúnen para formar una banda, que no tardará en ser el terror de sus antiguos camaradas.

Del vaquero al salteador no hay más que un paso, que dan muy fácilmente, prontos a volver a guardar ganados cuando les vaya mal. Nadie se cuidará de averiguar su pasado. Basta que cambien de situación, y punto concluido.

.....

El pelotón, guiado por José Mirim, galopaba rápidamente, alejándose de la población, que ya se había perdido entre la sombra de la noche.

Mientras los vaqueros guardaban un silencio absoluto, entre los dos jefes se había entablado una viva conversación. Simón ponía al mejicano al corriente de sus proyectos sobre la *Soberana del Campo de Oro*, a la que quería obtener a toda costa, aunque tuviera que perder un brazo.

—Se la daremos a usted—repuso el vaquero—.

A una mujer que vale cinco mil dólares se la puede robar. ¡Deje usted eso de mi cuenta!

—Pues yo les dejo la caja del ambulante, que debe de estar bien provista.

—¡Me guardaré mucho de tocarla!—dijo José—. Un rapto no constituye (al menos aquí) un gran delito. Siempre podremos decir que esa joven ha huído de la casa paterna sin el consentimiento de sus progenitores, y nadie tratará de molestarnos. Un robo es una cosa demasiado peligrosa, y que la ley de Lynch castiga muy duramente. A nosotros nos basta la suma prometida.

—¿Y si los viajeros defienden a la joven?—preguntó Simón.

—Se estarán quietos; ya lo verá usted. Dieciséis carabinas producirán cierto efecto y nadie tratará de hacernos frente y empeñar un combate. Espolee usted, señor, que aún nos quedan siete u ocho millas que recorrer.

—¿Llegaremos antes de media noche?

—A cosa de las once. ¿Tiene usted los cartuchos de dinamita?

—Una docena.

—Bastará con poner tres o cuatro sobre los raíles para hacer saltar algunos trozos de vía y detener la locomotora.

—¿No ocurrirá alguna catástrofe? ¡Temo que la joven se lastime!

—La máquina descarrilará, hundiéndose en el terraplén, y, además, la haremos que acorte la marcha a tiempo. Pero espolee usted a su caballo; vamos a sorprender al telegrafista, a su mujer y a

sus mozos. Trate usted de cubrirse el rostro para que nadie pueda conocerle.

—Nuestras capuchas de lana bastarán—dijo Simón.

Espolearon a las cabalgaduras, animándolas a un tiempo mismo con la voz, y continuaron inter-nándose en la interminable llanura, que parecía de-sierta.

Al cabo de una hora, Mirim mostró a Simón una colina cubierta de arbustos y pinos altísimos.

—Detrás de ahí pasa la línea férrea—dijo—, y la estación está a pocos centenares de metros.

—¿Estará aún despierto el empleado?

—Lo supongo—repuso el mejicano—. El tren que viene de Barston no debe de haber pasado hace más de un cuarto de hora.

—¿No vendrá algún otro?

—No, hasta mañana por la mañana. Podemos proceder sin miedo a que nos interrumpen.

En aquel momento se hallaban a la entrada de un pequeño *cañón* o garganta encajada entre dos alturas.

José lanzó un silbido estridente y paró en seco su caballo.

—¿Qué hace usted?—preguntó Simón.

—Los caballos han de quedarse aquí, bajo la custodia de uno de mis hombres. Tomemos nues-tras precauciones para el caso de que el golpe fra-casara.

—¿Teme usted algo?—preguntó con inquietud el *Rey de los Cangrejos*.

—No se sabe lo que puede suceder—repuso el mejicano—. Por lo pronto aseguro la retirada.

Se apearon todos, se cubrieron la cara con las mantas, abriendo en ellas dos agujeros para los ojos; sacaron las carabinas del arzón, y todos, menos el encargado de guardar los caballos, siguieron a José.

Apenas habían recorrido doscientos pasos cuando divisaron una casita de dos pisos, con una marquesina en la fachada y un jardín a la espalda, y cuyas ventanas estaban iluminadas.

Un poco más lejos se veía otro edificio más pequeño y más bajo, que más parecía almacén que habitación.

Mirim se detuvo y dijo a uno de sus hombres:

—Pardo, acércate con cinco camaradas e intima la rendición a los vigilantes. No opondrán resistencia.

—¿Y si se resistieran?—preguntó el vaquero.

—¡Derríbalos a culatazos! Y ahora, señor, venga usted conmigo—dijo, dirigiéndose a Simón—. Aseguremos al empleado y rompamos el telégrafo antes de que puedan dar algún aviso de alarma.

Mientras Pardo se dirigía silenciosamente hacia los almacenes, José se aproximó a la oficina telegráfica, cuya puerta estaba cerrada, aun cuando por las rendijas de las ventanas del piso bajo se veían algunos rayos de luz.

—¡Déjeme usted a mí solo!—dijo a Simón—. El empleado me conoce, al menos de nombre, y no vacilará en abrir. Esté usted, sin embargo, preparado para ayudarme en caso necesario.

—¿Estará solo?

—Con su esposa.

—¡Pues adelante!

El mejicano se acercó a la puerta y llamó repetidas veces con el mango de la navaja, gritando:

—¡Abra usted! ¡Telegrama urgente!

Con un ademán se levantó el tapabocas que le cubría la cara, poniéndole de suerte que no podía ser visto, y luego armó rápidamente la carabina.

—¿Quién es?—preguntó una voz desde dentro.

—¡José Mirim, el vaquero del señor Carmaldoz!

—¿Qué desea usted?

—Enviar inmediatamente un telegrama a Mojava para que venga en el tren de las cinco el doctor Karkott. Tengo un camarada que ha sido herido gravemente por un oso gris. ¡Dése prisa, señor, que no hay tiempo que perder!

—¿Es usted José Mirim?

—¡En persona!

Se abrió la puerta, y un joven de unos veinticinco años apareció con una lámpara en la mano.

Dando un repentino salto, el vaquero se lanzó sobre él, apoyándole casi al mismo tiempo el cañón de la carabina al pecho.

—¡Silencio y no oponga resistencia, o es usted muerto!—le gritó el mejicano, abriendo los dos batientes de la puerta para dejar entrar a los negros y a sus hombres—. ¡Somos quince, y vuestros mozos están ya a buen recaudo!

Al sentir sobre el pecho el cañón de la carabina, el pobre empleado dió tres o cuatro pasos atrás, lanzando un grito de terror; después, con un ade-

mán imprevisto, trató de precipitarse hacia el telégrafo; pero José Mirim, que no le perdía de vista, le cerró el paso.

—¡Alto ahí! ¡No haga usted tonterías!—le dijo, haciendo ademán de disparar—. ¡Tengo una bala en mi carabina, y, francamente, sentiría tener que incrustársela en el pecho!

Los cinco negros y el vaquero habían penetrado en aquel momento en la oficina y apuntaban al empleado con sus armas.

—¡Usted no es José Mirim, el vaquero del señor Carmaldez!—balbuceó el empleado, que se había puesto lívido.

—¡Que lo sea o no, es cosa que no le importa!—repuso el mejicano, desfigurando la voz.

—¿Quién es usted?

—¡No le importa, repito!

—Dígame usted, al menos, lo que desea.

—Simplemente impedirle que avise por telégrafo a las autoridades de Mojave que unos desconocidos se han apoderado de esta estación. ¡Ni más ni menos!

—¿Y qué se proponen?

—Detener el tren que va a pasar mañana a las siete y catorce minutos—repuso tranquilamente José Mirim.

—¿Para saquearlo?—gritó el empleado.

—No ocurrirá nada a los viajeros si no oponen resistencia.

—¡Cometéis una mala acción!

—¡Poco nos importa! Y ahora déjese usted atar y permítanos que rompamos el telégrafo.

—¡Jamás!— gritó el empleado con suprema energía.

—¡Señor— dijo el vaquero con terrible sangre fría, volviéndose hacia Simón, que hasta entonces había permanecido silencioso—, llévese fuera a este hombre y fusílelo!

Al oír el empleado aquel mandato bajó la cabeza diciendo:

—¡Toda resistencia sería inútil contra bandidos de vuestra calaña, y me rindo! ¡La justicia sabrá más tarde castigaros!

Ofreció las manos a José Mirim, que se había quitado de la cintura un lazo, mientras uno de los vaqueros rompía a culatazos el aparato telegráfico.

En aquel momento entraban los hombres que habían sido enviados a los almacenes.

—¿Qué hay?—preguntó José.

—Están presos y amarrados con fuertes ligaduras; no ha habido lucha—repuso Pardo—. Uno de los nuestros los vigila.

—Aseguremos también a la mujer del empleado—dijo el mejicano—. Podría hacer alguna señal al tren.

Pasó a la estancia contigua y después subió una escalera, recorriendo el piso superior, sin encontrar a nadie.

Cuando bajó José Mirim parecía muy preocupado.

—La esposa del empleado ha desaparecido—dijo a Simón, que le interrogaba con la mirada.

—¿Ha huído?—preguntó con ansiedad el negro.

—¡A menos que no esté en Mojave o en Kramer! Sin embargo, tengo mis recelos.

Se acercó al empleado, que estaba atado a una butaca, y le preguntó con tono amenazador:

—¿Dónde está vuestra esposa?

El empleado le miró fijamente, como si no hubiera comprendido, y después brilló un relámpago en sus ojos.

—Partió de aquí esta mañana—dijo.

—¿Para dónde?

—Para Kramer.

—Entonces, ¿no volverá hasta mañana por la mañana?

—No.

José Mirim respiró con desahogo. De pronto se estremeció. Le había parecido oír en aquel momento el galope de un caballo que se alejaba rápidamente.

—¿Me habrá engañado este hombre?—se preguntó—. ¡Bah! ¡No lo pensemos! ¡El golpe ya está dado, y tenemos seguros los cinco mil dólares! ¡Es un asunto perfectamente concluído!

CAPITULO IX

EL ASALTO AL TREN

A media noche no sólo todo el personal de la pequeña estación estaba asegurado, sino que un trozo de vía de sesenta metros había sido levantado para impedir la marcha del tren.

Con dos cartuchos de dinamita solamente habían hecho saltar los raíles, sin perder tiempo en destornillarlos, y luego los habían quitado, sin tapar los hoyos abiertos por el terrible explosivo, y en los cuales había de precipitarse la máquina.

Como aun tenían seis horas de tiempo, los negros y los vaqueros, que habían descubierto en el almacén un barril de aguardiente, lo transportaron a la oficina telegráfica, y allí se pusieron a beber y a jugar, a pesar de las protestas del pobre empleado.

Todavía José Mirim no parecía del todo tran-

quilo, y se olvidaba con frecuencia de apurar el vaso que el *Rey de los Cangrejos* le llenaba.

Lo que le tenía preocupado era aquel galope que había oído en el momento en que intimaba la rendición al empleado.

Estaba seguro de no haberse equivocado. Sin embargo, ninguno de los hombres que ocupaban la estación había huído; de eso estaba cierto, porque había estado en relación con ellos varias veces.

—Me parece que está usted pensativo, señor José —decía de vez en cuando el *Rey de los Cangrejos*, que jugaba una partida de monte con Sam y Zim—. Se diría que no está usted satisfecho del éxito de nuestra expedición. Beba otro vaso, y eso le pondrá de buen humor.

—¡La verdad es que no estoy contento!—respondió el mejicano.

—Pues, sin embargo, no ha sido preciso disparar ni un tiro.

—Sigo pensando en ese galope.

—Ha debido usted de engañarse.

—¡Quisiera haber oído mal! !

—¿Quién quiere usted que se encontrase aquí? Los que yo espero, de seguro que no. Esos duermen profundamente en cualquier albergue de Mojave, en espera del tren.

—Lo que me preocupa es la ausencia de la mujer del empleado.

—Ha dicho que está en Kramer.

—¿Eso creen ustedes?

—¿Y supone usted que ha podido huír de noche,

sola, por estas praderas, donde no es raro encontrar lobos?

—Es una señora muy valiente la señora Preston—dijo el vaquero—. Ya en otra ocasión salvó un tren que iba a estrellarse contra una roca desprendida de una colina.

—¿Tenía caballo este empleado?

—Sí.

—¿Y no lo ha visto usted?

—La cuadra está vacía.

—Habrà ido a Kramer a caballo.

—Todos lo han afirmado así, hasta los mozos de la estación.

—Pues entonces bebamos y no nos preocupemos más de eso. Son las dos, señor Mirim; sea usted de la partida y sigamos bebiendo. El barril es bastante grande para que dure hasta el alba.

Se pusieron a jugar y a beber, esperando pacientemente la llegada del tren, mientras dos de ellos vigilaban fuera de la estación.

Eran las cinco de la mañana cuando oyeron a gran distancia un silbido que les anunciaba la proximidad del tren, que había salido de Mojave un cuarto de hora antes.

—¡Pronto, muchachos!!—gritó José Mirim, dando un culatazo al barril—. ¡Los que esperamos están para llegar!

Simón había sido el primero en lanzarse fuera, sin preocuparse de los gritos del pobre empleado, que lanzó a los bandidos un montón de injurias.

El negro estaba radiante. Ya no dudaba de poder apoderarse de la graciosa *Soberana del Campo*

de Oro sin haber gastado ni la quincuagésima parte de sus riquezas.

—¡Preparad las carabinas!—mandó a sus hombres—. Quizá haya que combatir.

—Y al ingeniero, ¿le respetamos?— preguntó Sam.

—¡Veinte dólares al que le deje seco!—repuso Simón con cruel sonrisa.

—¿Entonces, también al otro?—dijo Zim.

—¡Mandad al diab'lo también al imbécil del escritor!—dijo el *Rey de los Cangrejos*—. ¡Así no nos molestarán y podremos volver a nuestro pueblo tranquilamente! ¡Miss Annia, de buena o de mala gana, cederá!

—Señor—dijo Mirim aproximándose—, escóndase entre aquellas plantas, y deje que detenga yo el tren de modo que no pueda ocurrir una catástrofe.

—¿No advertirá el maquinista que falta un trozo de vía?

—Es aun muy temprano, y cuando llegue aquí el tren todavía no habrá amanecido.

—¿Lo detendrá usted?

El vaquero sacó de debajo del *sarape* una lámpara de las llamadas de ojo de buey, que son las que usan los guardaagujas, y dijo:

—Bastará que muestre el color rojo en vez del verde, para indicar un peligro. No lo haré, sin embargo, hasta el último momento, para inmovilizar sobre todo la locomotora. ¡Vamos, señor; a esconderse, que el tren avanza!

Hacia el oeste dos puntos rojos que se agrandaban rápidamente aparecieron entre las dos coli-

nas, y un poderoso silbido vibró en el silencio de la noche.

—¿Tendremos que hacer fuego?—preguntó Simón.

—Sólo algunos tiros cuando la máquina haya descarrilado—repuso el mejicano—. Eso bastará para que crean que son los salteadores los que han detenido el tren. ¡Adiós; voy a hacer mi parte de vigilante de la vía!

El vaquero se alzó la bufanda de tal suerte que le cubría enteramente el rostro, y se colocó en el sitio donde habían sido levantados los raíles.

El tren avanzaba rápidamente, porque no debía detenerse en la pequeña estación. Se oía ya distintamente el rumor producido por las ruedas, los resoplidos de la máquina, y, de vez en cuando, algunos cánticos desentonados.

Probablemente, los mineros que habían pasado la noche en Mojave divirtiéndose y que regresaban a los *placéres* del Arizona habían ocupado los últimos coches y se entretenían en tocar y cantar antes de llegar a los campos del trabajo y de la fatiga.

José Mirim, que conservaba una calma espantosa, se había detenido junto al primer hoyo abierto por la explosión de uno de los cartuchos, y tenía alta la lámpara mostrando la luz roja.

Al final de una curva apareció de improviso el tren, que avanzaba con velocidad de ochenta kilómetros por hora. Entonces Mirim lanzó un grito estruendoso y movió rápidamente la lámpara.

—¡Alto! ¡La vía está cortada!

Se oyeron gritos; después, el ruido de los frenos desesperadamente manejados; luego, un golpe terrible y una enorme llamarada brotó de la vía.

La máquina, aunque con el freno echado, había salido de los raíles, y después de recorrer una veintena de metros, se había volcado en el primer hoyo con terrible fragor.

Los cuatro coches que la seguían, arrastrados por su propio impulso, cabalgaron sobre el ténder con horrísono estruendo y luego cayeron a tierra, mientras del interior de aquéllos partían gritos de espanto y horripilantes blasfemias.

Casi al mismo tiempo cuatro o cinco tiros resonaron, y una voz imperiosa, la de José Mirim, gritó:

—¡Ay del que se resista! ¡Mis hombres están armados y fusilarán al que intente rebelarse!

Nueve vaqueros y cuatro negros, guiados por el *Rey de los Cangrejos*, se adelantaron, llevando en una mano una antorcha y en la otra la carabina montada.

Entre los gritos de los viajeros aterrorizados se oyó una voz de mando que salía del segundo coche, el cual, por milagro, estaba intacto.

—¡Fuego sobre los bandidos!

Siete u ocho disparos de revólver hicieron retroceder a vaqueros y negros, que no esperaban encontrar resistencia por parte de los viajeros.

El *Rey de los Cangrejos* dió un grito feroz:

—¡El ingeniero Harris!

—¡Una descarga sobre ese coche!—exclamó Sam, que no carecía de audacia.

—¿Para matarla? ¡No!—repuso en el acto Simón.

José Mirim, a la cabeza de media docena de los suyos, avanzó gritando:

—¡Todos quietos y abajo las armas! ¡No queremos robar a nadie ni haremos daño alguno al que no nos ataque!

—¿Qué queréis entonces?—preguntó el jefe del tren saliendo del coche correo, que estaba medio caído.

—Recoger a una joven que ha huído de la casa paterna sin conocimiento de su familia. Sabemos que va en este tren y estamos encargados de volverla al lado de su padre.

—¿Quién es?—preguntaron veinte voces.

—Miss Annia Clayfert.

—¡Bribón! ¡Mientes!—gritó la joven asomándose a una de las ventanillas del segundo coche—. ¡Tú eres un miserable, pagado por alguno para robarme!

Un diluvio de injurias siguió a aquellas palabras, pronunciadas con voz enérgica por la *Soberana del Campo de Oro*.

—¡Ladrón!

—¡Canalla!

—¡Bandido!

—¡Miserable!

—¡Matémosle!

—¡Ayúdenos ustedes, señores, y hagamos pagar caro este desastre!

Eran el ingeniero y el escritor, que se habían

lanzado a la plataforma llevando cada uno dos revólveres.

Los viajeros, que serían en total una veintena, habían salido de los vagones y gritaban y gesticulaban furiosamente, poco dispuestos a secundar los deseos del vaquero.

—¡Sois unos bandidos!

—¡Auxiliemos a la joven!

—¡Canallas, a poco nos matáis a todos!

Hasta el jefe del tren y el guardafreno estaban en tierra revólver en mano.

—¡El primero que haga fuego es hombre muerto!—gritó José, haciendo avanzar rápidamente a sus hombres.

—¡Hay que asaltar los coches!—dijo Simón aproximándose al mejicano—. Si los hombres que acompañan a la joven se resisten, os permito que los matéis.

—¡Contened vosotros a los viajeros!—dijo Mirim volviéndose a sus hombres—. ¡De los otros me encargo yo!

Simón y sus cuatro negros se lanzaron sobre el coche con las carabinas montadas.

Harris y Blunt se refugiaron rápidamente en el interior, cerrando la puerta, e hicieron fuego a través de los cristales de las ventanillas; un verdadero fuego graneado contuvo a los asaltantes, los cuales, por temor a herir a la joven, no se atrevieron a contestar con sus carabinas.

Una de las balas dió a un negro en medio de la frente, dejándole muerto en el acto; otra atravesó el sombrero de José.

Viendo que los dos viajeros habían empeñado valerosamente la lucha; los guarda-frenos y el conductor, parapetados en el coche correo, abrieron fuego también contra los bandidos, los cuales contestaron con sus carabinas.

Iba a entablarse una sangrienta lucha, porque otros viajeros secundaban la resistencia iniciada, cuando a poca distancia se oyó un silbido agudo.

El *Rey de los Cangrejos* lanzó un verdadero rugido:

—¡Un tren de socorro! ¡Hemos sido traicionados!

José se lanzó en medio de la vía, mordiéndose los puños.

Una máquina con su ténder y un solo coche se había detenido en aquel momento frente a la estación, y varios hombres se apearon del convoy precipitadamente.

—¡Soldados! —gritó el mejicano, retrocediendo rápidamente—. ¡Huíd! ¡Que nos copan!

Al oír aquel grito, los vaqueros y los negros, que comenzaban ya a encontrarse en mala situación, volvieron la espalda y huyeron en dirección a la garganta donde tenían los caballos.

El negro que había quedado en el tren guardando las maletas había aprovechado la confusión para darle a las piernas detrás de los fugitivos.

Viendo a aquellos hombres correr hacia la colina, los soldados que iban en el tren de socorro los saludaron con una descarga, y después se pusieron a perseguirlos.

Eran unos veinte guardias fronterizos, fuertes

muchachos habituados a las escaramuzas y a las carreras largas.

Harris y Blunt se lanzaron a tierra, seguidos por miss Annia, que llevaba en la mano un revólver aún humeante y que no parecía muy impresionada por el audaz atentado de aquellos malvados.

De la parte de la estación acudían personas provistas de antorchas y faroles. Eran empleados del tren de socorro, acompañados por un inspector de policía.

Entre ellos iba una mujer alta, rubia, de unos treinta años, que llevaba al hombro una pequeña carabina.

—¡Los bandidos se han escapado!—exclamó el ingeniero, que aun no se había repuesto de su sorpresa—. ¡Unos minutos de retraso y usted, miss, caía en sus manos!

—¿Quiénes cree usted que serán?—preguntó Annia.

—¿Quiénes?—gritó Blunt, que aun estaba excitadísimo—. ¡Canallas pagados por el *Rey de los Cangrejos!*

—¡Y quizás fuera él de la banda!—añadió Harris—. He visto un hombre alto y grueso que se asemejaba a él.

—También yo le he visto—dijo el escritor—; por eso he hecho fuego dos veces sobre él, con la esperanza...

La llegada del inspector y de los empleados le impidió continuar.

—Señores—dijo el inspector—, ¿hay algún herido entre ustedes?

—Sólo contusos—contestaron los viajeros, que se habían agrupado alrededor de Annia para verla mejor.

—¿Y el maquinista?

—¡Presente, señor!—repuso un hombre—. Salté a tierra en unión del fogonero antes de que volase la máquina, y hemos escapado bastante bien. Sólo Rob cojea un poco.

—¿Y la locomotora?

—Hecha pedazos.

—Y los raíles, levantados en un trayecto de cincuenta metros—dijo uno de los empleados—. Los bandidos deben de haber empleado la dinamita.

—¡Aquí hay un cadáver!—gritó en aquel instante una voz.

—¿Un viajero?—preguntaron los empleados acudiendo.

—No; uno de los salteadores.

—Le hemos muerto a la primera descarga—dijo Harris—. ¡Vamos a ver si le conocemos!

—¿Por qué dice usted eso, caballero?—preguntó el inspector.

—¡Es verdad!—gritaron varias voces—. Contra ustedes venían los salteadores.

—¡Traed aquí a ese hombre!—ordenó el inspector.

Levantada la bufanda de lana que le tapaba el rostro, y que estaba empapada en sangre, lanzaron los circunstantes un grito de sorpresa.

—¡Un negro!

—¡Me lo había figurado!—dijo Harris—. Este

hombre debía de ser uno de los compañeros del *Rey de los Cangrejos*.

—Señores—dijo el inspector—, retírense a la estación en espera del tren que no tardará en venir de Kramer.

Mientras los viajeros avanzaban hacia la marquesina, bajo la cual estaba detenida la máquina, el inspector se acercó a Harris, que estaba cogiendo las maletas que le alargaba Blunt.

—Caballero—dijo—, ¿asegura usted que conoce al jefe de esos bandidos?

—Sí; ya no tengo la menor duda de que esos hombres estaban a las órdenes de un tal Simón, conocido en San Francisco por el título de *Rey de los Cangrejos*. Ha jurado robarme a mi prometida.

—Soy miss Annia Clayfert—dijo, adelantándose la *Soberana del Campo de Oro*.

El inspector no pudo contener un gesto de sorpresa.

—¡La hija del rico minero!—exclamó—. Los periódicos han hablado mucho de usted, y conozco su historia, miss. ¿Es este señor el que la ha conquistado en una emocionante subasta?

—Sí—repuso Annia.

—Trataremos de librar a ustedes de ese negro de quien me hablan. Los soldados le siguen, y no volverán con las manos vacías.

—¡Con tal que los bandidos no tengan caballos!—dijo Harris.

—¡Ah! ¡No se me había ocurrido!—exclamó el inspector—. Sin embargo, esos miserables no irán

muy lejos; y si no pasan la frontera mejicana, pronto caerán en nuestras manos y los ahorcaremos sin economizar la cuerda. ¡By-good! ¡Ha sido una verdadera suerte que hayamos llegado a tiempo!

—¿Sabían ustedes que había aquí bandidos? —preguntó Annia.

—Una mujer valerosa nos había prevenido hace tres horas que la estación había sido invadida por unos malhechores.

—¿Quién es esa mujer?—preguntaron a un tiempo Annia, Harris y Blunt.

—La esposa del empleado del telégrafo. Mientras los bandidos ataban a su esposo, la bravísima mujer, que se encontraba en una estancia contigua, saltó por la ventana, ensilló sin ruido su caballo y galopó hasta Kramer.

—¿Es la que ahora acompañaba a usted?

—Sí, miss—repuso el inspector—; es la segunda vez que salva a un tren de un atentado. Señores, oigo silbar a lo lejos. Dentro de diez minutos continuarán su viaje hacia el Este.

En aquel momento algunos soldados, llenos de fango y rendidos, llegaron a la vía, saliendo de detrás de un bosquecillo de magnolias silvestres.

—¿Qué hay?—preguntó el inspector, saliendo a su encuentro.

—¡Se han escapado!—repuso un sargento—. Tenían caballos escondidos en un cañón, y se han alejado a todo galope.

—¡Más tarde los cogemos!—dijo el inspector—. ¡A la estación, señores! ¡El tren está al llegar!

CAPITULO X

UNA EMIGRACION DE BISONTES

AÚN no habían pasado cinco minutos, cuando el tren parábase bajo la pequeña marquesina de la estación, con el fin de hacer proseguir a los viajeros su viaje hacia las selváticas regiones del Arizona.

Harris, el escritor y miss Annia ocuparon un departamento reservado, mientras los demás, que eran en su mayor parte mineros que se dirigían a los *placers* del *Gran Cañón* del Colorado, tomaban por asalto los otros.

A las siete y cuarenta salía de Rogers el tren de socorro y marchaba a todo vapor hacia Kramer, para llegar más tarde a Barston, único lugar de parada.

Como los soldados habían batido el terreno y el tren de socorro había servido de exploración del camino, todos recuperaron pronto la tranquilidad.

Sabiendo los bandidos que eran perseguidos, sin

duda se habían alejado, probablemente hacia el sur, y no existía peligro de que intentasen un nuevo golpe de mano, puesto que sus cabalgaduras no podían competir con una máquina que recorría sin esfuerzo ochenta kilómetros por hora.

—Espero que llegaremos al *Gran Cañón* sin volver a encontrar a esa canalla—dijo Harris a Annia—. El *Rey de los Cangrejos* se ha quedado muy atrás, y cuando llegue allá, ¡quién sabe dónde estaremos nosotros!

—Señor ingeniero—dijo Blunt—, ¿está usted plenamente convencido de que ha sido ese hombre?

—No tengo la menor duda. ¿Quién podría saber que miss Annia estaba con nosotros?

—Entonces, nos habrá seguido o precedido.

—Nos ha acompañado hasta Mojave—repuso el joven.

—¿Ha sido allí donde se ha organizado esa banda de salteadores?—preguntó Annia.

—No es difícil encontrar gente maleante en esa población. Basta pagar para tener en el acto lo que se quiera: los emigrantes que pasan de norte a sur son en su mayor parte gentes sin aprensión, dispuestas a todo, con tal de ganar dinero.

—¿Los encontraremos de nuevo en nuestro camino?

—Por ahora, Annia, de seguro que no—repuso el ingeniero.

—Pues como nos encontremos al maldito negro en el *Gran Cañón*—dijo el escritor—y se ponga a tiro de revólver, trataré de no errar la puntería. ¡Canalla! ¡Bandido! ¡Ladrón!

—Desahóguese, señor Blunt—dijo miss Annia, riendo.

—¡Le juro a usted, miss, que no saldré del *Gran Cañón* del Colorado sin haberle hecho pagar su infame alevosía! ¡Aseguro que no vuelve a pescar un cangrejo en su vida!

—¿Va usted a convertirse en un terrible aventurero?

—Siempre he soñado serlo, miss Annia.

El tren, en tanto, continuaba su veloz carrera, atravesando inmensas llanuras cubiertas de hierba, donde pacían millares y millares de bueyes, caballos y grandes carneros, guardados por vaqueros de aspecto patibulario, armados de carabinas o de mosquetes y montados en hermosos caballos de la pradera, de talla más bien baja que alta, y no menos resistentes que sus congéneres los de Andalucía, de los cuales descienden.

También aparecían de vez en cuando ranchos inmensos, diseminados a gran distancia unos de otros y formados de empalizadas bastante altas para impedir que puedan franquearlas los ágiles y ferocísimos jaguares.

Por la noche, después de haber pasado por buen número de estaciones, pequeñas en su mayor parte, el tren, que se había detenido muy pocos minutos en Barston y en Necdles, llegó al atrevido puente que cruza las aguas del río Colorado, el más caudaloso del oeste americano.

Es una de las más bellas corrientes de agua que fertilizan la tierra de los Estados occidentales, pasando sucesivamente por las selvas de Wyoming,

las tierras saladas de Utah y las inmensas praderas de Arizona, para surcar en último extremo un trozo de la vieja California, desaguando al fin en el golfo de este nombre.

Caudalosos afluentes que vienen en todas direcciones, como el Pequeño Colorado y el río Gila, le enriquecen con sus aguas, de las cuales no pocas se pierden en los arenosos terrenos de su cauce.

En el momento en que el tren atravesaba el puente, gran número de personas, mestizos en su mayor parte, se agitaban en la orilla opuesta, arrastrando redes enormes y clavando en el fondo del cauce grandes palos para formar diques que entraban mucho en el río.

Sobre las rocas que limitan el curso del agua en las orillas había inmensos montones de peces aún palpitantes, que hacían relampaguear a la luz sus escamas de metálicos reflejos.

Se agitaban los peces en todos sentidos, y de vez en cuando alguno se lanzaba al espacio, dando saltos de cuatro y cinco metros.

—¿Qué pescan?—preguntó miss Annia, que había salido a la plataforma del vagón para observar mejor aquel espectáculo.

—Salmones—contestó Harris, que la había seguido en unión de Blunt—. Fijese usted en los que llegan frente al dique, y verá los saltos que dan. ¿Los ve usted avanzar a flor de agua?

—¡Y qué ruido hacen!—agregó Blunt, en tanto que el tren acortaba la marcha para dejar que los viajeros pudieran contemplar aquella asombrosa pesca.

Miríadas de peces emergían para evitar las redes de los pescadores, y ágitando violentamente la cola producían un ruido que ahogaba el fragor causado por el tren en las traviesas metálicas del puente.

El dique no bastaba a contenerlos; conocían de sobra la fuerza de su cola para inquietarse por aquel obstáculo, y pronto comenzaron los saltos.

Por centenares se lanzaban al aire, agitando las aletas como los peces voladores de los mares ecuatoriales, y pasaban sobre los obstáculos.

No todos, sin embargo, pasaban. Muchos, menos afortunados, caían en la empalizada, donde los cogían inmediatamente los pescadores que estaban en acecho, y que se apresuraban a guardarlos en enormes cestos.

—Deben de coger gran número de ellos—dijo miss Annia.

—Millones—contestó Harris.

—¿Y de dónde vienen todos esos peces?—interrumpió el escritor.

—Del mar.

—¿Cómo? ¿Son peces de agua salada que navegan en agua dulce?

—Sí, Blunt. El salmón vive lo mismo en una que en otra, y emigra siempre del río al mar, y viceversa.

—¿Es un pez viajero?—dijo Annia.

—¡Y tan viajero! Se parece en eso a los bisontes de nuestras praderas. Nacen en agua dulce, porque las hembras no depositan nunca sus huevos en el mar, y allí pasan la primera juventud.

Cuando ya están suficientemente desarrollados se transforman en *smolt*, como dicen los ingleses, pierden el color gris del dorso, y hasta las estrías transversales de los lados, para revestirse de bellísimas escamas que parecen de metal; se unen en bandas inmensas, y comienzan sus viajes. En primavera es cuando se ponen en movimiento, y descendiendo hacia el mar, ningún peligro, ningún obstáculo los detiene.

—¿Ni las redes de los pescadores?

—No, Annia; porque, además, son tan robustos, que con frecuencia las rompen, y por los portillos todos o la mayor parte se escapan.

—¿Y entran de pronto en el mar, sin transición alguna?—preguntó la joven.

—No; no cometen semejante imprudencia, que podría serles fatal. Se detienen dos o tres días en agua mezclada para acostumbrarse a la sal, y luego desaparecen en las profundidades de los golfos o de los mares; y durante su permanencia en ellos no es posible ver ni uno. Son semejantes al abadejo, el cual, terminada su emigración en los bancos de Terranova y los *fiords* de Islandia y de Noruega, no vuelve a dejarse ver.

—¿Y durará mucho su ausencia?—preguntó el escritor, que parecía interesarse vivamente en aquella explicación.

—Siete u ocho semanas, generalmente—repuso Harris—. Después vuelven a juntarse en la desembocadura de los ríos; pero ya no son los mismos de antes; están en absoluto cambiados y, además, son mucho mayores. Cuando los salmones peque-

ños descenden hacia el mar no pesan, por término medio, más de tres hectogramos, y cuando vuelven al agua dulce llegan a catorce o quince.

—¿Sólo en dos o tres semanas?

—Sí, Blunt.

—¡Se ve que engorda mucho el agua del mar! —dijo Annia.

—¡Una cura maravillosa! —dijo Blunt riendo—. ¡Milagro que las personas que se bañan en el mar no corran el riesgo de engordar de ese modo!

—¿Y después, señor Harris? —preguntó Annia.

—Vuelven a detenerse en agua medio salada en la desembocadura de los ríos, y entonces recobran sus colores primitivos, y hasta pierden parte de su peso. Van siempre en grandes bandadas con velocidad prodigiosa, pudiendo recorrer cómodamente diez leguas por hora, y más. Nada los detiene, ni aun las cataratas, que salvan fácilmente, dejándose sumergir hasta las piedras del fondo y cogiéndose la cola con los dientes.

—Entonces, ¿saltan como un arco tendido? —dijo Blunt.

—Precisamente.

—¿Y si la catarata es muy alta?

—Los pescadores se encargan de construir *escalas para los salmones*, con el fin de permitirles el paso y cogerlos en lugares a propósito para tender las redes. Amigos, ya nos encontramos en la frontera de Arizona. El *Gran Cañón* del Colorado no está lejos.

—¿Nos apeamos en la primera estación? —preguntó Annia, visiblemente conmovida.

—No; dejaremos el tren en Peach-Spring. Aquí está la primera pradera. Dentro de poco veremos indios.

El tren corría entonces por una llanura tan inmensa, que sus límites no se columbraban.

Las hierbas eran altísimas y espesas, esmaltadas por flores multicolores; aquí y allá brotaban grandes *cactus* espinosos, con flores blanquísimas que contienen un poco de agua, lo suficiente para calmar la sed de un viajero, y *cactus* de hermoso color verde oscuro, armados de formidables espinas.

Ya no se veían pueblos, ni campamentos, ni ranchos.

Huían de vez en cuando al paso del tren, espantados por su trepidación y el humo que cubría el camino, pequeños grupos de antílopes de cuernos ahorquillados, altos, de formas elegantes y esbeltas, con la piel de color rojo pálido en el dorso y en el pecho y blanquecino en el vientre.

También gran número de volátiles se levantaban de entre la hierba y escapaban precipitadamente; petirrojos, pájaros burlones que imitan y remedan a los demás, ruiseñores de Virginia y otros muchos.

A la caída de la tarde, después que el tren hubo pasado, sin detenerse en la minúscula estación de Yucca, por primera vez encontraron los viajeros un pequeño grupo de indios.

Eran hasta media docena de individuos, que montaban magníficos caballos de la pradera, de hermosa estampa, con largas crines y enjaezados a la americana, pero cuyas sillas estaban muy deterioradas.

Iban acompañados por tres mujeres, que los seguían a pie, cargadas como mulas, y que eran feas, pequeñas, de cara aplastada, piernas torcidas y no menos mal vestidas que sus compañeros.

¡Qué triste figura hacían los pieles rojas transformados por la civilización! ¿Dónde estaban aquellos feroces guerreros que con su grito de guerra esparcían el terror por factorías y poblaciones, y que por donde pasaban sólo dejaban ruinas humeantes y cabezas desolladas? ¿Dónde las diademas de plumas multicolores con cerco de oro purísimo? ¿Dónde los trofeos de plumas de aves silvestres, descendiendo a lo largo de la espalda, y la terrible segur de guerra, el *tomahawk*?

Verdad es que todavía conservaban largo el cabello, que bajaba sobre los hombros de aquellos hijos degenerados de los intrépidos corredores de praderas, y la piel, rojo-oscura; pero todo acababa ahí. El vestido pintoresco del indio había desaparecido.

En realidad, aquellos hombres, que habían renunciado a la vida salvaje, algo por fuerza, algo por hambre, algo por los licores de los hombres blancos, habían sustituido las diademas con informes sombreros de copa apabullados y raídos, que por único ornamento no tenían más que unas etiquetas amarillas de hojalata, recortadas de unas cajas de conservas de Nantes, cogidas en cualquier inundación; mantas de lana, rotas por cien partes diferentes, y calzones medio deshechos, casi suprimida la parte superior. Verdad es que a la segur de guerra había reemplazado una carabina,

más útil y más eficaz para la defensa; pero, en cambio, habían conservado los pies desnudos.

Blunt, el escritor, se había lanzado a la plataforma, prorrumpiendo en una serie de exclamaciones:

—¿Son éstos los terribles indios? ¿Es posible? ¡Pero no; no pueden ser estos mamarrachos los hijos de las praderas! ¡Dígame usted que se ha equivocado, señor Harris!

—No, amigo mío—repuso el ingeniero, que reía de la estupefacción del escritor—: éstos son verdaderos indios.

—¡Qué vestidos llevan!

—¡Qué quiere usted, amigo Blunt! ¡Son efectos de la civilización!

—¿De modo que son...?

—Indios *mansos*, o sea sometidos.

—¡Son unos verdaderos miserables! ¡No los había soñado así! ¡Los libros que he leído me han engañado!

—¡Poco a poco, querido Blunt! No todos son así, Cuando lleguemos al territorio de los apaches y de los navajoes verá usted indios muy distintos, con adornos de pluma y segur de guerra. Sólo han abandonado el arco, sustituyéndole por la carabina, o, mejor, por el rifle, que manejan perfectamente. Estos han desechado desdeñosamente los efectos de la civilización, y todavía se mantienen independientes. Son los más formidables guerreros de toda la América del Norte, superiores hasta a los sioux y a los comanches.

—¿Y son muchos?—preguntó Annia.

—Sí, porque no se destruyen entre sí, y, además, han rechazado siempre el *agua del Diablo*, o sea el *whisky*, que tan fatal ha sido a sus congéneres del norte y del este.

—¿Es cierto, señor Harris, que las demás tribus desaparecen con increíble rapidez?

—Como que casi han desaparecido totalmente. Muchas tribus que en un tiempo fueron formidables, y que podían poner en pie de guerra diez mil combatientes, como sucedía, por ejemplo, con los mandanos, han desaparecido por completo. En 1866 los indios aun independientes, que no vivían bajo el protectorado de nadie, eran cerca de trescientos mil. Hoy esta cifra se ha reducido enormemente.

—¿Quién los ha destruído?—preguntó Blunt.

—Sobre todo, sus luchas intestinas; luego, el hambre, porque los territorios que poseían no eran bastante grandes para poder vivir de la caza; las bebidas alcohólicas y las enfermedades introducidas por los hombres de nuestra raza. Además, la ley gradual de la desaparición del indio es siempre la misma, y se ha observado en todas las tribus bárbaras que se han puesto en contacto con el hombre civilizado. La barbarie y la civilización no pueden caminar juntas. Al hombre rojo la naturaleza le había regalado un campo inmenso, mayor que el concedido a las demás naciones, para fecundarlo y poblarlo. En esta región del Gran Oeste, y aun en el Centro, se encuentran las más extensas llanuras, las más bellas praderas, las más pobladas florestas, el agua más límpida y los lagos más vastos. La naturaleza, generosa y paciente,

dejó al piel roja el tiempo necesario para sacar producto de todos estos tesoros; pero el indio no ha querido someterse a la dura ley del trabajo, que es la ley de la Humanidad: no ha querido cultivar el suelo y fecundarlo con el sudor de su frente. Las llanuras y los bosques sólo los han utilizado para la caza, y el agua, para una primitiva pesca. En una palabra, parecía como si la naturaleza se hubiera estancado en espera del hombre blanco, que trajo a este vasto continente una energía y un ardor indomables. Aquel día se inauguró la caída de la raza roja.

—Se los puede compadecer; pero no se puede culpar sino a ellos mismos de sus desastres y de su fin próximo—dijo Annia.

—Dentro de cincuenta años ya no existirán—dijo Blunt.

—Tanto como eso, no—repuso Harris—. Cierta número de ellos se han hecho cultivadores, y las concesiones que les ha hecho el Gobierno de la Unión han prosperado considerablemente, asegurando la vida a los hombres rojos. Además, lo mismo que los últimos descendientes de las tribus de Channies y de Wyandotte, se han dado al comercio, y hacen hoy negocios hasta de banca, prestando a sus hermanos salvajes al sesenta por ciento.

—¡Tan generosos como bien vestidos!—dijo Blunt.

—Gran parte de ellos llevan una existencia bien triste: acantonados en sus pueblecillos y embriagándose, apenas pueden cazar y vender pieles, y desahogan su eterno mal humor sobre las mujeres,

a las que apalean cruelmente. Hartos de su suerte, no encontrando ya en la guerra ni en las represalias sangrientas y horribles alimento para sus gustos de hombres primitivos, se ceban ferozmente en los seres débiles que los rodean. El antiguo guerrero se ha transformado en un sér indigno.

—¡Oh!

Una serie de agudos silbidos, lanzados por la máquina, y una brusca sacudida del tren, acompañada de gritos y repique de campana, los hizo acudir a la opuesta plataforma.

—¡Los bisontes, que emigran!—exclamó el ingeniero—. ¡Querido Blunt, aquí puede usted hacer una caza colosal!

CAPITULO XI

LA CAZA DEL BISONTE

HASTA donde alcanzaba la mirada, animales enormes, con altas gibas vellosas, piel rojonegruzca y fuerte cabeza, armada de cuernos recurvados, avanzaban en bandadas inmensas, cortando el paso al tren, el cual tuvo que detener su marcha para no embestir contra aquel aluvión viviente.

¿Cuántos eran? Millares y millares, sin duda alguna. Avanzaban lentamente, parándose de vez en cuando para saborear las ricas y sabrosas hojas de *buffalo grass* que cubrían la pradera, y que son las preferidas por aquellos pesados rumiantes.

La repentina llegada del tren no había alterado la línea de los bisontes. Sólo los machos, con un rápido movimiento, se habían colocado en los flancos de la columna para proteger a las hembras y a las terneras, y miraban con ferocidad a la máquina, que se aproximaba silbando y rugiendo.

—¡Cuántos animales!—gritaba Blunt, que parecía loco de alegría—. ¡Señor Harris! ¡Miss Annia! ¡Las carabinas, las carabinas!

—¡No tenga usted prisa, amigo!—dijo el ingeniero—. ¿Cree usted que esa colosal emigración se va a acabar en unas cuantas horas? Puede durar días enteros y tendremos tiempo de sobra para disparar un tiro.

—¿Cómo un tiro, señor Harris?

—¿Qué quiere usted hacer con esa masa de carne? El jefe del tren se negaría a cargarlos, y sólo los aprovecharían los indios.

—¿Irán los pieles rojas detrás de los bisontes?

—No tardaremos en verlos—repuso Harris—. En donde está el bisonte se encuentra siempre el indio. Esta emigración es absolutamente extraordinaria para este tiempo. Me habían dicho que ya no se efectuaba sino en rarísimos intervalos, y nunca en tan gran número.

—¿Y adónde van todos estos animales?—preguntó Blunt.

—Al sur, por ahora; luego volverán al norte. Invernarán aquí, y después, cuando vengan los grandes calores y la sequía destruya las hierbas, volverán a tierras de los ingleses, donde los indios creen que desaparecen para siempre, para reunirse en el paraíso verdeante del Gran Espíritu.

—¿Y no hay peligro de que asalten el tren?—preguntó Annia.

—Puede ocurrir; pero estos vagones son muy pesados para que puedan derribarlos. Además, el maquinista sabe un medio infalible para alejarlos.

—¿Silbando?—preguntó Blunt.

—Con el agua hirviendo de la máquina—repuso Harris—. Ya es de noche. Vamos a cenar, y mañana, si usted quiere, amigo Blunt, dispararemos unos tiros. Mire usted cómo los bisontes comienzan a acostarse en la vía: de seguro continuarán el camino antes del alba.

—¡Ver tantos animales juntos, y no dispararles!—exclamó el escritor.

—Mañana lo haremos. No nos dejarán continuar la marcha tan pronto.

También los viajeros de los otros vagones comenzaron a retirarse a sus departamentos, seguros de encontrar caza al día siguiente.

Todo el septentrión estaba cubierto de animales: no era, pues, de temer que se fueran sin que se les pudiera hacer algún disparo.

A lo lejos se oían los lúgubres aullidos de los lobos, esos formidables depredadores que no se alejan nunca de la columna de los bisontes en sus emigraciones, prontos a hacer pedazos a los retrasados o a los que se desbandan.

Por orden del jefe del tren se mantuvieron encendidas las luces durante la noche, y parte del personal veló en las plataformas de los vagones con el revólver al alcance de la mano, no porque temieran un asalto por parte de los rumiantes, sino por la de alguna banda de indios, pues no era improbable que alguna tribu de apaches y navajoes independientes siguiera a la colosal emigración.

A las seis de la mañana, casi una hora después de la salida del sol, los bisontes se decidieron a

continuar su marcha, con lentitud tan marcada, que hacía temer que la parada del tren había de prolongarse todo el día y tal vez toda la noche.

Las columnas se organizaban poco a poco, se detenían a pastar las sabrosas hierbas del *buffalograss*, y luego atravesaban la vía, yendo los machos siempre a los flancos.

Varios mineros bajaron del tren armados con revólveres. Blunt y el ingeniero habían preparado sus carabinas, hermosas armas de fabricación inglesa y de largo alcance, y se habían apresurado a imitarlos, deseando ofrecer a miss Annia para el almuerzo una lengua de bisonte, plato verdaderamente regio, muy estimado por los cazadores de la pradera, y un filete de lomo para la cena.

—¡Vamos a hacer una hecatombe!—dijo el escritor con acento trágico.

—¡No tanto, amigo Blunt!—dijo Harris—. No siempre se dejan fusilar los bisontes sin protestar. Guárdese usted de sus cuernos, y esté siempre alerta para refugiarse en los vagones.

Los bisontes operaron una conversión a fin de que sus columnas no fueran molestadas, y se alejaron del tren.

Poco a poco la distancia había aumentado hasta cerca de medio kilómetro. Necesitaban, pues, los cazadores recorrer un buen trozo de camino, especialmente los que sólo poseían revólver.

Media docena de mineros y dos o tres *cow-boys*, que iban armados de buenos rifles de mucho alcance, se unieron al ingeniero y a su amigo, deseando comer también un buen trozo de bisonte.

Después de no pocos ruegos por parte de su prometido, miss Annia se había resignado a permanecer en la plataforma de su vagón, aunque vivamente hubiera deseado tomar parte en aquella emocionante caza no exenta de peligros, porque era una valiente cazadora que ya había hecho sus pruebas contra las bestias salvajes del *Gran Cañón*, en compañía de su padre.

Cargó, sin embargo, su pequeña carabina americana, pronta a acudir en auxilio de sus amigos si hubiera necesidad de ello.

Los *cow-boys*, tres arrogantes jóvenes de robusta apariencia, que vestían su pintoresco traje semi-mejicano y semiindiano, habituados ya a aquellas cazas peligrosas, y despreciando todo peligro, se pusieron a la cabeza del grupo, diciendo:

—¡El que no esté resuelto, que se vuelva al tren!

—¡Todos vamos!—replicaron los mineros.

—¡Adelante; y cuando yo lo diga, echaos al suelo!—dijo uno de los tres.

Como las hierbas eran bastante altas y había cierto número de *cactus* gigantescos, el grupo podía fácilmente aproximarse a las columnas de los bisontes sin ser visto ni olfateado, porque tenían en su favor el viento, que soplaba de la parte de los rumiantes.

Cuando llegaron los cazadores a doscientos pasos de los bisontes se emboscaron entre los *cactus*, y luego los tres *cow-boys*, el ingeniero y el escritor se recostaron entre la hierba y montaron sus rifles, recomendando a los mineros que no hicieran uso de

los revólveres por el momento, porque no estaban a tiro para aquel género de armas.

Los bisontes continuaban desfilando lentamente sin dar señales de inquietud. Sólo algún viejo macho, más receloso, salía de vez en cuando de las filas para mirar el tren, que permanecía inmóvil a medio kilómetro y con los fuegos casi apagados.

—Apuntad a las hembras y a los terneros, y dejad en paz a los machos—dijo el de más edad de los tres *cow-boys*—. Si nos embisten, dejadlos aproximarse, y no escapéis hasta haber agotado los cartuchos de vuestros revólveres. ¡Soy vuestro jefe *riflemen!*

Los cinco hombres apuntaron, quién a una hembra, quién a una cría; después, cinco detonaciones resonaron, con poco intervalo de unas a otras.

Dos hembras heridas escaparon locamente mugiendo, mientras tres terneros caían detrás de la primera línea de los machos.

Al oír las detonaciones una viva agitación se apoderó de las columnas de rumiantes.

Las primeras líneas se desbandaron, dirigiéndose hacia el grueso de la expedición, y esparciendo la confusión en las otras columnas; siete u ocho machos de talla colosal permanecieron en su puesto olfateando el aire y sacudiendo la cabeza, armada de cuernos formidables.

—¡Cargad aprisa!—dijo el *cow-boy*—. ¡Nos miran, y han visto ya de dónde sale el humo!

Apenas habían introducido los cartuchos en los rifles, cuando los siete machos lanzaron prolonga-

dos mugidos, bajaron la cabeza, y partieron al galope, estremeciendo el suelo con su enorme peso.

Acometían frenéticos, con impulso irrestible, aplastando las altas hierbas con sus robustas pezuñas. Parecía que avanzaba un huracán hacia los cazadores.

Dos de los cinco mineros, asustados por la aproximación de aquellos monstruosos animales, a pesar de las recomendaciones del *cow-boy*, se lanzaron fuera de los *cactus* y escaparon hacia el tren, disparando algunos tiros al aire.

—¡No se muevan ustedes y hagan fuego a quemarropa!—gritó el *cow-boy* que había dirigido la caza—. ¡El que huya es hombre perdido!

—¡Ventre de oso gris!—exclamó el escritor, que, aun cuando se esforzaba en aparecer tranquilo, estaba agitado por un temblor nervioso—. ¡En verdad, impresionan estos animales!

—¡No se mueva usted, Blunt!—dijo el ingeniero con voz tranquila—. ¡No nos pasará nada!

Dos bisontes se destacaron del grupo y se lanzaron en seguimiento de los mineros que dando grandes gritos se dirigían hacia el tren. Los otros cinco continuaron su furibunda acometida lanzándose contra los primeros *cactus*, que hicieron pedazos a cornadas.

Ya iban a arremeter a los cazadores, que permanecían escondidos entre la hierba, cuando gritó el *cow-boy*:

—¡Fuego, señores!

Una descarga de carabina y de revólveres, dis-

parados casi a quemarropá, quemó los largos pelos del hocico de los bisontes.

Espantados y heridos la mayor parte de los rumiantes, se detuvieron bruscamente, dieron luego una rápida vuelta y escaparon en la dirección de sus columnas. Uno, sin embargo, después de haber recorrido unos cincuenta pasos, cayó para no levantarse más.

—¡Ya está asegurado el almuerzo!—gritó Blunt. Se dispuso a lanzarse hacia el caído, cuando oyó al jefe de los *cow-boys* gritar:

—¡Salvémoslos, señores! ¡Van a ser alcanzados!

Los dos mineros que habían huído antes de que los bisontes llegasen junto a los *cactus*, esperando poder llegar al tren y refugiarse en los pesados vagones, aun cuando corrían como liebres, no habían logrado aún ponerse en salvo y se encontraban en inminente peligro.

Los dos rumiantes que se destacaron del grupo los perseguían encarnizadamente, y con hábiles maniobras los habían obligado a desviarse hacia el norte para cortarles la retirada.

Al oír los gritos de terror de los fugitivos, el personal del tren, guiado por el conductor, se lanzó a través de la pradera disparando tiros de revólver, con la esperanza de poner en fuga a los dos colosos; pero éstos, más enfurecidos todavía, no habían interrumpido la persecución; por el contrario, redoblaban su velocidad.

—¡Adelante los *riflemen*!—gritó el *cow-boy*—. ¡Únicamente las carabinas podrán salvar a esos estúpidos!

Sus compañeros, el ingeniero y Blunt, que, como hemos dicho, eran los únicos que tenían armas de fuego de mucho alcance, se lanzaron detrás de los dos furibundos animales, que galopaban a trescientos metros, siguiendo muy de cerca a los dos mineros.

—¡No se aproxime usted demasiado, Blunt!—gritó el ingeniero al escritor, que, como era el más delgado de todos y tenía las piernas más largas, se había adelantado a sus compañeros—. ¡Los bisontes, cuando están enfurecidos, no temen al hombre!

Fué vano aviso. El bravo joven, que debía de sentir hervir en sus venas la sangre de su padre, continuaba impávido su veloz carrera.

De pronto se oyó un grito de angustia. Un bison te había alcanzado a uno de los fugitivos, y de un topetazo le había lanzado al aire, haciéndole dar tres o cuatro vueltas sobre sí mismo.

Cuando le vió caer de nuevo al suelo, con las costillas y la espina dorsal probablemente rotas, se le acercó inmediatamente y le pisoteó con sus anchas y fuertes pezuñas.

Los *cow-boys* y Harris dispararon simultáneamente con la esperanza de derribarlo; pero, agitados por la larga carrera, sólo le habían herido.

El escritor, como hombre prudente, había reservado su disparo.

Oyendo resonar trás de sí las detonaciones, el endiablado animal, que había ya convertido al pobre minero en una informe masa de carne sangrienta, se volvió, y, viendo a Blunt a poco distancia, se lanzó sobre él, mugiendo furiosamente.

El escritor no se movió. Apoyó resueltamente la culata del fusil en el hombro; aguardó a que el animal estuviera a diez pasos y después hizo fuego, apuntando al pecho.

—¡Buen tiro!— gritó el jefe de los *cow-boys*, asombrado de la audacia y sangre fría del joven.

El bisonte, aunque gravemente herido, continuó, sin embargo, su carrera unos quince pasos, obligando al escritor a lanzarse rápidamente a un lado; después cayó súbitamente de rodillas, levantando el hocico sangriento y lanzando un largo mugido; luego se desplomó pesadamente de costado.

En el mismo instante un nutrido fuego de revólver recibía al segundo animal, obligándole a una pronta retirada.

El personal del tren, seguido por miss Annia y algunos vaqueros que se encontraban en los bosques, habían llegado a tiempo para salvar de una muerte cierta al otro minero, que había caído entre la hierba, rendido por aquella larga carrera.

—¡Querido Blunt— dijo el ingeniero, aproximándose al bravo joven, que contemplaba con orgullo el bisonte que había cazado—, no creía que fuese usted capaz de tanto!

—Soy hijo de un famoso cazador—repuso modestamente el joven—. Mi padre hubiera hecho más. ¡Lo único que siento es no haber podido salvar a ese pobre hombre!

—Ha sido culpa suya, porque ha huído. Los *cow-boys* le habían advertido que permaneciera a nuestro lado.

Miss Annia se aproximó, llevando en la mano su pequeña carabina, aun humeante.

—¡Bravo, señor Blunt!—le dijo—. ¡Comienza usted bien su profesión de cazador! ¡Le nombraremos proveedor nuestro! ¿Le conviene a usted?

—Acepto de buen grado, miss—repuso el joven sonriente—; pero aguardo a que lleguemos al *Gran Cañón*.

—¡Cállese!—dijo en aquel momento Harris.

A gran distancia se había oído un silbido, y comenzaba a verse una columna de humo en la dirección de la vía del río Colorado.

—¿Un tren de socorro?—preguntaron varias voces, dirigiéndose al jefe del tren, que estaba haciendo cavar una fosa para sepultar al minero.

—Es imposible, señores—repuso el interpelado—. Ninguna estación puede haber teleografiado que estamos detenidos. Además, ¿quién podría limpiar la línea de estos millares de bisontes? Serían precisos tres o cuatro regimientos de soldados con artillería. No puede ser más que un tren especial.

—Que se detendrá, a pesar de la prisa que tendrán los viajeros—dijo Harris—. Amigo Blunt, corremos la lengua al bisonte que ha matado usted, y llevémosla a que la guisen. Haremos un almuerzo delicioso, miss Annia; se lo aseguro.

CAPITULO XII

LOS PRIMEROS INDIOS

Los cocineros del vagón-restaurante, de los cuales hay siempre buen número en los trenes americanos que recorren las regiones central y meridional, tan pobre de estaciones, especialmente hace treinta o cuarenta años, fueron sometidos a dura prueba para satisfacer a los viajeros, que deseaban una verdadera orgía de carne de búfalo.

Hasta los maquinistas tuvieron su parte de trabajo, asando dentro del hogar de la máquina enormes trozos de carne, que los mineros se apresuraban a devorar, sin poner muchos reparos al no muy sabroso gusto que le daba el carbón de piedra.

Además, los viajeros tenían tiempo para comer con desahogo, porque a mediodía aun no había desaparecido la última fila de aquella prodigiosa emigración de rumiantes. ¡Y, sin embargo, cuántos mi-

llares de animales habían pasado en aquellas treinta horas! El tren especial se había detenido a distancia de dos millas del primero; pero ninguno de los viajeros que lo ocupaban se había apeado para asistir a aquel espectáculo. Debían de ser muy pocos, porque sólo había un vagón detrás del ténder.

¿Quiénes eran? El conductor del primer tren había interrogado a los maquinistas; pero había podido averiguar muy poco.

Las personas que ocupaban el único coche habían subido en Harper, que es la estación más próxima a Kramer, y se dirigían a Peach-Spring para asuntos urgentísimos, habiendo pagado mil dólares por la formación del tren.

Además, ninguno de los viajeros del primer convoy se había cuidado de saber quiénes eran los del segundo, demasiado preocupados en hacer los honores a los exquisitos trozos de bisonte y a los extraños guisos preparados por los *cow-boys* según el uso de los cazadores de las praderas.

El ingeniero, Blunt y miss Annia, que se habían hecho servir el almuerzo en su vagón, estaban tomando una buena taza de té, cuando de improviso oyeron a lo lejos gritos agudos, seguidos de algunos disparos de fusil.

—Son los indios que siguen a los bisontes—dijo Harris, levantándose precipitadamente—. ¡Venga usted, miss, y especialmente usted, Blunt, que desea ver a los verdaderos guerreros de la pradera!

Las plataformas de los otros coches estaban ya llenas de viajeros, deseosos de asistir a la caza que realizaban los indios.

Los bisontes aun no se habían apartado de la línea; apenas sus columnas comenzaban a desaparecer hacia el norte, y ya no se veía aquella masa inmensa que contemplaron el día anterior y aquella misma mañana.

Parecía también que las últimas filas eran presa de viva agitación, porque apresuraban el paso, y las hembras excitaban a las crías a cornadas a que pasaran delante de los machos, que cubrían la retirada.

En el verde horizonte muchos puntos negros corrían con prodigiosa rapidez, ya agrupándose, ya dispersándose, describiendo curvas y ángulos caprichosos.

Otro punto rojizo los precedía, y los animales seguían con gran precisión sus evoluciones.

—¿Dónde están los indios?—preguntó Annia a Harris, que los observaba atentamente, resguardándose los ojos con las manos.

—¡Sí, estoy cierto de no engañarme!—repuso el ingeniero—. ¡Ahí sucede algo que no acierto todavía a explicarme!

—¿Qué?—preguntó Blunt.

—Que no me parece que aquellos jinetes ataquen a los bisontes. Se diría que siguen a alguien.

—¿Aquel punto rojo?

—Sí.

—¿Están dando caza a alguien?

—Ciertamente; y debe de interesar a los indios más que los bisontes.

—¿Será aquel punto rojo algún cazador de pradera a quien tratan de matar?

—Lo sospecho.

—¡Y son verdaderos indios—dijo Annia—: distingó ya su diadema de plumá y su larga cabellera!

—¡Y hacen fuego!—añadió Blunt.

—¡Ah!—exclamó Harris de pronto—. ¡Es a un blanco al que persiguen! Debe de ser un personaje muy importante, cuando los indios renuncian a los bisontes por lá cabellera de ese hombre.

—¡Señores, preparémonos a defenderle!—dijo Blunt.

—Nos encontrará dispuestos, aunque me parece que gana terreno sobre sus perseguidores. ¡Coged las carabinas! Si son indios independientes, apaches o navajoes, son capaces de asaltar el tren.

La mancha roja se agrandaba a ojos vistas, y maniobraba de tal suerte que ponía siempre entre él y los perseguidores las últimas columnas de bisontes.

Al cabo de un cuarto de hora de carrera desenfundada y de continuas maniobras entre las filas de bisontes, apareció de improviso a la orilla de un bosquecillo que se extendía a cuatrocientos o quinientos pasos del primer tren.

Como Harris había sospechado, era un hombre blanco que vestía el característico traje de los cazadores de las praderas, con sombrero mejicano a la cabeza y larga cabellera.

Montaba un soberbio potro rojizo con algunas manchas blancas, y galopaba hacia el tren, espolcando vigorosamente a la cabalgadura, aunque ésta corría como una tromba marina.

A cincuenta pasos del bosquecillo detuvo brusca-

mente su caballo, y después, formando con las manos una especie de portavoz, gritó con voz tonante:

—¡Cuidado, señores, que vienen detrás de mí los apaches! ¡Preparen las armas!

Los tres *cow-boys* que había en el tren dieron un grito de sorpresa y, al mismo tiempo, de alegría.

—¡Buffalo Bill!

El jinete se quitó el sombrero, saludando galantemente a miss Annia, que se hallaba en la plataforma, y caracoleó después alrededor de la máquina, pasando entre ésta y las últimas hileras de bisontes.

Era un hombre muy guapo, de unos treinta años, de facciones perfectas, como las de un griego, con largos cabellos castaño-oscuro que le caían en bucles sobre los hombros, y de estatura alta y porte atlético.

Antes de desaparecer del otro lado del tren miró a los indios que desembocaban en el bosquecillo, clavó las espuelas y se alejó rápidamente, siguiendo las filas de los bisontes.

Viendo el tren parado, los apaches detuvieron sus cabalgaduras y permanecieron indecisos entre continuar la caza del corredor de praderas o desahogarse con los bisontes.

Eran una veintena, y no se parecían en nada a los indios astrosos que Blunt había visto el día antes, después de atravesar el río Colorado.

Todos de alta estatura, tez morena y con los pómulos bastante pronunciados, hacían una gran figura con sus diademas de pluma de pavo silvestre,

sus largos cabellos, sus calzones de campana y sus polainas de piel abiertas por delante.

Sus jaeces estaban adornados con cabelleras cortadas a sus enemigos.

Al verlos aparecer, los viajeros y el personal del tren, temiendo un ataque, se precipitaron a las plataformas y dispararon al aire tiros de revólver para hacerles comprender que estaban armados y dispuestos a defenderse.

—¿Qué son?—preguntó Blunt, que acariciaba el gatillo de su rifle.

—Apaches—repuso Annia—. Los conozco muy bien, porque los he visto muchas veces en el *Gran Cañón*.

—Sí, apaches—repitió el ingeniero—; los más peligrosos y más crueles de todos los indios de la América septentrional.

—¿Nos atacarán?—preguntó Blunt.

—No son bastantes para intentarlo—dijo Harris. Los indios se habían reunido, formando círculo, y parecía que discutían con gran animación.

De pronto empuñaron sus *tomahawks* de guerra y sus lanzas y partieron al galope, dirigiéndose hacia las últimas filas de los bisontes, que se apresuraban a atravesar la vía.

Aquellos rumiantes huyen del indio, que es su enemigo secular. Dejan que se aproxime el hombre blanco, pero huyen del hombre rojo.

La presencia de los apaches los puso en fuga.

Machos, hembras y terneros se confundían presa del espanto más profundo.

Los indios los atacaban lanzando gritos feroces

y haciendo brillar la punta de hierro de las lanzas y la ancha hoja de sus machetes.

—¡Fíjese bien, Blunt!—dijo Harris—. ¡Va usted a asistir a una caza emocionante!

Los apaches se lanzaron con loca temeridad entre las filas de los colosales rumiantes, haciendo dar a sus caballos saltos prodigiosos, y acometieron ferrozmente a los bisontes con lanzas y machetes, dando incesantes gritos.

Por algunos instantes los pobres animales no opusieron resistencia; luego algunos machos colosales, ya heridos y enfurecidos por el dolor que les causaban las lanzadas que recibían, se revolvieron furiosamente contra los asaltantes, acometiéndolos a su vez.

Fué un momento terrible.

Varios caballos que se encontraban entre las filas de bisontes fueron muertos por los feroces animales; pero los intrépidos corredores de la pradera no se dejaban coger.

Con prodigiosa agilidad saltaban sobre el dorso de los bisontes, los cuales, sintiendo encima aquel insólito peso, inmediatamente se abrían paso por entre sus compañeros, huyendo despavoridos a través de la pradera, donde no tardaron en caer bajo los poderosos golpes de machete que sus jinetes les daban.

La lucha no duró más de diez o quince minutos.

Aquel breve espacio de tiempo bastó a los indios para proveerse de carne suficiente para toda su tribu durante varias semanas.

Cuando la retaguardia desapareció más allá de

la línea férrea, galopando hacia el sur, unos cincuenta cuerpos gigantescos y otros tantos terneros yacían sobre la hierba cubiertos de sangre.

—¡Qué hecatombe!—exclamó Blunt, que había seguido los varios incidentes de aquella caza con ardorosa mirada—. Sin embargo, la mitad de los indios han sido desmontados.

—Tienen abundancia de caballos—repuso Harris—. Cada indio no tiene menos de siete u ocho amarrados junto a su tienda.

—¿Y cómo van a componérselas para transportar a su poblado todos esos bisontes?

—Vendrá toda la tribu para ayudarlos.

En aquel momento se oyó un disparo y se vió pasar por detrás del tren a galope tendido al arrogante cazador que había sido perseguido momentos antes.

Retornaba hacia el norte y cruzó a menos de quinientos pasos de los apaches, casi burlándose de ellos.

Saludó con la mano a los viajeros del tren, que le contestaron con un estruendoso hurra, y desapareció en el bosquecillo.

—¡Bravo, Buffalo Bill!—exclamó Annia—. ¡Ese es un hombre que no teme ni al mismo demonio!

Al ver al jinete los indios hicieron ademán de lanzarse hacia los caballos que les quedaban; pero comprendiendo que no hubieran logrado alcanzarle con animales tan fatigados, desistieron de su empeño, limitándose a dirigirle una sarta de imprecaciones y amenazas.

—¿Quién es, pues, ese hombre?—preguntó Blunt,

mientras el tren volvía a ponerse en marcha, porque ya la línea estaba completamente despejada, seguido inmediatamente por el tren especial.

—Es el coronel Cody, o, mejor dicho, Buffalo Bill, el más intrépido y popular corredor de las praderas del Far West—repuso el ingeniero—. Le he conocido en los desiertos del Utah.

—Y yo en el *Gran Cañón*—agregó Annia—. Ese hombre se encuentra dondequiera que haya un peligro que desafiar.

—¡Un hombre asombroso!—dijo Harris—. Sus aventuras son tan extraordinarias que podría escribirse con ellas uno de los libros más interesantes.

—Cuéntenos usted algunas, señor Harris—dijo Blunt.

—Parece imposible que no haya usted oído nunca hablar de ese hombre, tan conocido en el Este como en el Gran Oeste, al norte y al sur de los Estados de la Unión, y que es singularmente temido por todos los indios, que le persiguen años y años para arrancarle su hermosa cabellera.

—¡Es un hombre admirable!—dijo Blunt con entusiasmo—. ¡Sería para mí una dicha hacer mis armas a su lado!

—No podría usted encontrar mejor maestro; se lo aseguro—dijo Annia.

—Cuéntenos usted, pues, alguna cosa de ese hombre extraordinario—exclamó Blunt.

En el momento de comenzar Harris se oyó a la máquina del primer tren, e inmediatamente a la del segundo, que seguía a tres o cuatrocientos pasos de distancia, lanzar silbidos de alarma.

Gritos espantosos y tiros de fusil resonaron inmediatamente en la pradera.

—¿Qué pasa?—preguntó el ingeniero, precipitándose a la plataforma—. ¡Salteadores! ¡Vienen al galope! ¡Lo sospechaba!

Unos trescientos indios habían salido de un bosquecillo de árboles de algodón y galopaban desesperadamente hacia los dos trenes, haciendo disparos y lanzando gritos feroces.

El ingeniero hizo entrar a Annia en el vagón en el momento en que una bala rompía un cristal de la portezuela vecina.

—¡Blunt! ¡Las carabinas!—gritó.

El tren aceleró su marcha. El maquinista había abierto, sin duda, todo el regulador para huir de aquella granizada de proyectiles.

Los viajeros de los dos trenes habían contestado a la agresión con sus carabinas y revólveres, desmontando a más de un guerrero y matando algunos caballos; sin embargo, los indios no se detuvieron.

No obstante, era locura tratar de alcanzar a las dos locomotoras, que habían aumentado su velocidad a cien kilómetros por hora.

Durante algunos minutos desfilaron en furiosa carrera por el flanco de los dos trenes, siempre gritando y haciendo fuego; luego fueron quedándose atrás, a pesar de los desesperados esfuerzos que obligaban a hacer a sus caballos.

—Si los bisontes hubieran tardado algunas horas más en despejar la línea, estábamos perdidos—dijo Harris, acabando de descargar por última vez su carabina y derribando de la silla a uno de los per-

seguidores, que montaba un soberbio caballo blanco—. Les ha faltado tiempo para cortar la vía. El año pasado detuvieron y saquearon un tren, y degollaron y arrancaron la cabellera a todo el personal. He tenido ocasión de ver a uno de aquellos desgraciados, que se libró milagrosamente de la muerte, sobreviviendo a la mutilación. Cuando le vi se hallaba en el hospital de Prescott, aun en tratamiento.

—¿Y le habían arrancado la piel de la cabeza? —preguntó Blunt, haciendo un gesto de horror.

—Por completo—repuso Harris—. Además, tenía una lanzada en un hombro, y precisamente a aquella herida debió su salvación. El dolor fué tan terrible, que aquel desgraciado perdió el conocimiento. Creyéndole muerto, los indios le arrancaron la piel del cráneo y no volvieron a cuidarse de él.

—¿De modo que se puede vivir después de haber sufrido tan atroz tortura? ¡No lo hubiera creído!

—Es una mutilación más dolorosa que de peligro—repuso el ingeniero—, y las personas que la sufren curan bastante bien. Sólo de vez en cuando experimentan violentos dolores de cabeza.

—¿Y no vuelve a crecer el pelo?

—El cráneo queda para siempre depilado.

—¿Y saquearon el tren?—preguntó Annia.

—Se llevaron cuanto contenía; y como en los vagones iba una gran partida de piezas de seda destinadas a un negociante de San Francisco, aquellos bandidos las ataron a la cola de sus caballos y partieron a escape, arrastrando, a guisa de trofeos, aquellas largas tiras de tejidos de mil colores.

—¡Son terribles esos indios!

—¡Tenga usted cuidado, querido Blunt, si quiere conservar su cabellera, porque no les disgustaría adquirir una melena rubia como la de usted!

—dijo riendo el ingeniero.

CAPITULO XIII

CAMINO DEL "GRAN CAÑON"

AL mediodía se detuvo el tren en la estación de Kingman para abastecerse de agua y de carbón y dejar el paso al tren especial, que tenía derecho de preferencia.

Kingman no era entonces más que una pequeña estación, como todas las demás de la línea del Arizona, circundada por unas cuantas casuchas; comenzaba, sin embargo, a ser un centro importante merced al reciente descubrimiento de riquísimos yacimientos de petróleo.

Gran parte de los mineros que ocupaban el tren iban a aquel sitio, en el cual se hacía sentir la falta de brazos.

En una inmediata llanura arenosa, en la cual no crecía ni una brizna de hierba, se alzaban ya una docena de pirámides, formadas con grandes palos

de unos quince metros de alto, con una barra de acero en medio.

Alrededor de aquellos andamiajes, varios hombres tiraban de las cuerdas, que después soltaban de golpe, dejando caer el taladro, que se alzaba y descendía violentamente, produciendo intenso fragor.

Como el tren tenía que detenerse un par de horas, Harris, Blunt y Annia las aprovecharon para visitar el terreno petrolífero, donde ya había grandes depósitos llenos de nafta, que exhalaban insoportable hedor.

—¡Esto es una riqueza inmensa!—dijo Harris—. ¡Quién sabe cuánto petróleo se esconde bajo este suelo! El hombre que haya adquirido estos terrenos se hará, indudablemente, millonario.

—Señor Harris—dijo Blunt—, ¿para qué sirven estos castillos de madera? ¡En mi vida he visto una mina de petróleo!

—Pues sirven para taladrar el suelo—repuso el ingeniero—. Sin esos *derrick*, que es como se llaman esas ligeras construcciones, se tardaría mucho tiempo en encontrar el petróleo, y, además, los mineros se expondrían a gravísimos peligros.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto encuentra salida el petróleo brota violentamente, lanzando primero la arena que lo cubre y después el agua salada que de ordinario le acompaña, y hasta los gases, que no son nada buenos para respirar.

—Y aquel taladro que aquellos hombres manejan, ¿está hueco?

—Sí—repuso el ingeniero—. En cuanto el taladro llega a la cavidad donde el petróleo se oculta, los gases, la arena y el agua salada surgen violentamente a través del taladro, y luego sale la nafta, que, una vez depurada, se convertirá en petróleo.

—¿Y sale en gran cantidad?

—Según. Hay pozos, especialmente en Pensilvania, que dan hasta mil quinientos litros de nafta al día. Ha habido casos en que el petróleo brotó en cantidad tan prodigiosa, que produjo verdaderas inundaciones, obligando a los trabajadores a levantar diques para que no se perdiera. Aquí la producción aun no es abundante; pero puede serlo de un momento a otro, y asegurar al propietario de estos terrenos enormes riquezas.

—¿Y hace mucho que se explotan los terrenos petrolíferos?—preguntó Annia.

—La primera mina de petróleo se abrió en 1859 por la Sociedad de Pensilvania, y con el empleo del *derrick* produjo, desde luego, resultados maravillosos, puesto que dió desde el primer momento más de ciento cincuenta barriles de nafta al día. En aquella época se hicieron fortunas inmensas, que los propietarios devoraron con la misma rapidez con que las habían adquirido. He conocido a uno de aquellos reyes del petróleo reducido a vivir de la caridad, después de haber despilfarrado millones.

—¿De petróleo?—dijo Blunt, riendo.

—Y también de dólares—agregó el ingeniero—. El *derrick* ha hecho la fortuna de muchas personas.

—¿No se extraía antes de esa manera?—preguntó Annia.

—No; se empleaba un procedimiento muy extraño, que daba resultados poco lisonjeros y a costa de grandísimos trabajos. Figúrense ustedes que se hacían pozos ordinarios y que para recoger la nafta usaban mantas de lana.

—¿Y qué hacían con esas mantas?—preguntó el escritor.

—Las dejaban empaparse en petróleo y después las retorcían, recogiendo el líquido así obtenido.

—Seguramente no lo emplearían entonces para el alumbrado.

—No; lo usaban los indios para curar ciertas enfermedades y para mantener el fuego sagrado en la tienda dedicada al Gran Espíritu.

—Entonces, ¿los indios conocieron el petróleo antes que los yanquis?

—Muchísimos años antes que los de Pensilvania pensaran en explotar los incalculables tesoros escondidos en el seno de la tierra. Annia, oigo el silbido de aviso de nuestro tren. Volvamos a la estación a ocupar nuestros asientos. Mañana por la tarde llegaremos a Peach-Spring, y tomaremos la diligencia que va al *Gran Cañón*. Hay que confiar en que esté libre el camino.

—¿Por qué dice usted eso?—preguntó Blunt.

—Porque con mucha frecuencia impiden el tránsito las correrías de los apaches o de los navajos. Esos diablos son los dueños del territorio y desafían a los voluntarios americanos con increíble audacia, saqueando el país.

—¿Y no pone remedio el Gobierno?

—De vez en cuando trata de reducirlos a la obediencia, y pierde algunos hombres sin lograr un triunfo decisivo. Cuando los apaches y sus aliados se encuentran en situación difícil bajan al *Gran Cañón* y se refugian en las cavernas de los antiguos indios, de donde es imposible desalojarlos. Cuando llegemos se sorprenderá usted al ver el inmenso cauce abierto por el río Colorado.

—¿Y es allí donde se esconde el miserable que tiene secuestrado al padre de miss Annia?

—Allí debe de ser—repuso Harris.

—¡Le mataremos! ¿Verdad, señor Harris?

—Haremos lo posible para meterle una bala en la cabeza.

En aquel momento llegaban a la estación, y el tren había lanzado ya su tercer silbido de aviso.

La *Soberana del Campo de Oro*, el ingeniero y el escritor subieron a su departamento, y poco después el tren continuaba su carrera hacia Hualapai, que era la estación más próxima.

El ingeniero había observado que en el último vagón, y hasta en la máquina y en el ténder, habían subido varios voluntarios de la frontera, gente destinada a combatir con los indios independientes.

Para no impresionar a miss Annia se había guardado mucho de prevenirla. La joven, sin embargo, había advertido el hecho.

—Señor Harris—le dijo cuando se acomodaron en su coche—, parece que hay malas novedades.

—¿Por qué, Annia?

—Porque llevamos soldados en el tren.

—Será algún cambio de guarnición.

—¡Hum!—dijo la joven, moviendo la cabeza—. ¡Son demasiado buenos jinetes para necesitar del ferrocarril! Conozco sus costumbres, porque he nacido en estas regiones, y si nos acompañan es porque la vía está amenazada.

—Tal vez se equivoque usted, Annia.

—¡Lo dudo!

En aquel momento uno de los empleados del tren se presentó en la plataforma, pidiendo permiso para entrar, y Blunt se apresuró a abrir la portezuela.

—Señores—dijo—, ¿tienen armas?

—No carecemos de carabinas ni de revólveres —repuso el escritor—: somos hombres que sabemos manejarlos.

—La Administración les ofrece armas para el caso de que no las tengan ustedes.

—¿Qué ocurre?—preguntó Annia.

—Los apaches y los navajoes están en guerra con nosotros. El jefe Victoria está decidido a exterminar a todos los hombres blancos que habitan en la región.

—¿Há declarado Victoria la guerra?—exclamó Harris.

—Y se encuentra en el *Gran Cañón*, a la cabeza de seiscientos guerreros.

—Entonces, la línea no está amenazada—dijo Annia.

—Son los navajoes los que se dedican al pillaje en la pradera—repuso el empleado—. Ayer a poco

capturan un tren que venía de Prescott, y han muerto al maquinista de un tiro en la cabeza. De modo, señores, que estén alerta—agregó, saliendo.

—¡Victoria en armas!—dijo Harris, cuando quedaron solos—. No esperaba tal noticia, que seguramente dificultará nuestra misión, querida Annia. Verdad es que el *Gran Cañón* es vastísimo y acaso no los encontremos.

—¿Y mi padre?—exclamó Annia, suspirando—. ¿Qué sería de él si cayese en manos de los indios?

—Los bandidos que le tienen prisionero no serán tan necios que se lo dejen arrebatarse. ¡No tema usted por él, Annia! Lugares de refugio no faltan en el *Gran Cañón*, donde hay cavernas inmensas, verdaderos pueblos subterráneos casi inaccesibles, habitados por indios trogloditas.

—¿Lograremos encontrar a esos bandidos?—preguntó el escritor.

—Will Rock no será desconocido en el *Gran Cañón*, y sabremos fácilmente, por los mineros, dónde se oculta—repuso Harris.

—Como caiga en nuestras manos, no le perdonaremos; ¿verdad, señor Harris?

—¡Le fusilaremos como a un perro rabioso! Por ahora no perdamos de vista a los navajoes, que de un momento a otro pueden aparecer.

—¡Voy a ponerme de centinela en la plataforma con la carabina!—dijo Blunt saliendo—. ¡Al primer salvaje que vea le saludaré con una bala!

El tren corría por el centro de una vasta llanura cubierta de hierba, en la cual de vez en cuando

surgía algún bosquecillo de salvia o de laurel o algunos aislados árboles de algodón.

No había *ranchos*, porque los grandes propietarios no se atrevían a construirlos en aquellos lugares, a causa de las frecuentes correrías de los indios y de la mucha distancia a que se encontraban los fuertes.

Sin embargo, no faltaba el ganado. De vez en cuando aparecían inmensos rebaños de caballos y de bueyes escoltados por vaqueros y *cow-boys* armados hasta los dientes, y que se dirigían hacia las regiones del sur.

Seguramente aquellos animales procedían de las praderas inmediatas al *Gran Cañón*, y eran conducidos a los pueblos o a los fuertes para impedir que cayeran en poder de los pieles rojas.

Por la noche el tren, que había marchado lentamente por temor a que los indios hubieran levantado algunos raíles, llegó a Truscton, un pueblecillo perdido en aquella inmensa llanura.

La pequeña estación estaba custodiada por media compañía de voluntarios de la frontera que habían ido la tarde anterior de Peach-Spring con objeto de ponerla a cubierto de un ataque por parte de los navajoes, los cuales se habían presentado muy cerca de la línea, y parecían dispuestos a asaltar los trenes.

—Señores—dijo uno de los empleados penetrando en el departamento de Harris—, no se prosigue el camino por esta noche.

—¿Nos detenemos aquí?—preguntó el ingeniero.

—Hasta mañana por la mañana. La línea no está segura.

—¿Han aparecido los navajoes?—preguntó Annia.

—Sus exploradores han sido vistos a quince millas de aquí, y se teme que hayan cortado la línea.

—¿Encontraremos en Peach-Spring la diligencia que va al *Gran Cañón*—dijo Harris.

—No estoy seguro, señor—repuso el empleado—. Lo qué sé es que la que salió el otro día ha tenido que volver más que aprisa a Peach-Spring, porque fué atacada por los indios.

—¡El asunto se pone serio!—dijo Blunt—. ¿Cómo llegaremos al *Gran Cañón* si las diligencias no prestan servicio?

—¿Sabe usted montar?—le preguntó Annia.

—Como un *cow-boy*, miss—repuso Blunt—. Cuando lograba ahorrar algunos dólares de mi exiguo sueldo, me apresuraba a alquilar un caballo para ir a San Bruno.

—Pues bien, señor Blunt; si las diligencias no corren, galoparemos en nuestros caballos. En Peach-Spring encontraremos centenares de ellos, algunos bonísimos; ¿es verdad, señor Harris?

—No tendremos más que escoger—dijo el ingeniero, mirándola con profunda admiración—. Vamos a buscar un albergue para pasar la noche, ya que no podemos salir de aquí.

Se apearon del tren, y no les fué difícil encontrar una posada de bastante buen aspecto, donde les alquilaron dos habitaciones.

A las seis de la mañana siguiente continuó el

tren su marchá con sólo cuatro vagones, uno de los cuales estaba ocupado por una quincena de militares, porque durante la noche se había sabido que varios jinetes indios habían aparecido a lo largo de la línea.

Lo mismo que el día anterior, la máquina marchaba a media velocidad, siempre con el temor de que los indios hubieran levantado en algún punto los raíles.

Ya los viajeros habían dejado la estación hacía algunas horas, cuando de detrás de un bosquecillo salieron a media brida media docena de jinetes con la cabeza adornada de plumas.

Eran exploradores navajoes, aliados de los apaches, pero, por su escaso número, no constituían un verdadero peligro.

A los primeros disparos de los soldados, que ocupaban el último vagón, se les vió dar una rapidísima media vuelta y refugiarse nuevamente dentro del bosquecillo.

—¡No creí que estuviesen tan próximos?—dijo Harris al escritor, que había saludado la aparición de los rojos guerreros con un disparo de carabina, sin resultado alguno—. Dudo mucho que la diligencia del *Gran Cañón* funcione todavía.

—¿De modo que tomaremos caballos?—preguntó Blunt.

—Sí; pero no quiero ocultarle mis temores. Somos muy pocos para afrontar semejantes peligros, y estamos obligados a reclutar un grupo de hombres resueltos, si no queremos que nuestra expedición acabe mal en sus comienzos.

—¿Los encontraremos?

—Conozco un viejo coronel que me ayudará a formar una pequeña tropa. Hasta tal vez pueda obtener para nosotros algún pelotón de soldados y una diligencia. La preferiría a los caballos, para no exponer a Annia a los tiros de los salvajes. Hoy, aunque los apaches y los navajoes tienen armas de fuego y las utilizan con habilidad, siempre es preferible la diligencia.

—¿Cuándo llegaremos a Peach-Spring?

—Dentro de un par de horas.

—¿Continúa la línea?

—Sí; pero prosigue hacia Nuevo Méjico.

A mediodía el tren, que había acelerado un poco su marcha, llegaba sin otros incidentes a la estación de Peach-Spring, de donde arranca el camino que conduce al *Gran Cañón*.

Reinaba en el pueblo animación vivísima. Enormes rebaños de caballos, de bueyes y de carneros pastaban en los prados inmediatos, y gran número de furgones obstruían las calles.

Mucha gente de la allí reunida procedía de las regiones del *Gran Cañón*, que habían abandonado para no caer bajo las lanzas y los machetes de los pieles rojas.

Harris mandó bajar los equipajes, y se hizo guiar a una posada para que reposará Annia algunos días antes de emprender el peligroso viaje.

Las primeras noticias recibidas por conducto del hostelero, no eran muy lisonjeras. Desde hacía dos días no salían las diligencias, y el tren que había partido aquella mañana había sido detenido

y atacado cerca de Yampai; todo el *Gran Cañón* ardía en guerra, y casi todos los mineros habían huído de allí, por temor a las correrías de los apaches. Hasta el fortín de Ashera había sido asaltado por una horda de navajoes, y la guarnición corrió grave peligro de ser pasada a cuchillo por aquellos feroces guerreros.

El gran jefe Victoria era dueño del *Gran Cañón*, y su gente ocupaba ya las dos orillas del Colorado, destacando exploradores hasta el Marble Cañón.

—¿Y qué vamos a hacer, señor Harris?—preguntó Annia, mirando con ansiedad al joven, que parecía muy preocupado por aquellas noticias—. ¿Quiere usted que esperemos a que los indios se retiren a sus desiertos?

—Cuando los indios se levantan en guerra no se retirarán hasta que, a su vez, son perseguidos por un enemigo más poderoso que ellos—repuso Harris—. El Gobierno de la Unión adoptará, de seguro, algunas precauciones y mandará tropas para batir a esos bandidos. Pero, ¿cuándo llegarán esos refuerzos? Tendremos que aguardar muchas semanas, y, entretanto, ¿quién sabe lo que le podría suceder a su padre! No, Annia; tenemos que partir.

—¡Y sin perder tiempo!—añadió Blunt con viveza—. ¡No somos miedosos, qué diantre!

—¡Gracias, valerosos amigos!—exclamó Annia con voz conmovida y estrechando las manos de sus compañeros.

—Almorcemos, y después Blunt y yo iremos a buscar a mi amigo el coronel, para que él decida

al conductor de la diligencia a llevarnos hasta el *Gran Cañón*.

—¿Quién es ese coronel?—preguntó Annia.

—El señor Pelton.

—¿Aquel cuya esposa fué durante tanto tiempo prisionera de los apaches?—dijo Annia.

—¿Le conoce usted?

—He oído hablar mucho de él, y conozco su dolorosa historia.

—Pues yo no—dijo Blunt.

—¡Se la contaré en el camino, eterno curioso!

—dijo Harris riendo.

CAPITULO XIV

EL CORONEL PELTON

TERMINADO el almuerzo, Harris y el escritor salieron de la posada, resueltos a formar una pequeña tropa que los escoltase hasta el *Gran Cañón* en el caso de que no pudieran conseguir que los llevase una diligencia.

—¿Dónde vive ese coronel?—preguntó el escritor.

—En un pequeño edificio que se levanta junto a la estación—repuso Harris—. Se ha retirado hace ya muchos años, y sólo cuida de su desventurada esposa.

—¿Y por qué es desventurada?—preguntó Blunt.

—Es ciega. Los apaches le quemaron los ojos. Me parece imposible que no haya usted oído hablar del señor Pelton, uno de los más terribles adversarios que han tenido los indios.

—No conozco esa historia.

—Verdad es que se remonta a 1844 — dijo Harris—. En aquel tiempo el señor Pelton era un simple voluntario del ejército de la Unión, y hasta más tarde, después de la guerra con Méjico, no fué ascendido a coronel por las grandes pruebas de valor que dió en los campos de batalla. Estaba enamorado de una linda mejicana, la señora Albequin, dueña de una hacienda situada junto al fuerte Macrae, a poca distancia de la frontera, y hacía dos años que la había hecho su esposa. Pocos meses después la feliz pareja decidió ir a las fuentes calientes, que apenas distaban seis millas del fuerte, para escoger terrenos que se proponían adquirir. Iban acompañados por la madre de la esposa y una sección de veinte soldados. La expedición se realizó sin ningún mal encuentro, por lo cual, completamente tranquilos, aprovecharon la proximidad de las fuentes termales para tomar un baño. De pronto, silbó una flecha muy cerca de sus oídos, seguida inmediatamente por otras muchas, y después una horda de apaches apareció entre las rocas, precipitándose furiosamente sobre los que se bañaban. Varios soldados cayeron heridos; otros, espantados, se dieron a precipitada fuga, porque no habían tenido tiempo de utilizar sus armas. La señora Albequin y su madre también habían sido heridas, y sólo el coronel había escapado milagrosamente ileso de aquella lluvia de dardos. Como era tan valeroso, atravesó rápidamente el remanso donde se bañaba y pudo apoderarse de su fusil. Durante algunos minutos aquel valiente contuvo a los

indios disparando sin tregua y matando a algunos, entre ellos al jefe de la horda; luego, herido varias veces a machetazos, tuvo que retroceder, viéndose obligado a lanzarse de nuevo al agua para escapar de una muerte cierta. Los apaches, temiendo que acudieran otros soldados, se retiraron en seguida, por lo cual el coronel, poco tiempo después, pudo dejar las rocas de la opuesta orilla, donde se había refugiado, y volver al sitio de la lucha. Su esposa, a la que había visto caer atravesada por varias flechas, había desaparecido; su madre y los soldados que habían quedado en el campo de batalla habían sido rematados a machetazos y después despojados de su cabellera.

—¡Miserables!—exclamó Blunt—. ¡Esos apaches son, por lo visto, peores que tigres!

—¡Son los más crueles de toda la América septentrional!—repuso Harris—. Ya se lo dije a usted.

—¡Continúe usted, señor Harris!

—Aunque gravemente herido, al cabo de dos horas de fatigas sin cuento, Pelton logró llegar al fuerte de Macrae. Allí, a fuerza de cuidados incesantes por parte de los médicos militares, pudieron cicatrizar sus heridas en plazo relativamente breve; pero su vida era infelicitísima, sin amor y sin esperanza, y siempre perseguido por el horrible recuerdo de su joven y bellísima esposa, yacente a sus pies, y atravesada por las flechas de los indios. Desde aquel día se hizo cada vez más firme en el ánimo del coronel el sentimiento de venganza; tanto, que llegó a no tener otro pensamiento y a creer que tenía una misión

sagrada recibida del cielo para librar a la tierra de aquellas fieras sanguinarias. Desde aquel momento se dedicó al exterminio de los pieles rojas. Como era rico, se proveyó de las armas más perfeccionadas y más mortíferas, formó una tropa de hombres audaces como él y comenzó una terrible guerra, poniéndose a la cabeza de todos en cuantas expediciones se dirigieron contra los matadores de su mujer.

—Me ha dicho usted, sin embargo, que todavía vive—dijo Blunt.

—¡Tenga usted paciencia, amigo! Ahora viene la parte más interesante de esta historia—repuso Harris—. En cuanto Pelton sabía que cualquier tribu estaba en guerra con los apaches, que son siempre feroces hasta con los de su raza, acudía con sus hombres a tomar el mando de los enemigos de aquéllos. Como la vida no tenía ya ningún atractivo para aquel valiente, la exponía de un modo temerario, y, sin embargo, siempre volvía incólume de aquellas expediciones. Un día, al cabo de diez años, transcurridos siempre combatiendo, como hubiese podido reunir hasta medio centenar de esos terribles aventureros que sólo se encuentran en las fronteras americanas, se decidió a atacar a sus enemigos en sus propios campamentos. Los apaches no habían creído hasta entonces que hubiera un hombre tan temerario que se atreviese a penetrar en sus desiertos y en sus casi inaccesibles montañas sin ir acompañado de una formidable escolta; y por eso cuando el coronel cayó de improviso sobre su campamento,

los salvajes huyeron casi sin oponer resistencia, abandonando sus mujeres y sus hijos a las iras del vencedor. El degüello había comenzado cuando el coronel vió salir de una *wigwan* a una mujer blanca, que gritaba: "¡Hombres de mi raza, respetad a las mujeres y á los niños!" Apenas acabó de pronunciar aquellas palabras, cuando cayó desvanecida a los pies de Pelton. Cuando se logró que volviera en sí pudo advertirse que aquella infeliz estaba ciega.

—¡Su esposa!—exclamó Blunt.

—¡Espere usted un poco, curioso impenitente! El coronel le preguntó cómo se hallaba entre aquellas fieras humanas y si tenía parientes. "Hace diez años que me encuentro aquí—repuso la mujer—. Ruego a usted que tenga la caridad de llevarme consigo y conducirme junto a mi esposo, si es que vive todavía." "¿Quién es su esposo?" "El comandante del fuerte de Macrae." Lo que sucedió pueden ustedes imaginárselo. La pobre mujer, á quien los apaches habían cegado para impedir que huyera, fué llevada a caballo y la banda se alejó de aquel maldito país, renunciando a continuar la expedición. Hoy el coronel está convertido en un pacífico ganadero, y sólo se ocupa en la felicidad de su desgraciada consorte.

—¡Qué lástima no haber nacido veinte años antes para haber formado parte de su banda!—dijo Blunt—. ¡Por mi parte no hubiera perdonado a ninguna de aquellas fieras!

—Aquí está la estación—dijo en aquel momento el ingeniero—, y un poco más allá, la residencia del

coronel. Espéreme usted aquí. Hay un *bar*, donde podrá usted aguardarme bebiendo un vaso de cerveza. Mi coloquio con el coronel no durará mucho, y confío en que con su apoyo tendremos esta tarde una diligencia a nuestra disposición.

—Le espero a usted en el *bar*, señor Harris—repuso el escritor.

Apenas se había separado éste de su compañero, dirigiéndose hacia el cafetín, cuando se encontró de improviso frente a dos hombres que vestían el pintoresco traje de los vaqueros mejicanos, y que parecían ebrios.

Uno de los dos, fuera que hubiese perdido realmente el equilibrio en aquel momento, o que tratara de cometer alguna fechoría, tropezó tan rudamente con el joven, que le obligó a dar contra las paredes de la estación.

—¡*Woa wangh!*—gritó el vaquero, recobrando inmediatamente el equilibrio—. ¡He bebido mucho esta mañana!

—¡A mí, villano!—exclamó Blunt, metiéndose la mano en el bolsillo—. ¡Eres un bandido!

—¡Cuernos de Satanás! ¡Llamarme a mí bandido!—gruñó el vaquero en tono amenazador—. ¡Cierra el pico, mozo desgarnado!

—¡Derríbale de un porrazo, Montero!—dijo su compañero.

Blunt había oído hablar en otras ocasiones de la brutal acometida de aquellos pastores; pero no era hombre capaz de intimidarse ni de soportar tranquilamente una insolencia.

Con sus largas piernas propinó a los dos hom-

bres dos poderosos puntapiés, y luego, sacando rápidamente el revólver, puso el cañón en la frente al más próximo, diciéndole:

—¡Si te mueves, voy a alojar un buen pedazo de plomo en tu cerebro de bisonte!

Los dos vaqueros hicieron ademán de sacar los machetes que llevaban al cinto; pero viendo que Blunt estaba resuelto a hacer fuego, se alejaron, lanzando maldiciones.

Iban a doblar el ángulo de la estación cuando el escritor, con profunda sorpresa, oyó a uno de ellos en voz bastante alta:

—¡Ya le encontraremos en el *Gran Cañón*, y él y el ingeniero tendrán que hacer con nosotros!

—¿Quiénes son esos dos canallas y cómo saben que acompaño al señor Harris?—se preguntó el bravo joven, muy preocupado por lo que acababa de oír—. ¿Tendrá el ingeniero aquí enemigos? Esto es un misterio que querría poner en claro antes de salir de esta población.

Entró en el *bar* muy pensativo, se sentó en un rincón e hizo que le sirvieran cerveza.

Tan preocupado estaba, que no advirtió que dos negros que estaban apurando una botella en una mesa próxima se levantaron precipitadamente en cuanto él penetró, tiraron sobre la mesa un dólar y salieron del establecimiento.

Encendió Blunt un cigarro y quedó sumergido en sus cavilaciones, interrogando a su memoria una y otra vez, con la esperanza de recordar dónde había podido encontrarse con aquellos dos vaqueros misteriosos.

Hacia cerca de una hora que se hallaba allí, cuando vió, por último, entrar al ingeniero en compañía de un viejo de alta estatura, de aspecto militar y con larga barba blanca, que apenas cubría una extensa cicatriz que le cruzaba el rostro.

—El coronel Pelton—dijo Harris, presentando a su acompañante—. Tenemos buenas esperanzas de poder partir esta noche.

—Señor Harris—dijo el escritor, después de haber estrechado la mano del viejo—, permítame usted ante todo que le dirija una pregunta.

—Hable usted, amigo.

—¿Conoce usted a alguien entre los vaqueros?

—Me parece que no. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Porque hay aquí algunas personas que saben que vamos al *Gran Cañón*.

—¡Imposible!— exclamó el ingeniero—. Hasta ahora no hemos hablado con nadie de nuestro proyecto.

El escritor le contó en pocas palabras lo que le había sucedido una hora antes, sin omitir las palabras que había oído.

—¡Vaqueros!— exclamó Harris, pasándose la mano por la frente—. ¡En mi vida he tenido relación alguna con semejantes personas!

—Señor Harris, ¿no tendrá en esto nada que ver el *Rey de los Cangrejos*?

El ingeniero dió un salto.

—¡Todavía ese bandido!

—¿Pues no ha tratado de asaltar el tren?

—¿Y cómo ha podido alcanzarnos? Siempre he-

mós caminado por ferrocarril, y los salteadores que nos acometieron sólo disponían de caballos.

El escritor permaneció silencioso durante algunos minutos.

—¡Ventre de foca! — exclamó luego —. ¡Eran ellos! ¡Estoy seguro!

—Explíquese usted, Blunt.

—¿Se acuerda usted de aquel tren especial?

—¿El que nos alcanzó durante la emigración de los bisontes y pasó antes de nosotros en Kramer, según me parece recordar? ¿Irían en él esos miserables? ¡Será preciso que mate a ese maldito negro! Coronel, ¿se ha detenido aquí un tren especial?

—He oído hablar de ello—repuso el señor Pelton—. Llegó ayer mañana, si no me engaño, y no ha vuelto a salir.

—¿Quién lo ocupaba?

—Lo ignoro; pero me será fácil saberlo. El jefe de la estación es amigo mío, y no tendrá inconveniente en decírmelo. Espérenme ustedes aquí, señores; dentro de pocos minutos estaré de vuelta, e iremos en busca de Koltar.

—¿Quién es ese señor?

—El más valeroso conductor de diligencias, el único capaz de llevar a ustedes al *Gran Cañón*. Creo que, pagándole bien, no se negará a conducirlos.

Vació el coronel un vaso de cerveza y salió, apoyándose en su bastón.

—Señor Harris—dijo Blunt, cuando quedaron solos—, ¿no habremos cometido una imprudencia dejando sola a miss Annia en la posada?

—Esos bandidos no se atreverán a nada en pleno día y en una población custodiada militarmente. La ley de Lynch infunde miedo a todos, porque saben que aquí no se andan en bromas.

—Sin embargo, no estoy tranquilo, y quisiera irme para velar por la joven.

—¡Gracias, amigo! Esperemos antes al coronel.

Un cuarto de hora después volvía el señor Pelton. Por las profundas arrugas que surcaban su frente conoció el ingeniero que no debía de tener buenas noticias que comunicarles.

—El tren especial ha terminado su viaje aquí, y había sido pedido telegráficamente al depósito de Needles por la cantidad de mil quinientos dólares.

—¿Quién lo pidió?—preguntaron a un tiempo Blunt y Harris.

—Quince viajeros que se reunieron en Yucca.

—¿Había negros entre ellos?—preguntó el ingeniero.

—El jefe de estación me ha dicho que vió aparecerse tres o cuatro.

—¡Son ellos!—exclamó el escritor.

—¿Se han detenido aquí?—interrogó Harris.

—Me parece que no. Llevaban sus caballos en el tren, y en cuanto llegaron se alejaron rápidamente. Se cree que han partido hacia el norte.

—Sin embargo, los dos que han tratado de atacarme deben de formar parte de esa banda—dijo Blunt.

—Puede suceder que hayan dejado aquí algunos para vigilar nuestra llegada—repuso Harris.

—Os dejo, señores. Voy a velar por miss Annia.

—Pues si le salen al encuentro esos dos negros, no vacile usted un momento en recibirlos a tiros, mi querido Blunt.

—Les saltaré la tapa de los sesos, señor Harris.

—Y nosotros vamos ahora mismo a arreglar el asunto de la diligencia—dijo el coronel—. Koltar vive cerca de aquí, y le encontraremos en casa.

Mientras el escritor se dirigía hacia la posada, el ingeniero y el anciano coronel se marcharon por una calle lateral, abriéndose paso trabajosamente por entre un grupo de caballos que parecían llegados hacia poco de la pradera, y que muchos *cow-boys* se esforzaban en mantener alineados, gritando, maldiciendo y apaleándolos sin compasión.

Después de haber recorrido unos cincuenta pasos, el coronel hizo entrar a su joven amigo en un soportal, donde varios hombres estaban herrando a varios espléndidos caballos de pradera, de hermosa lámina.

Bajo la marquesina, un hombre de talla gigantesca, tez morena, barba negrísima y ojos relampagueantes, que llevaba a la cabeza una especie de birrete de piel de castor, cuyos largos pelos le caían sobre la espalda, estaba devorando un enorme trozo de carne casi cruda, con una salsa que exhalaba extraño perfume.

Viendo aparecer al coronel, dejó la carne sobre una silla que le servía de mesa y se levantó, saludándole.

—¿Qué viento le trae a usted, señor Pelton?
—preguntó.

—Un viento peligroso, amigo Koltar—repuso el coronel.

El gigante le miró en silencio, aguardando a que se explicase.

—Hay personas que tienen necesidad de usted, y que pagarán espléndidamente. Usted no tiene miedo a los indios; ¿no es verdad, Koltar?

—¡Rayo de Dios! ¡No lo he tenido nunca!—repuso el gigante—. Somos antiguos amigos, o, mejor dicho, antiguos enemigos, y saben perfectamente lo que pesan mis puños.

—¿Querría usted conducir a esas personas hasta el *Gran Cañón*?

Al oír el conductor aquellas palabras arrugó la frente e hizo una mueca.

—Me propone usted una empresa muy difícil, señor Pelton. Ya sabe usted que los navajoes recorren la pradera, y no me dejarán tranquilo.

—Le ofrezco a usted doscientos dólares y, además, me obligo a pagarle los caballos en el caso de que los indios se los maten—dijo Harris.

—Se trata de exponer mi cabellera, señor, y los pieles-rojas se alegrarían mucho de arrancármela. ¿Cuántos son ustedes?

—Dos, con una joven; pero llevamos una escolta de seis soldados, que el señor Pelton se encarga de proporcionarnos.

—¡Animo, querido Koltar!—dijo el coronel—. De noche duermen los indios, y se puede hacer una buena caminata de aquí a mañana por la mañana.

—¿Y después?

—Esconderá usted la diligencia en algún bosque

y esperará la puesta del sol para continuar la marcha. Este es el momento de demostrar que no tiene usted miedo, aun cuando todos sabemos las proezas que ha realizado cuando guiaba la diligencia de Texas.

—El riesgo es grande, señor Pelton—dijo el gigante.

—Piénselo usted bien.

—¡Sea!—dijo de pronto el coloso—. Nueve hombres bien armados pueden hacer mucho. Engancharé mis mejores seis caballos y los haré correr como rayos.

—¿Cuándo partiremos?—preguntó Harris.

—Esta noche, a las ocho, todo estará dispuesto.

Harris desembolsó la mitad de la suma convenida y se marchó contentísimo, acompañado por el coronel.

Apenas se habían alejado un centenar de pasos cuando dos hombres que estaban escondidos en el portal de una casa vecina entraron en el patio del conductor de diligencias. Eran los dos vaqueros que habían tratado de atacar al escritor.

Debían de conocer al conductor, porque sin preguntar a nadie se dirigieron hacia la marquesina bajo la cual el gigante terminaba su almuerzo, regándolo copiosamente con enormes vasos de cerveza.

—Ha venido aquí hace poco—dijo uno de los dos, sin preámbulo—el ingeniero Harris. ¿Quiere usted decirme adónde tiene intención de ir?

El gigante levantó la cabeza y miró con poca benevolencia a los dos individuos.

—No conozco a ese señor—repuso secamente.

—Era el que iba acompañado por el viejo.

—¡Ah! ¿Y qué?

—Deseamos saber si se dirige al *Gran Cañón*—continuó el vaquero con voz que sonaba a amenaza.

—Ha alquilado una de mis diligencias; pero no sé adónde irá—repuso el coloso—. Me paga, y le sirvo.

—¿Y cuánto le paga?

—¡Eh, señores míos; me parece que son ustedes demasiado curiosos!

—Estamos dispuestos a ofrecerle el doble si no los lleva usted, o...

—¿O qué?

—O a volcar la diligencia en la pradera y a inutilizarla—dijo el vaquero.

Koltar se levantó con los ojos relampagueantes y mostrando sus puños enormes, que parecían machos de fragua.

—¿Por quién me tomas, canalla?—gritó, derribando la silla que le servía de mesa y preparándose a apabullar a los dos imprudentes con dos terribles puñetazos—. ¡Vete de aquí, granuja, o te mato! ¡Koltar es un hombre leal! ¡Fuera de aquí si no quieres que te haga pedazos!

Los dos vaqueros, espantados por el aspecto terrible del coloso, volvieron bruscamente la espalda y huyeron rápidamente.

Uno de ellos, sin embargo, antes de salir del patio, gritó con gesto amenazador:

—¡En la pradera te esperamos!

CAPITULO XV

A TRAVES DE LA PRADERA

HACÍA una hora que el sol se había puesto, cuando Harris, Annia, Blunt y el coronel, acompañados por seis voluntarios de la frontera, armados con carabinas y revólveres, entraban en el patio del conductor de diligencias.

En el centro de aquel patio, algunos mozos enganchaban seis vigorosos caballos a un enorme coche, una de las famosas diligencias que hacían el servicio de transporte entre los Estados del Este y los del Oeste antes de la construcción de la gran línea ferroviaria.

Erá un *stage*, una reliquia, de la famosa Compañía Wells y Fargo, que hasta 1867 había prestado grandes servicios llevando viajeros de las orillas del Atlántico a las del Pacífico, a pesar de la incesante hostilidad de los indios; un carruaje, en

suma, estilo Luis XIV, pintado de color rojo vivo, y suspendido por correas tendidas en el sentido de su longitud.

Lo mismo que los que habían hecho el servicio de los territorios del centro, tenía nueve asientos en el interior, tres delante, tres en medio y tres detrás, todos incómodos, especialmente los segundos, porque en ellos sólo se sostenían las personas por una simple tira transversal colocada a la altura de la espalda.

Tenía, además, otro sitio en la parte de atrás, capaz de contener otras dos personas, y la imperial, o sea la cubierta superior, para la escolta armada.

El conductor estaba ya en su puesto, con dos revólveres al cinto y una gruesa carabina en bandolera, y había hecho encender los dos faroles laterales.

—¡Dense prisa, señores!—dijo al ver al ingeniero y a sus acompañantes—. ¡Arriba los soldados, conmigo los otros, y dentro la señora! Se hace fuego mejor desde fuera que desde dentro.

—¿Son buenos los caballos, Koltar?—preguntó el coronel.

—Los mejores que tengo, y los he reconocido uno por uno. No sucederá nada si los indios nos dejan en paz, en lo cual, a decir verdad, no confío.

—La escolta está formada por hombres vigorosos.

—Ya lo veo—repuso el gigante—. ¿Llevan municiones en abundancia?

—Doscientos cartuchos cada uno.

—Entonces ya se puede resistir algún tiempo.

—Le recomiendo a usted los viajeros; son amigos míos.

—Haré lo posible por llevarlos incólumes al *Gran Cañón*, señor Pelton.

El coronel se aproximó a Harris, que en aquel momento había cerrado la portezuela de la diligencia, después de recomendar a Annia que tuviese preparadas sus armas, y le dijo:

—¡Buen viaje, amigo! Espero que llegará usted al *Gran Cañón*, porque he sabido hace un momento que Búffalo Bill bate la pradera con un destacamento de *cow-boys* para proteger a los conductores de ganado. Ya sabe usted cuánto vale ese hombre.

—¡Cómo! ¿Bill aquí? Hace dos días que le hemos visto cerca de Kingman.

—¿Qué son las distancias para ese diablo de hombre, que es capaz de estar galopando quince horas en un día sin detenerse? Probablemente, le encontrará usted, y les prestará muy buena ayuda si le dice usted que es amigo mío.

—¡Gracias, coronel! —repuso Harris—. Espero que pronto volveremos a vernos.

El *igo-ahead!* del conductor interrumpió su conversación. Harris subió rápidamente al lado del gigante, donde ya el escritor había ocupado su puesto al otro lado.

—¿Estáis todos listos? —preguntó Koltar, cogiendo las bridas y una fusta larguísima.

—Sí—contestaron todos.

—¿Están bien atados los equipajes?

—No se moverán—dijeron los soldados de la escolta.

—¡Adelante!

Los mozos soltaron a los seis caballos, que pafaban de impaciencia por devorar el espacio.

La pesada y monumental diligencia salió del patio haciendo un ruido horrible, atravesó a carrera desenfrenada el pueblo y la línea ferroviaria y se lanzó por la tenebrosa llanura, dirigiéndose hacia el septentrión.

El conductor, dotado de vigor extraordinario, guiaba a maravilla, llevando sujetos a los seis caballos con su puño de hierro.

Apenas se perdió de vista la luz de la estación, soltó la fusta para estar más pronto a manejar las armas.

Aun cuando no había luna ni alumbraban las estrellas, apagó de pronto los faroles, a fin de que los indios, que tal vez se encontraran en las praderas inmediatas al pueblo, no pudieran ver la diligencia y dar la voz de alarma.

Parecía que aquel hombre tenía ojos de gato, porque se mantenía en una línea absolutamente recta.

Dejó el camino trazado por las diligencias (por cierto bastante malo a causa de los profundos carriles), que era poco seguro en aquellos momentos, y lanzó a los caballos a través de las altas hierbas, animándolos con un silbido.

Un silencio profundo reinaba en la llanura. Las hierbas amortiguaban el ruido de las ruedas y el desenfrenado galope de los caballos.

Ninguna luz se veía en cualquier dirección que se mirase, signo evidente de que los fugitivos del *Gran Cañón* no se habían atrevido a acampar en aquellos contornos, para no ser sorprendidos por los navajoes.

Harris y Bluht, envueltos ambos en una capa mejicana para resguardarse del frío que durante la noche se hace sentir hasta en aquellas regiones, muy cálidas durante el día, y con la carabina entre las rodillas, fumaban en silencio excelentes cigarrros al lado del gigantesco mayoral.

De vez en cuando se levantaban para lanzar a lo lejos una mirada, creyendo ver sombras que atravesaban la llanura con fantástica rapidez.

La escolta, instalada entre los equipajes, que estaban dispuestos alrededor de la imperial, a fin de que sirvieran de baluarte, dormía bajo sus mantas de lana, teniendo al lado sus fusiles.

Eran seis jóvenes bien plantados que ya habían dado pruebas de su valor en la frontera mejicana.

Cien dólares que les había prometido Harris los habían decidido en el acto a escoltar la diligencia, con el consentimiento de su comandante. No era una paga despreciable para los que no ganaban más que diez al mes, arrojando continuos peligros y fatigas.

Ya la diligencia, que avanzaba con velocidad vertiginosa, había recorrido una docena de millas cuando a lo lejos se oyó un grito, que hizo estremecerse al mayoral y le arrancó una imprecación.

—¿Es una coyota?—preguntó Harris.

—Sí; un lobo de la pradera, para los que no ten-

gan los oídos tan acostumbrados como yo—dijo el gigante.

—¿Pues qué quiere usted que sea? También conozco yo a esos animales.

—¡Hum!—dijo el mayoral, cortando con los dientes un pedazo de cigarro y ocultándolo bajo la lengua.

—¿Sospecha usted algo?

—¡Les digo a ustedes que eso es una señal!

—¿De los navajoes?

—¡Sí, de esos malditos gusanos!

—¿Cree usted que nos han descubierto?

—Comienzo a sospecharlo.

De un furioso tirón paró en seco a los seis caballos y luego dijo:

—¡Silencio ahora, señores!

Subió sobre la caja del coche, escrutó atentamente el horizonte, y se puso a escuchar.

—¡Hum!—gruñó el gigante, moviendo la cabeza—. ¿Han notado ustedes, señores, que el segundo grito ha partido de nuestra izquierda, mientras el primero partió de la derecha?

—Las *coyotas* acostumbran llamarse para formar grupos numerosos y ponerse a la caza—repuso Harris.

—Lo sé; y, sin embargo, les digo a ustedes que son señales. ¡Adelante, corderitos; trotad de firme, o voy a daros cada latigazo que os arrancaré la piel!

Aflojó las bridas, lanzó un silbido, y la diligencia emprendió de nuevo su fantástica carrera, saltando sobre las desigualdades del terreno y los sur-

cos abiertos por los pesados furgones de los pastores.

—¿Qué hay, mayoral?—dijo uno de la escolta—. ¿Tenemos novedad?

—Llevad preparadas las armas y los cartuchos—repuso Koltar.

—Pero, ¿ves también de noche?

—Es posible.

—Harris—dijo en aquel momento Annia, que estaba instalada inmediatamente detrás del pescante—, ¿qué hay de nuevo, amigo mío?

—Por ahora, nada—repuso el ingeniero—. Parece, sin embargo, que los indios no están lejos. No tendrá usted miedo, ¿no es verdad?

—Estoy dispuesta a comenzar el fuego—repuso la joven con voz tranquila—. No tema usted por mí, amigo mío.

—Con nueve carabinas haremos prodigios—dijo Blunt—. Ametrallaremos espléndidamente a esos pillos; ya lo verá usted, Annia.

La diligencia avanzaba rápidamente. Los seis caballos, que parecían tener fuego en las venas y que debían de ser corredores incansables, no contenían su marcha, a pesar de haber recorrido ya una quincena de millas de un solo empuje.

Koltar trataba de refrenar su impulso, por temor a que se encontraran cansados en el momento de peligro.

—¡Despacio, corderitos!—repetía, dando fuertes tirones a las bridas—. ¡No es preciso cansarse de una vez!

A cosa de las once, como no se viera ningún ji-

nete ni se hubiera oído más el aullido de las *coyotas*, el gigante detuvo la diligencia para que los animales reposaran un poco.

A lo lejos se divisaba vagamente una masa oscura que cubría una vasta extensión de la pradera.

—¿Qué es aquello?—preguntó Harris.

—Un bosque—repuso Koltar.

—¿Vamos a atravesarlo?

—No, señor; pasaremos a su lado, y aun a bastante distancia. Si hay indios por estos contornos, de seguro que es allí donde están emboscados. Precisamente por eso dejo reposar a mis caballos, aun cuando sean tan vigorosos que puedan recorrer treinta millas sin detenerse.

—Se ve que los ha escogido usted con cuidado.

—¿No los hay iguales en toda la pradera! Comprenderán ustedes que es necesario llevar trotadores incansables para no dejarse la cabellera en manos de los pieles rojas. Más de una vez he debido la vida a las fuertes patas de mis caballos.

—¿Y si...?

—¡Silencio, señores!—dijo vivamente Koltar, poniéndose en pie y frunciendo el ceño.

A su derecha había oído un rumor que parecía producido por el lejano galope de un caballo; después, un aullido como el de una *coyota*.

—¡Otra vez!—exclamó el gigante—. ¡Ya hemos sido descubiertos, y apostaría mi pipa contra veinte dólares a que nos esperan a la orilla del bosque para acometernos!

—Pues nosotros estamos dispuestos a recibirlos—dijo Blunt.

—¡Go-ahead!—gritó Koltar.

Arrancaron los caballos a carrera moderada, contenidos por el conductor, y se dirigieron hacia delante para mantenerse separados de la floresta.

Pasaron diez minutos, al cabo de los cuales se oyó gritar a uno de los soldados:

—¡Mayoral, ten cuidado, que nos siguen!

—¿Quién?—preguntó vivamente el coloso.

—Supongo que los navajoes.

Koltar se puso en pie sobre el pescante, volviendo la cabeza atrás; y como era más alto que la plataforma, vió detrás de la diligencia algunas sombras que seguían a los caballos a distancia de ciento a ciento cincuenta metros.

—¡Ellos son!—dijo.

—¿Los indios?—preguntó Harris.

—Sí, señor; y galopan sobre nuestras huellas.

—¿Cuántos vienen?

—Me parece que, por ahora, no son más que cuatro.

—Tal vez sea la vanguardia de alguna partida importante. El grueso de ella lo tendremos enfrente dentro de poco.

—¿Comenzamos a hacer fuego?—preguntó Blunt.

—No; por el momento no hay que disparar. Hasta que nos ataquen, dejémoslos galopar a su gusto. Más tarde tendremos tiempo de hacerlo.

Recogió enérgicamente las bridas, empuñó el largo látigo y comenzó a hacerle silbar sobre la fuerte grupa de sus caballos, gritando:

—¡Adelante, mis trotones! ¡Hagamos correr a esos granujas de pieles rojas!

La diligencia corría, devorando el espacio con rapidez fantástica. Los soldados, parapetándose detrás de las maletas para no ofrecer mucho blanco a los tiros de los indios, prepararon sus carabinas.

Annia también había montado la suya, colocándose en la portezuela de la derecha y poniendo revólveres junto a la portezuela de la izquierda.

—¡Si volcamos, nos matan a todos!—dijo Blunt, aferrándose desesperadamente al asiento para resistir las sacudidas del coche—. ¡Abra usted los ojos, mayoral!

—¡No tenga usted miedo; tengo bien sujetos a mis caballos!—repuso el gigante, lanzando una rápida mirada por encima de la imperial.

Los cuatro indios que seguían a la diligencia quedaron rezagados al primer empuje; luego, sus caballos, que también debían de ser bonísimos, fueron recobrando poco a poco el terreno perdido.

Se oían de vez en cuando sus roncós gritos. Excitaban a sus cabalgaduras con la voz, porque aquellos intrépidos corredores no tenían fusta ni gastaban espuelas.

—¿Qué esperan para atacarnos? — preguntó Blunt, montando su carabina.

—Sin duda, esperan a reunirse mayor número—repuso Harris.

—¡Atención, señores!—dijo en aquel momento el mayoral—. ¡Estamos junto al bosque, y en él se hallan los que nos esperan!

Apenas había pronunciado estas palabras cuando se oyeron cuatro disparos, y algunas balas silbaron sobre la imperial.

Eran los cuatro indios, que habían hecho fuego.

Casi en el mismo instante un numeroso grupo de jinetes salió del bosque, dando gritos terribles y abriendo nutrido fuego.

—¡Ya están aquí!—gritó Koltar, fustigando desesperadamente a los caballos—. ¡No economicen ustedes cartuchos!

Los soldados de la escolta respondieron con una descarga, que derribó algunos caballos.

Harris, Blunt y hasta Annia hicieron fuego a su vez; pero aquella nutrida descarga no fué bastante para contener a los rojos guerreros de la pradera.

Por fortuna, habían acometido demasiado tarde para atacar por el flanco a la diligencia, la cual, arrastrada en furiosa carrera y hábilmente guiada, pudo impedir que se le acercasen.

—¡Que no cese el fuego!—gritó Koltar—. ¡No os preocupéis de mis caballos!

Los indios se lanzaron detrás de la diligencia, formando dos fi'as.

Eran lo menos cincuenta; pero no todos debían de poseer armas de fuego.

Algunas flechas llegaban al mismo tiempo que los proyectiles y se clavaban profundamente en las grandes valijas, detrás de las cuales los soldados continuaban haciendo fuego.

La mayor parte de las balas se perdían, ya por el desenfrenado galope de los caballos indios, que imprimía a los jinetes bruscos movimientos, impidiéndoles hacer puntería, ya por las incesantes sacudidas que sufría la diligencia, porque la llanura no era completamente plana, aunque en realidad no

fuera un *rolling-prairie*, o sea una pradera ondulada.

Sin embargo, de vez en cuando caía algún caballo, rodando al suelo su jinete, que era atropellado por los demás, y algunas balas atravesaban la diligencia, con gran riesgo de herir a Annia, la cual no cesaba de disparar por la ventanilla.

Algún soldado había sido herido; pero los disparos se sucedían sin interrupción, mientras el conductor animaba incesantemente a los seis caballos, que corrían furiosamente, espantados por los gritos de los indios y por el ruido de las descargas.

Blunt y Harris cooperaban eficazmente a la defensa y dirigían con preferencia sus tiros sobre los pieles rojas que trataban de aproximarse a las ventanillas laterales para disparar dentro, creyendo tal vez que iban allí muchos viajeros.

De pie, sobre el pescante, junto al gigante mayoral, mantenían los dos amigos un nutrido fuego con las carabinas y los revólveres.

—¡Atención, Blunt!— gritaba el ingeniero—. ¡Cuide usted de que nadie se acerque a la portezuela de la derecha!

—¡No tenga usted cuidado, Harris!—respondió el bravo joven, que se exponía a los tiros con admirable intrepidez.

—¡Otro que he derribado del caballo!

—¡No economice los cartuchos, amigo!

—¡Más bien los despilfarro!

—¡Annia!

—¡Fuego, ingeniero!—respondía la joven—. ¡No tengo miedo!

—¡No se exponga usted!

—¡No; estoy detrás de los asientos!

Luego, la voz tonante de Koltar dominó los disparos y los gritos.

—¡Matad a esos granujas! ¡Adelante, trotones míos! ¡Volad, corderos, u os arranco la piel!

Aquella furiosa carrera duraba ya diez minutos entre un estrépito ensordecedor, cuando Koltar lanzó un juramento.

—¿Qué pasa, mayoral?—preguntó Harris, que estaba cargando sus revólveres—. ¿Ceden los caballos?

—¡Veo otras sombras galopar por la llanura!

—¿Por dónde?

—¡Por nuestra derecha!

—¿Otros indios?

—¿Quién quiere usted que sean?

—¡Entonces, estamos perdidos!—dijo Harris con voz angustiada—. ¡Oh, mi pobre Annia!

—Disparad hacia allá, señores!—dijo Koltar.

Levantó Harris la carabina, y viendo vágamente un grupo de jinetes que salían no se sabe de dónde y que parecían prepararse a cortar el camino a la diligencia, se disponía a hacer fuego cuando una voz vibrante gritó en las tinieblas:

—¡Valor, señores; venimos en vuestro auxilio! Koltar lanzó un grito de alegría:

—¡Búffa'lo Bill! ¡Van a divertirse los indios!

Al mismo tiempo, ocho o diez relámpagos brillaron a doscientos pasos de la diligencia, y se oyó a la misma voz gritar:

—¡Carguemos a fondo, muchachos!

Los indios, que ya habían sufrido pérdidas de consideración, al ver llegar aquel grupo de jinetes, y cogidos de flanco por aquella nutrida descarga de fusilería, vacilaron un momento y después volvieron grupas, dispersándose por la llanura.

—¿Es usted, Bill?—gritó el mayoral, viendo a uno de aquellos jinetes aproximarse a la diligencia.

—¡Sí, Koltar!—repuso el corredor de la pradera—. Llevo conmigo una docena de *cow-boys* que no tienen miedo a los navajoes. Sigue adelante, y te escoltaremos hasta el *Gran Cañón*, si es que vas allí.

—¡Gracias, amigo Bill!

—¿Llevas viajeros?

—Tres; entre ellos, una señora, que está en el interior de la diligencia.

—¡Muy bien; yo galoparé a la portezuela, mientras los *cow-boys* nos cubren la retirada! Los indios nos siguen a distancia, y no nos dejarán tan pronto.

Koltar, que había refrenado la carrera de sus caballos, comenzó a fustigarlos, mientras los *cow-boys* seguían a la diligencia en grupo cerrado.

—¡Eh, Koltar!—dijo en aquel momento uno de los soldados—. ¿Sabes que tenemos un muerto y, además, dos heridos?

—¿Graves?

—No.

—Curadlos como se pueda por ahora, y mañana veremos sus heridas. ¡Sús, corderitos míos! ¡Tenemos que llegar al bosque de Bocomattu, y aun estamos muy lejos!

A la madrugada, la diligencia, con los caballos completamente rendidos, se detuvo en el confín de un bosquecillo, sin haber sufrido ningún otro ataque por parte de los indios.

Antes que Harris y Blunt se hubieran apeado, Búffalo Bill, con un volteo capaz de dar envidia a un *clown*, saltó a tierra y abrió la portezuela de la derecha, diciendo a miss Annia, que se había asomado y que le miraba con viva curiosidad:

—¡Baje usted, miss; está usted bajo la protección de los corredores de la pradera!

CAPITULO XVI

BUFFALO BILL

BUFFALO Bill, después popularísimo hasta en Europa, donde se hizo admirar con su *troupe* de indios y sus más intrépidos *cow-boys*, era entonces el héroe de las praderas americanas.

De fijo ningún nombre había ganado tanta fama como aquel intrépido aventurero, que encarnaba el antiguo tipo del verdadero corredor y cazador de praderas, y tal vez ninguno había llegado a realizar tan extraordinarias proezas.

Entonces era la gran preocupación de los indios de las regiones septentrionales y de las meridionales, y, seguramente, aquellos rojos guerreros no hubieran vacilado en perder todos sus caballos y sus armas con tal de apoderarse de la cabellera del héroe.

Aquel hombre extraordinario que, a su fuerza y

audacia prodigiosas unía una belleza física de estatua griega, había comenzado su profesión en la florida juventud, ganando rápidamente su popularidad entre todos los *cow-boys* del Centro y del Gran Oeste.

Tal vez sin él algunos centenares de víctimas se hubieran sumado a las muchísimas que perdieron las dos Compañías ferroviarias al construir la primera línea que unió el Atlántico con el Pacífico a través de todo el continente americano.

Uno de los más graves problemas que las Compañías no lograban resolver era el abastecimiento de los operarios de la vanguardia, los cuales todos los días se veían en peligro de morir de hambre.

Eran unos treinta mil hombres, que trabajaban de un modo atroz en lejanas regiones, continuamente expuestos a los incesantes ataques de los indios, los cuales, además, impedían a los furgones cargados de víveres llegar hasta los operarios.

Con mucha frecuencia no tenían más recurso que dedicarse a la caza de animales salvajes, muy abundantes en aquellas regiones, pero demasiado fogueados para dejarse cazar por cualquiera que no estuviese al tanto de las tretas y argucias de los cazadores de la pradera.

El temor de verse obligados a suspender los trabajos y tener que hacer retroceder a los operarios, que se agotaban rápidamente por falta de buenos y abundantes alimentos, comenzaba ya a preocupar seriamente a los jefes ingenieros cuando apareció Buffalo Bill.

Era entonces un jovencillo de unos dieciocho

años, y, sin embargo, gozaba ya fama de ser el más intrépido cazador de las praderas.

Llamado por el director de las construcciones, le fueron expuestas al joven cazador las tristes condiciones en que se encontraban los operarios de la línea, que a veces durante semanas enteras no veían llegar los furgones destinados a proveerlos de vituallas, porque la vía era cortada con frecuencia por los indios.

—¡Vivirán de la caza!— respondió sencillamente Bill.

—Pongo a la disposición de usted cuantos hombres quiera—le dijo el director.

—¡No necesito a nadie! Para los bisontes basta una buena carabina y un caballo seguro.

Se creyó aquello una fanfarronada; pero el joven cazador demostró muy pronto a los pobres operarios que perecían de hambre cuán seguro estaba de cumplir lo que ofrecía y cuán formal había sido su respuesta.

En aquel tiempo los bisontes eran todavía abundantísimos en las praderas. Espantados por la gente y las locomotoras, se habían alejado algo de la línea en construcción; pero Bill sabía dónde encontrarlos.

El joven poseía un fusil desconocido aún de los cazadores de la frontera, un Springfield que le había costado un ojo de la cara, y con el cual sabía realizar verdaderos prodigios; tenía además un soberbio caballo blanco, al que había puesto el nombre de *Brigham*; un animal inteligentísimo, que le

había salvado algunas veces la vida, dejando siempre atrás a los caballos de la pradera.

Al día siguiente llegaban los primeros bisontes al campo, ya descuartizados. El famoso cazador, por sí solo, había matado once.

Su fama estaba asegurada, y fué creciendo en los siguientes días. Se calcula que en los dieciocho meses que permaneció al servicio de las Compañías ferroviarias llevó al campo cerca de cinco mil bisontes. La cifra podrá parecer fabulosa para quien no sepa que en aquella época aquellas colosales bestias emigraban a millares, yendo del sur al norte durante los grandes calores, y viceversa después de las primeras nevadas. Aun en 1870, según estadísticas minuciosas, los rebaños de bisontes eran tan numerosos, que llegaban a interrumpir el tráfico de las líneas ferroviarias; y añaden aquellas estadísticas que desde 1865 a 1880 fueron muertos cerca de once millones de tales animales, cuyos huesos se emplearon en fertilizar los terrenos.

Con tal abundancia de caza, nadie puede maravillarse de que Buffalo Bill lograra él solo, siendo como era un formidable tirador, proveer de carne a tantos millares de operarios.

Terminada la línea, Búffalo Bill se insta'ó en las fronteras, luchando continuamente con los indios, sus implacables enemigos, emulando los hechos de Kit Carson, de Uncle Bick, de Wootan, de Zim Brigda y de otros famosos corredores de la pradera, y midiéndose cara a cara con Sioux, con Cheyennes, con Kiovas, con Comanches y con Pies Negros.

Algunos años después era jefe de los exploradores de Sherman, de Sherida, de Miles y de los más insignes generales que combatían en el Gran Oeste.

En 1876, Buffalo Bill, nombrado coronel, ocupó las montañas Negras, donde Sitting Bull, el famoso jefe de los Sioux, había proclamado la guerra y destruído por completo la columna del general Custer, llegando hasta comerse el corazón del jefe de aquellas fuerzas.

Estaba a las órdenes del general Mereyt, encargado de sorprender a los Cheyennes en el Gran Cuerno antes de que pudieran reunirse a Sitting Bull.

En aquella ocasión el famoso cazador conquistó la fama de ser en absoluto invencible.

Trataba de sorprender a los Cheyennes, cuando el 12 de junio se vió a su vez atacado por una bandada de muchos cientos de guerreros.

Buffalo Bill no tenía consigo más que unos cuantos hombres, y, sin embargo, al ver avanzar a galope tendido a los rojos guerreros no vaciló en hacer fuego, matando a tres.

El general Mereyt, que no estaba muy lejos con sus tropas, acudió inmediatamente a su socorro, y salvó a los exploradores de una muerte cierta.

Los dos pequeños ejércitos se encontraban frente a frente y prontos a emprender la lucha, cuando Buffalo Bill vió salir de las filas de los Cheyennes a un indio armado de Winchester y cubierto de ricos ornamentos y de plumas, que le gritó:

—¡Te conozco! ¡Eres *Pa-he-has-ka!* (Cabellos Lar-

gos). ¡Eres un gran jefe, y has muerto a muchos infelices! ¡Yo soy también un gran jefe, y he muerto a muchos rostros pálidos! ¡Ven a medirte, si te atreves, con Yellow-Hand! (*Mano Amarilla*).

—¡Estoy dispuesto!—repuso Buffa'lo Bill—. Que los guerreros rojos y los hombres blancos nos dejen el campo libre y no se muevan.

Dicho esto montaron a caballo y se lanzaron uno contra otro en desenfrenada carrera haciéndose fuego.

Mano Amarilla, herido en el pecho, cayó al suelo, y Buffalo Bill, lanzándose sobre él, le arrancó la cabellera, llevándose además la diadema de plumas de pavo que adornaba al jefe indio.

Desde aquel día los pieles-rojas le tuvieron terror, considerándole como el guerrero más formidable de las praderas americanas.

.....

.....

Apenas Annia y sus compañeros se apearon de la diligencia, Buffalo Bill mandó a sus hombres que se colocaran alrededor del improvisado campamento, para impedir una sorpresa de los indios que pudieran llegar del lado del bosque; y luego, volviéndose hacia Koltar, que estaba quitando los frenos a los caballos, le dijo:

—Viejo amigo, ¿quieres dejarte la cabellera en manos de los navajoes? Sé que eres un valiente, y por eso mismo deberías tener más prudencia.

—La culpa es mía, coronel—dijo el ingeniero adelantándose—. Koltar ha accedido a venir en fuerza de mis ruegos.

Buffalo Bill le miró algo sorprendido, fijó luego la mirada en la joven, y lanzó un grito de sorpresa.

—¡Miss Annia Clayfert!—dijo aproximándose a ella sombrero en mano—. ¡La hija del rico minero! ¿Me engaño tal vez?

—No, coronel—contestó la *Soberana del Campo de Oro*—; no está usted equivocado.

—¿Qué hace usted aquí, miss, en medio de la pradera? Me habían dicho que estaba usted en San Francisco.

—Pero, ¿no sabe usted lo que le ha ocurrido a mi pobre padre?

—¿Alguna desgracia? Hace seis meses estuve almorzando con él en su mina del *Gran Cañón*.

—Pues hace dos meses que Will Rock le tiene prisionero.

Buffalo Bill lanzó un grito de cólera y de sorpresa.

—¿Prisionero de aquel bribón?

—Coronel—dijo Harris adelantándose—, ¿conoce usted a ese hombre?

—¡Es el peor bandido que hay en el *Gran Cañón*!—repuso el cazador de bisontes—. Le conozco personalmente, y un día faltó poco para que le matase con la culata de mi fusil.

—¿Quién es?—preguntó Annia.

—Una especie de gigante, brutal como un oso gris, canalla como un ladrón de caballos, y me alegraría mucho de colgarle cualquier día de la rama de un árbol bien alto. ¡Ah! ¿Es él quien ha hecho

prisionero a su padre? ¿Pedirá una buena suma por dejarle libre?

—Una suma enorme—repuso Annia.

El rostro del coronel expresó viva indignación.

—¿Y se ha atrevido a tanto ese miserable después de haber recibido tantos beneficios de su padre de usted? Miss, usted me contará detalladamente todo eso, y le juro por mi honor que ese bandido acabará su miserable existencia colgado de un árbol. Koltar, acampemos aquí por esta noche; y si hay víveres, prepara algo de cena para estos señores y para mis hombres, que no han comido nada desde esta mañana. El servicio de la pradera es muy duro; no se sabe nunca cuándo se puede comer. Miss Annia, usted me contará todas esas cosas mientras cenamos.

—¿Y los indios?—preguntó el gigantesco mayoral

—Por ahora no hay que preocuparse de ellos. Sabiendo que yo estoy con ustedes, no nos atacarán pronto. Ya me han reconocido, y no se atreverán a nada por el momento. ¡Mañana veremos!

—Se reunirán en buen número—repuso el mayoral.

—Y nosotros reuniremos nuestros cartuchos—contestó tranquilamente el coronel—. Mis *cow-boys* no son hombres que se asustan fácilmente. Sé escoger mi gente, y al que no es valeroso le despido.

—Perdone usted, señor Bill—dijo Harris—. ¿Qué hacía usted en la pradera a una hora tan avanzada?

—Estaba escoltando un millar de bueyes que ve-

nían del *Gran Cañón*, y que un rico *ranchman*, amigo mío, me había confiado para que los pusiera en salvo en Peach-Spring. Los había enviado muy por delante de nosotros, y yo cubría la retirada, cuando oímos el tiroteo. Imaginando que los navajoes asaltaban a algún grupo de rezagados, abandonamos el ganado y partimos al galope para prestarles ayuda. Me alegro mucho de haber llegado tan a punto. Koltar, ¿tienes algo que darnos?

—La diligencia va siempre provista—repuso el gigante.

—Acampemos, pues, y esperemos el alba—dijo Buffalo Bill.

Encendió Koltar los dos faroles de la diligencia, quitándoles el reflector con objeto de que los indios, que probablemente recorrían aún la pradera, no pudiesen ver luces; luego sacó del cajón de provisiones salmón en conserva, salchicha de pradera, ya asada, y galletas, amén de una botella de *brandy*.

Buffalo Bill llamó uno a uno a sus hombres y les dió una ración suficiente para satisfacer su apetito; luego todos se pusieron a comer, mientras los centinelas vigilaban con la carabina sobre las rodillas.

Entre un bocado y otro, Harris y Annia enteraron al coronel de los motivos que los habían llevado a aquellas regiones, sin omitir la tentativa realizada por el pérfido *Rey de los Cangrejos*.

—Dos adversarios a quienes combatir, y, además, los indios en guerra—dijo Buffalo Bill—. ¡No han escogido ustedes, ciertamente, un momento muy

oportuno para venir! El asunto es más serio de lo que yo creía. ¡Ese canalla de Will Rock ha secuestrado al padre de miss Annia, y pide una enorme suma por su libertad! ¡Ya lo veremos! Ante todo, permita usted, señorita, que me una a ustedes.

—¿Quién rehusaría semejante apoyo, coronel?—dijo Annia—. ¡La más terrible carabina del Gran Oeste hará prodigios!

—Tratará de hacerlos—repuso Buffalo Bill sonriendo—. Lo preciso ahora es saber dónde se ha escondido ese miserable salteador de Rock.

—¿Se encontrará todavía en el *Gran Cañón*, o se habrá alejado por temor a los apaches?—preguntó Harris.

—Es un bandido a quien todos conocen en esta región, y que no sería recibido en ningún pueblo—dijo el coronel—. Los blancos son para él más peligrosos que los pieles-rojas, y no habrá salido seguramente del *Cañón*. Además, allí hay gran número de escondrijos donde ocultarse.

—¿Lograremos descubrir dónde se halla?

—¡Sin duda alguna! Conozco el *Cañón* palmo a palmo. Será cosa de algún tiempo; pero al fin encontraremos a ese pillo y le ahorcaremos si...

—¿Si qué?—preguntaron Annia, Blunt y el ingeniero.

—Se me ha ocurrido que puede haberse aliado con los apaches. No sería la primera vez que los indios admiten en sus filas a bandidos de piel blanca. He conocido en el Nuevo Méjico uno que llegó a ser jefe de una tribu de comanches. En ese caso, no sería fácil coger a Rock. Pero, señores, no hay

que desanimarse. ¡Ah! En cuanto a aquel negro de que me han hablado ustedes, no hay que preocuparse de él. Con los indios que recorren la pradera no podrá ir muy lejos, y estará detenido en unión de sus vaqueros en cualquier pueblecillo. Si los pieles-rojas no respetan a los blancos, tampoco dan cuartel a los negros. Y ahora, ya que los indios no se hacen visibles, durmamos algunas horas. Mis hombres velarán por nosotros, y no se dejarán sorprender.

Annia, que estaba cansadísima, volvió a la diligencia, donde podía dormir bastante cómodamente, puesto que todos los asientos estaban a su disposición; los demás se acostaron sobre la hierba, mientras los caballos, libres del freno, pastaban a discreción.

Contra lo que era de temer, ninguna alarma turbó su sueño; pero, no obstante, nadie creyó posible que los indios se hubieran alejado renunciando a perseguirlos; probablemente aguardaban al alba para conocer mejor las fuerzas de su adversario.

Comenzaba el cielo a teñirse de reflejos encendidos, cuando oyeron en la pradera modulaciones melancólicas que parecían arrancadas de la flauta.

—¡El *ikkischota!*—exclamó Buffalo Bill, que ya estaba en pie ensillando su caballo.

—¿Y qué es eso?—preguntó Blunt desperezándose.

—El silbato de guerra de los navajoes, formado por una tibia humana—repuso el coronel—. ¡Esta-

ba seguro de que los guerreros rojos no nos habían dejado!

En aquel momento llegaron uno a uno los *cow-boys*, que llevaban de la brida a sus cabalgaduras.

—¿Qué hay de nuevo, Buck?—preguntó Buffalo Bill dirigiéndose a un arrogante joven que llevaba largos cabellos y vestía un traje mejicano.

—¡Que vienen!—repuso el *cow-boy*.

—¿Son muchos?

—Me parece que no han aumentado.

—Koltar, engancha los caballos y partamos en el acto. Si no consiguen detenernos, esta tarde podremos llegar al *Gran Cañón*. ¡Arriba los soldados!

—¡No somos más que cuatro, coronel!—dijo el jefe de la pequeña escolta—. Uno murió ayer de un balazo en la cabeza, y otro, que había sido herido, ha muerto hace dos horas.

—¿Los habéis enterrado?

—Sí, coronel.

—¡Pues en marcha!

Blunt y Harris subieron al lado de Koltar, y la diligencia salió del bosque flanqueada por los *cow-boys* y por Buffalo Bill, que cabalgaba junto a la portezuela de la derecha cambiando con Annia algunas palabras.

Apenas llegaron a la pradera, Blunt y Harris vieron de pronto unos cuarenta caballos que galopaban a cerca de quinientos pasos en grupo cerrado y sin jinetes.

—¿Son caballos salvajes?—preguntó el escritor, no permitiéndole la distancia distinguir si tenían bridas o no.

—Lo que hacen es maniobrar admirablemente para cortarnos el paso—repuso el ingeniero—. Tienen mucha inteligencia esos animales; ¿no es verdad, amigo?

—¿Está usted burlándose de mí?

—¡Un poco, Blunt!

—Entonces, esos caballos...

—Lleva cada uno un jinete, y bien armado.

—¡Pues no los veo!

—Porque las hierbas son muy altas. Cada caballo lleva colgado un indio, el cual se sostiene con una sola pierna. Saben que los *cow-boys* son tiradores maravillosos, y no quieren exponerse hasta el momento de la carga.

—Señor Harris, ¿lograrán dar fin de nosotros?

—Nos acompaña Buffalo Bill, y no dudo que logre conducirnos al *Gran Cañón*.

—No tardarán en subir a la silla.

Los caballos, vivamente excitados, ganaban terreno aproximándose a la diligencia.

Los cuatro soldados de la escolta, que se encontraban en el sitio más elevado, podían ver de vez en cuando a los cautelosos guerreros, disparando contra ellos, aunque sin resultado, a causa de las fuertes sacudidas que experimentaba el enorme vehículo.

La pradera no estaba ya tan plana como al principio. De vez en cuando los caballos se veían obligados a saltar zanjas, y la diligencia corría grave riesgo de volcar.

—¡Bill!—dijo Koltar—, trate usted de contener

a esa gente. ¡Tenemos que ir despacio, o acabaremos rodando por el suelo!

En el momento en que el coronel iba a ordenar a su gente que comenzara a hacer fuego, los dos caballos que iban a la cabeza se encabritaron violentamente, piafaron, y cayeron luego en una grieta del suelo que no habían podido evitar.

Los otros cuatro, arrastrados por el impulso, fueron también a tierra unos sobre otros, rompiendo los tirantes, y el vehículo volcó con estrépito, derribando entre las altas hierbas a Harris, Blunt y el mayoral.

Buffalo Bill saltó a tierra con prodigiosa agilidad y se lanzó en socorro de los caídos, mientras gritaba a sus hombres:

—¡Contened a los indios! ¡A tierra, detrás de los caballos, y fuego a discreción!

FIN DE "LA SOBERANA DEL CAMPO DE ORO" (1)

(1) La continuación de esta novela se titula El Rey de los cangrejos.

INDICE

Págs.

CAPÍTULO I.—La subasta de una joven	5
CAP. II.— <i>El Rey de los Cangrejos</i>	19
CAP. III.—Golpe maestro	34
CAP. IV.— <i>La Soberana del Campo de Oro</i> ...	49
CAP. V.—Los tenebrosos proyectos del <i>Rey de los Cangrejos</i>	64
CAP. VI.—A través de California	76
CAP. VII.—El vaquero	88
CAP. VIII.—Una partida de boxeo	103
CAP. IX.—El asalto al tren	119
CAP. X.—Una emigración de bisontes	132
CAP. XI.—La caza del bisonte	145
CAP. XII.—Los primeros indios	156
CAP. XIII.—Camino del <i>Gran Cañón</i>	168
CAP. XIV.—El coronel Pelton	181
CAP. XV.—A través de la pradera	195
CAP. XVI.—Buffalo Bill	210

CR. EV.
5.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID



5406326695

CALLEJA

DICCIONARIOS BREVES

FRANCÉS-ESPAÑOL
y ESPAÑOL-FRANCÉS

INGLÉS-ESPAÑOL
y ESPAÑOL-INGLÉS

El máximo de utilidad en el mínimo de tamaño.

Más de 800 páginas cada uno

Encuadernado en tela inglesa

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A.

Casa fundada en 1876

MADRID

VALENCIA, 28

